

ANALOGIAS

ENTRE

S. AGUSTIN

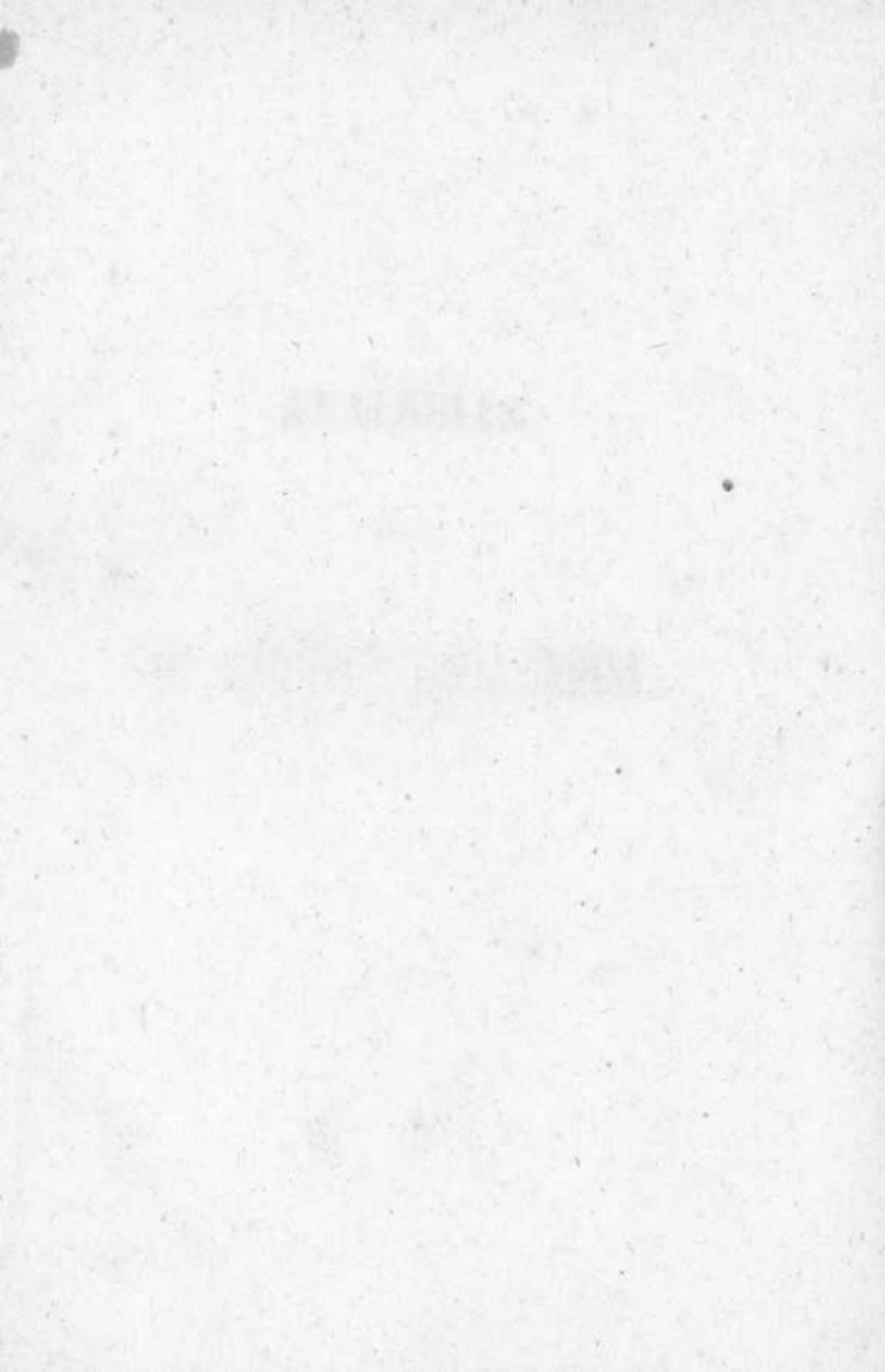
Y

SANTA

TERESA









ANALOGÍAS

ENTRE

SAN AGUSTÍN Y SANTA TERESA.



BIBLIOTECA DE LA REVISTA AGUSTINIANA.

ANALOGÍAS

ENTRE

S. AGUSTÍN Y SANTA TERESA

POR EL

P. FR. TOMÁS RODRÍGUEZ,

AGUSTINO DEL COLEGIO DE LA VID.

Estudio premiado con medalla de plata,
como de tema libre, en el Certamen
teresiano de Salamanca.



VALLADOLID:

IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA É HIJOS
calle de Cantarranas, núm. 40.

1883

ANALOGÍAS

DE

S. AGUSTÍN Y SANTA TERESA

POR EL

P. FR. TOMÁS RODRÍGUEZ

Como comencé á leer sus Confesiones (de S. Agustín) paréceme me veía yo allí. (SANTA TERESA en su *Vida*.)

ESTABLECIMIENTO DE ESTAMPACIÓN



Impreso en la Oficina de Gráfica e Ilustración
Calle de la Libertad, número 24.



ANALOGÍAS

ENTRE

S. AGUSTÍN Y SANTA TERESA.



INTRODUCCIÓN.

Si con detención examinamos las vidas de los santos, no nos será costoso encontrar entre ellos analogías y semejanzas más ó menos próximas, más ó menos lejanas; porque todos han tenido un Maestro, han imitado un modelo, que es Jesucristo, dechado perfectísimo á quien trataron de asemejarse, procurando con todo ahinco copiar en sus almas las eminentes vir-

tudes de que nos dió ejemplo durante su vida mortal.

Mas tan excelente es el Maestro y tan acabado el modelo, que no es dado á pura criatura imitar con perfección, no ya el conjunto, pero ni aún la más mínima de sus partes, siquiera venga en su ayuda la gracia divina, sin la cual le sería imposible trazar el más pequeño rasgo. Por eso vemos que unos se le asemejan en la pureza, ótros en la mansedumbre, aquéllos en el celo de la salvación de las almas, éstos en el rigor de las penitencias, y todos en el amor de Dios y del prójimo. De aquí nace esa prodigiosa variedad, junta con la unidad más completa, que tanto hermosea y realza la majestuosa grandeza de la Iglesia. Y nada tiene de extraño que así suceda, porque todos los días estamos viendo y palpando igual circunstancia en cosas bien distintas, las cuales, aunque perfectas en su orden, no sobrepujan los alcances de la naturaleza humana. Así por ejemplo, los pintores de una escuela determinada ponen todo su conato en dar á sus obras la

perfección que admiran en los cuadros de sus maestros; y á pesar de los grandes esfuerzos que hacen para ver de conseguirlo, son muy contados los que llegan á igualarle, alcanzando á lo más sobresalir en alguna de las cualidades de la pintura; bien en la viveza del colorido, ora en la delicadeza de las formas, ya en la perfección del dibujo, ó en la expresión de los caracteres. Y véase aquí como teniendo todos un mismo modelo, y esmerándose en copiarle con exactitud, las más veces logran sólo dar á sus lienzos cierto parecido al original, de manera que pueda conocerse á qué maestro imitan y el gusto de la escuela que siguen. Esto mismo pasa con los santos: todos imitan á Jesucristo, siguen sus máximas, practican su doctrina, aspiran á trasformarse en *Él* de modo que puedan repetir aquellas palabras del Apóstol: «*vivo yo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí*» (1), pero conservando entre sí diferencias tan

(1) Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus (Ad Gal. c. II v. 2º.)

características, que aun cuando desde luego se echa de ver que pertenecen á una misma escuela y que imitan al mismo modelo, no hay lugar á confundirlos.

No obstante, santos veneramos entre quienes existen tales relaciones de semejanza, tantas y tan estrechas analogías, que no es posible recordar los hechos y virtudes del uno, sin que vengan á la memoria los hechos y virtudes del otro. Tales son S. Agustín y Sta. Teresa, almas nobilísimas y generosas, corazones grandes y esforzados, que latieron á impulsos de un mismo amor, que vivieron la misma vida, fueron animados del mismo espíritu y en todos sus actos manifestaron idénticos deseos y aspiraciones.

¿Quién al tomar en sus manos la vida de Sta. Teresa, no recuerda las inmortales páginas de las Confesiones del Obispo de Hipona? ¿Y quién, al saborear las bellezas de que está sembrado este libro de oro, no trae á la memoria la sencillez y candor con que la heroica virgen abulense cuenta las acciones to-

das de su vida? Con mucho acierto dice D. Vicente de La Fuente, hablando de estos escritos, que «ambos parecen forjados en una misma turquesa;» (1) porque, en verdad, será difícil encontrar obras tan semejantes y que tan al vivo retraten el genio y carácter de sus autores. Un estudio comparativo de ellas hecho con discreción y tino, nos manifestaría las íntimas relaciones que mediaban entre esas dos almas, nos daría á conocer sus puntos de contacto, y las estrechas analogías por las cuales se funden en un solo espíritu que suspiraba por contemplar la belleza infinita y sumergirse en el océano de sus infinitas perfecciones. Quien llevara á cabo empresa tan delicada, haría un trabajo muy útil; porque nos daría á conocer el espíritu que animaba á esos dos santos tan admirables en la Iglesia y que tanta influencia ejercen en el mundo, así por sus heroicas virtudes, como por sus excelentes escritos.

(1) Prólogo á los escritos de Sta. Teresa publicados por Rivadeneira.

No pretendemos dar cima á tamaña obra; carecemos del ingenio, penetración y conocimientos que para ello se requieren: á pesar de todo, contando con la benevolencia de nuestros lectores, nos determinamos á decir algo de las relaciones que encontramos en la vida y escritos de ambos santos, siquiera sirva tan sólo para que plumas mejor cortadas y talentos más elevados se muevan á tratar este asunto con el interés que merece.

A fin de dar al lector una idea general del asunto que vamos á tratar en este humilde trabajo, parécenos oportuno indicar desde luego el método que nos hemos propuesto seguir.

Tres serán los puntos principales que vamos á estudiar: 1.º procuraremos dar á conocer el espíritu de San Agustín y Sta. Teresa, examinando sus propiedades características, sus móviles y aspiraciones: 2.º pasaremos luego á ver las manifestaciones de ese espíritu en los actos de su vida, así pública como privada; y por último 3.º nos detendremos en hacer notar las relacio-

nes que median entre la doctrina espiritual de ambos santos.

Volvemos á repetir que la grandeza del objeto nos abruma, y que desconfiamos poder desenvolverlo con la claridad y lucidez que requiere; sin embargo, como lo que nos mueve á emprender este trabajo no es otra cosa, que el manifestar de algún modo el amor y devoción que profesamos á tan gloriosos santos, nos lanzamos á la arena, esperando que con sus ruegos y poderosa intercesión, nos facilitarán el camino ayudándonos á vencer los obstáculos que en él se presenten.



CAPÍTULO PRIMERO.

Dotes naturales de San Agustín y Santa Teresa.

«En la filosofía cierta, dice Fr. Luis
»de León, las almas de los hombres,
»aunque sean de una misma especie
»todas, pero son más perfectas en sí y
»en su substancia unas que otras: (1)»
Verdad es esta que no necesita demos-
trarse, porque á cada momento tene-
mos á la vista pruebas patentes de ella.
Nadie, por lo tanto, pondrá en duda que
las almas de S. Agustín y Sta. Teresa,

(1) *Nombres de Cristo*, lib. 3.º, pág. 186.
Colec. de AA. Esp. publicada por Rivadenci-
ra. Madrid 1855.

como almas de dos privilegiados ingenios, fueron superiores á las del común de los hombres: como nadie dudará que la luz del sol sobrepuja á la de las estrellas. Harto fácil sería demostrarlo, si este fuera nuestro intento, pues bastaba para ello poner ante la vista de nuestros lectores sus escritos y los hechos más culminantes de su vida; pero son más altas nuestras pretensiones, queremos dar á conocer las cualidades que adornaban esas dos benditas almas, cuáles eran sus móviles y aspiraciones; y para hacer esto de una manera conveniente, preciso es descender á pormenores que en ninguna parte encontraremos con mayor abundancia que en sus escritos. Examinados éstos, aunque sólo sea superficialmente, desde luego se echa de ver que á ambos había dotado Dios de ingenio profundo, agudo y penetrante, de memoria fácil y tenaz, de voluntad recta y bien ordenada, inclinada á todo lo bueno y hermoso y contraria á cuanto desdice del recto orden establecido por Dios para el gobierno de las criaturas.

Por lo que toca á S. Agustín, sería un temerario quien pusiese en tela de juicio la fecundidad de su talento, y daría claras pruebas de no haber hojeado ni una sola de las muchas obras de ese hombre extraordinario y prodigioso, que con la misma facilidad discute las cuestiones más difíciles y espinosas de la filosofía, resolviéndolas de un modo hasta entonces desconocido, como explica los misterios más recónditos de nuestra Religión, aclara los puntos más oscuros de la Sagrada Escritura, y da reglas de conducta para todos los estados, edades y condiciones. Él es teólogo, filósofo, escriturario, moralista, orador, gramático, músico, astrónomo, geógrafo, historiador y matemático; todas las ciencias y artes conocidas en su tiempo eran poseídas por él, no por encima y superficialmente, sino de modo que pudiera pasar en ellas por una notabilidad. De aquí proviene esa variedad asombrosa que se nota en sus escritos y que tanto ha admirado al mundo; pues parece imposible que un hombre solo poseyera caudal tan variado de conocimientos.

Esto mismo es prueba de la agudeza y penetración de su ingenio, y de su extraordinaria memoria; y á falta de otras, ella sola bastaría para que con justicia pudiéramos colocarle en el número de los más profundos pensadores; pero, por dicha nuestra, las razones abundan, y entre las muchas que pudiéramos aducir, echaremos mano de una bien conocida, y que no se escapará á la penetración del avisado lector.

Nos referimos á lo que él mismo nos cuenta en sus Confesiones acerca de las Categorías de Aristóteles. Allí nos dice que, joven aún, leyó ese libro del cual había oído hablar á su maestro de retórica y á otros hombres doctos, como de una cosa llena de dificultades y más bien divina que humana. Agustín no tropezó con ninguna de tan decantadas dificultades, y su simple lectura bastó para comprenderlo con tal perfección, que tratando después de esas materias con algunos amigos que las habían oído explicar á maestros encanecidos en las ciencias, con gran aparato de palabras y figuras trazadas

en la arena, nada nuevo le dijeron de que él no tuviera ya conocimiento (1).

Y no es esto solo: en el mismo capítulo, lamentándose de lo mal que se valía de los dones con que Dios le enriqueciera, dice con profundo dolor: «y
»qué me aprovechaba el que, siendo
»todavía esclavo de los malos deseos,
»leyese y entendiese por mí mismo todos los libros que pude haber á las

(1) Et quid mihi proderat, quod annos natus ferme viginti, cum in manus meas venissent Aristotelica quædam, quas appellant decem categorias quarum nomine cum eas rhetor Carthaginensis, magister meus buccis typho crepantibus commemoraret, et alii qui docti habebantur tanquam in nescio quid magnum et divinum suspensus inhiatam legi eas solus et intellexi? Quas cum contulissem cum eis qui se dicebant vix eas magistris eruditissimis, non loquentibus tantum, sed multa in pulvere depingentibus, intellexisse; nihil inde aliud mihi dicere potuerunt quam quod ego solus apud me ipsum legens cognoveram. Cf. lib. IV. c. XVI. Edición de Venecia por los PP. Maurinos (1756), de la cual nos serviremos en lo sucesivo.

»manos de las artes que llaman libe-
»rales? Y me gozaba en ellos y no sabía
»dónde tenía origen todo lo verdadero
»y cierto que en ellos encontraba, por-
»que tenía vuelta la espalda á la luz y
»la cara á las cosas iluminadas por ella;
»de aquí que mis ojos, con los que veía
»las cosas iluminadas, no eran ilumi-
»nados. Tú sabes, Señor Dios mio, que
»todo lo que pertenece á la retórica,
»lógica, geometría y aritmética, lo
»aprendí sin dificultad, y sin que hom-
»bre alguno me lo enseñase, porque la
»prontitud en entender, y la viveza en
»penetrar las cosas don tuyo es, pero
»no te le ofrecía como sacrificio de
»alabanza. No conocía cuán difíciles
»eran de entender aquellas artes, aun
»para los estudiosos y de no pequeño
»ingenio, hasta que se las expliqué, y
»ví era tenido entre ellos por el más
»excelente y aprovechado aquél que
»menos tardaba en entenderme, cuan-
»do se las explicaba» (1). Estas palabras

(1) Et quid mihi proderat quod omnes libros artium quas liberales vocant, tunc ne-

son el testimonio más convincente de la penetración y agudeza de su ingenio.

También nos habla de su memoria, asegurándonos que no era corta (1): pero aunque no lo dijera, bastara para hacerlo patente recorrer alguno de sus

quissimus malarum cupiditatum servus per me ipsum legi et intellexi quoscumque legere potui? Et gaudebam in eis, et nesciebam unde esset quidquid ibi verum et certum esset. Dorsum enim habebam ad lumen, et ad ea quæ illuminantur faciem, unde ipsa facies mea qua illuminata cernebam, non illuminabatur. Quidquid de arte loquendi et disserendi, quidquid de dimensionibus figurarum, et de musicis et de numeris sine magna difficultate, nullo hominum tradente intellexi, scis tu Domine Deus meus: quia et celeritas intelligendi et dispiciendi acumen, donum tuum est, sed non inde sacrificabam tibi..... Non enim sentiebam illas artes etiam ab studiosis et ingeniosis difficilime intelligi, nisi cum eis easdem conabar exponere; et erat ille excellentissimus in eis qui me exponentem non tardius sequeretur. Conf. lib. IV. c. XVI.

(1) Non enim decrat, Domine, memoria vel ingenium, quæ nos habere voluisti pro illa ætate satis. Ib. lib. I. c. IX.

escritos, porque la erudición pasmosa, el modo de referir las distintas opiniones, citar testimonios, así de autores paganos, como cristianos, y aducir hechos históricos, además de un talento privilegiado, manifiestan una memoria feliz y una retentiva admirable. ¿Quién al pasar la vista por la *Ciudad de Dios* no admira al eminente genio, que, colocado sobre la cumbre de todos los acontecimientos humanos y encerrando en sus ideas lo pasado, lo presente, y, en cierta manera, lo porvenir, lo armoniza y relaciona, formando de elementos tan distintos, preciosa y brillante cadena, cuyo último eslabón coloca en las manos de Dios, que todo lo rige y gobierna, enderezándolo á la consecución de sus altos fines?

Al trazar Agustín en esa obra inmortal el majestuoso cuadro en que nos presenta á la Providencia divina como el resorte misterioso que pone en movimiento la máquina del universo, dirigiendo la espada del conquistador, moviendo la pluma del sabio, tomando parte en los consejos de los reyes, ejer-

ciendo poderoso influjo en los pueblos y gobernando las naciones todas del mundo, nos ha dejado el testimonio más elocuente de su prodigiosa memoria y de su penetrante ingenio; porque tener presentes tantos y tan diversos hechos como allí acumula, sólo puede hacerlo una memoria privilegiada; coordinarlos, y ver las relaciones y puntos de contacto que entre sí tienen, un entendimiento claro y profundo.

Que estas dotes estuvieran acompañadas de voluntad recta y bien inclinada, no todos lo alcanzarán, porque los excesos de la juventud parecen manifestar lo contrario; no obstante, quien haya meditado un poco la relación de esos excesos, pintada con más vivos colores de los que en realidad tenían, por la misma pluma del Santo, que los miraba á la luz brillante del amor purísimo de Dios, no habrá dejado de notar, al través de aquellas cenagosas olas, una voluntad hermosa, amante de todo lo verdadero y bueno, aunque afeada por los arrebatos de ardientes pasiones. Aguntín, en medio de sus ex-

travios, abrumado por el peso de la cadena que él mismo se había labrado, dejándose arrastrar por su loca y desarreglada fantasía, buscaba la verdad y amaba la belleza; pero no una verdad pasajera y voluble, ni una belleza caduca y finita; sino la verdad eterna é inconmutable, la belleza increada y duradera: «Oh verdad, verdad,—exclama al contarnos las mentirosas palabras de que se valían los Maniqueos para atraer á su secta á los incautos,—con cuánta violencia suspiraba por tí, cuando sólo en apariencia la hacían sonar en mis oídos de muchos y diversos modos!» Nos dice luego que para saciar el hambre devoradora que sentía, le ponían delante como delicados manjares, el sol, la luna, y demás obras de Dios; «pero, yo, prosigue, no tenía hambre y sed de esas cosas, sino de tí misma, ó verdad, en quien no cabe mudanza, ni sombra de ella» (1).

(1) O veritas, veritas, quam intime etiam tum medulla animi mei suspirabant tibi cum te illi sonarent mihi frequenter et multiplici-

Sólo así se explican las inquietudes, temores y sobresaltos que en medio de los mayores placeres experimentaba su alma. Podían los halagos de los sentidos fascinar por un momento su clara inteligencia; los seductores fantasmas de bellezas creadas, cuyos encantos realzaba la fogosa imaginación del hijo de Mónica, podían cautivar su voluntad y hacerle creer que en su consecución hallaría la paz y contento tan ardentemente deseados por su amante corazón; pero cuando colmadas sus pasiones y realizados sus deseos, buscaba en su interior esas prendas tan amadas para gozarlas en silencio y dar reposo á

ter voce sola, et libris multis et ingentibus! Et illa erant fercula, in quibus mihi esurienti te, inferebantur pro te sol et luna, pulchra opera tua; sed tamen opera tua, non tu, nec ipsa prima. Piora enim spiritalia opera tua, quam ista corporea, quamvis lucida et coelestia. At ego nec priora illa, sed te ipsam, te veritas, in qua non est commutatio nec momenti obumbratio, esuriebam et sitiebam. Conf. lib. III. c. VI.

su fatigado espíritu, oía, lleno de espanto, la aterradora voz de su conciencia, que sin cesar le decía: no es eso: buscabas la felicidad, la quietud y la calma, y ahí sólo se halla miseria, turbación y zozobra; querías llenar el vacío que en tu espíritu sentías, y ese vacío en nada ha menguado, al contrario, parece que ha ensanchado sus inmensurables senos. Entonces en el interior de Agustín tenían lugar esas luchas misteriosas entre la carne y el espíritu; luchas que con tanta maestría nos ha descrito en sus Confesiones; luchas invisibles, es cierto; pero tanto más amargas y crueles, cuanto más interiores y más apartadas del bullicio de los sentidos; luchas encarnizadas y espantosas, de las cuales sólo pueden formarse ideas los que las hayan experimentado.

En medio de esos combates del espíritu, entre el clamoreo que producen pasiones mal refrenadas, se descubre una voluntad de hierro, firme é inmóvil como una roca, contra la cual son impotentes los esfuerzos de la carne y sangre. Cuanto mayores son las dificult-

tades con que tropieza el joven africano en descubrir la verdad, tanto mayor es el incesante anhelo que le devora por saber dónde se halla; los continuos desengaños que sufría y las luchas que se veía precisado á sostener consigo mismo, lejos de entibiar los fervientes deseos que le obligaban á buscarla, lejos de disminuir la prodigiosa actividad que para conseguirlo desplegaba, parecían acrecentarlos y darle nuevos bríos á fin de que no cesase en tan difícil y arriesgada empresa.

Y si alguna vez, cansado de luchar, falto de fuerzas y desesperanzado de dar con objeto tan codiciado, desfallece su espíritu y se arroja en brazos de los *Académicos* que de todo dudaban, es sólo por breve tiempo, y para salir de allí triunfante de sus antiguos errores y entrar en posesión de lo que con tanto afán había buscado. Ahora bien: esa hambre y sed de verdad, ese batallar continuo, esos incesantes suspiros, esos esfuerzos de gigante para descubrirla, ¿no son indicios bien claros de una voluntad hermosa, recta y bien inclinada?

No es menos cierto que esas mismas cualidades se encuentran en Sta. Teresa de Jesús, y nadie, que sepamos, las ha negado; al contrario, así amigos como enemigos las reconocen de buen grado y hacen el más cumplido elogio de ellas. Ni podía ser de otro modo, porque son tan palpables, claras y manifiestas, que leer sus escritos y no verlas sería prueba de estar completamente ciego.

Causa admiración ver á una pobre monja sin estudios ni conocimientos científicos, ponerse á dilucidar las cuestiones más delicadas de la Teología mística, resolviéndolas con la seguridad de un teólogo consumado; exponer los peligros y engaños que corren las almas, á quienes Dios lleva por los altos caminos de la contemplación, dar reglas para evitarlos, aclarar las dudas que ocurren, discernir entre lo natural y sobrenatural, señalar las límites de uno y otro, prevenir las dificultades, exponer la doctrina, confirmarla con razones poderosas, analizar las facultades del alma y sus actos con el acierto con que pudiera hacerlo el mejor filósofo-

fo, y determinar los objetos, móviles y fines de cada una; en una palabra, dar lecciones en la difícil ciencia del espíritu á hombres que habían encanecido en el estudio de ella y llegar á ser maestra y doctora, mediante sus escritos, de cuantos quieren saber las secretas sendas por las que el espíritu de Dios lleva á algunas almas privilegiadas.

Verdad es que al exponer esa doctrina celestial no siempre usa términos adecuados y propios, y por decirlo así, técnicos, lo cual nada tiene de extraño, sabiéndose que no había frecuentado las aulas, donde se adquiere la instrucción sólida y necesaria para explicar con exactitud y propiedad las cosas más altas y divinas; pero en cambio, para hacerse entender y poner al alcance de todos las verdades más encumbradas y los misterios más recónditos, se vale de símiles y figuras tan delicadas y propias, que no se sabe qué admirar más, si la pequeñez y bajeza de las cosas de que se sirve para sus símiles, ó la sublimidad y grandeza de las verdades que con ellos manifiesta.

Al tratar de aclarar materias tan delicadas, en las cuales, después de maduro examen y no pequeño estudio, es preciso andar con sumo cuidado para no equivocarse, tenía que tropezar con dificultades gravísimas, casi insuperables sin profundos conocimientos teológicos; pero Santa Teresa sabe obviarlas y deshacerse de ellas, dándoles completa solución, gracias á la delicadeza y asombrosa penetración de su peregrino ingenio.

Al leer sus escritos, no puede menos de experimentarse ese sentimiento de veneración y respeto que á todos subyuga cuando se recorren las páginas trazadas por la pluma de un genio: por eso no vacilamos en afirmar que el talento natural de Santa Teresa era prodigioso, y que su entendimiento, claro y profundo, en nada cedía al de los sabios más eminentes.

En cuanto á su memoria, si nos hemos de atener á lo que ella nos dice, no era cosa notable: repetidas veces se queja de ella y nos asegura que era muy *flaca de memoria*; pero es preciso no

perder de vista que en esta confesión influía mucho la reconocida humildad de la Santa, pues en sus obras nos ha dejado hartas pruebas de no ser tan flaca, como á juzgar por sus palabras pudiera creerse.

Verdad es que no resalta tanto en sus escritos como en los de S. Agustín, lo cual nadie debiera extrañar, sabiendo la esmerada educación literaria que desde sus primeros años recibió éste, y la falta total de ella en Sta. Teresa.

Apesar de todo, la narración de muchos hechos de su vida; el modo de pintarnos cuanto le acaecía en los éxtasis y visiones; los pormenores á que con frecuencia descende, todo cuanto nos refiere en el libro de las *Fundaciones*, el citarnos los nombres y apellidos de las personas con quienes trataba, y contarnos no pocas veces las conversaciones que con ellos había tenido, y otras cosas parecidas, son para nosotros no pequeño argumento de que su memoria no era tan desgraciada como quiere darnos á entender con las frases que su humildad le dictaba, sinó harto feliz.

Pero sea de esto lo que quiera, no nos empeñaremos en demostrarlo, por ser cosa de poca importancia y no muy del caso para nuestro intento. Nos contentamos con hacer patente que el entendimiento de Sta. Teresa se asemejaba mucho al de S. Agustín.

Y si tan estrechas y notables son las analogías que existen entre las dotes intelectuales de ambos santos, lo son mucho más las que sin grandes esfuerzos se advierten entre sus voluntades.

Al través de la espesa niebla que en torno de Agustín levantaban los excesos de su juventud, hemos descubierto una voluntad hermosa y amante de todo lo bueno: para descubrir estas mismas cualidades en Sta. Teresa, bástanos contemplar la inocencia y candor que resalta en todas las acciones de su vida, y mirar con atención la pureza virginal que conservó siempre en su alma, sin que lograra jamás empañarla culpa alguna grave.

Envidiables eran las prendas con que el cielo había enriquecido la voluntad de la virgen abulense.

Ella se queja de lo mal que supo aprovecharse de las buenas inclinaciones que el Señor le había dado (1) y «de que las conversaciones malas la habían mudado de tal manera, que de natural y alma virtuosos no le dejaron casi ninguno» (2) por más que después de esto añade, que «nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía», (3) con lo cual nos manifiesta la suma rectitud de que naturalmente estaba adornada su alma. Pero aun cuando ella no nos lo dijera, una sola ojeada sobre su vida, tan fecunda en obras heróicas, bastaría para manifestarlo. Porque ¿qué otra cosa significan aquel esmero y cuidado que la Santa ponía en dominar los afectos desordenados de su corazón, por pequeños é insignificantes que fueran; aquel continuo suspirar por lo más per-

(1) Vida, cap. I. de la edición de Rivadencira. Siempre que la citemos en adelante, nos referiremos también á esta misma edición.

(2) Vida, cap. I.

(3) Vida, cap. II.

fecto, aquellos temores y dudas que la asaltaban cuando el cielo la favorecía con alguna gracia especial, aquella diligencia en practicar todo lo que conociera ser del mayor agrado de Dios, el celo que desplegaba porque todos procurasen servirle según el estado que hubieran abrazado, y aquel franco proceder con sus confesores, á quienes daba cuenta de todo lo que pasaba por su espíritu?

Agréguese á esto el ardiente deseo que tenía de acertar en todo, y el empeño con que procuraba el bien de los demás; y á nadie cabrá duda de las felices disposiciones para todo lo bueno y hermoso, que de Dios había recibido.

De la firmeza y constancia de su voluntad, hartas pruebas nos dejó, ya en las contradicciones que tuvo que sufrir por los éxtasis y raptos con que el Señor la distinguía, ya en las persecuciones que contra ella se levantaron con motivo de la *reforma*, todo lo cual supo llevarlo con heróica resignación y hasta con alegría, sobreponiéndose á las quejas y dictámenes del amor propio y del orgullo.

Por lo que hasta aquí llevamos escrito, puede venirse en conocimiento de las hermosas cualidades, así intelectuales como morales, que ennoblecían las almas de ambos Santos; y á la vez echarse de ver las muchas analogías que entre ellos existen, las íntimas relaciones que guardan y el parecido que entre sí tienen; si bien es verdad que las intelectuales resaltan más en el hijo de Mónica, como otra vez lo hemos hecho notar, merced á la educación literaria, de la cual carecía completamente la ilustre *Reformadora del Carmelo*.

Pero esta consideración aislada de las potencias del alma no es suficiente para determinar su carácter predominante: porque al verificarse la unión entre el alma y el cuerpo, se originan nuevas facultades, que ni son puramente espirituales, ni tampoco corporales, sino que participan de lo uno y de lo otro y son propias del compuesto, ó sea del hombre.

Aunque estas nuevas facultades, que comunmente se denominan sensitivas, estén sujetas, como inferiores, á las puramente espirituales, y deban ser regi-

das por éstas; no obstante, á nadie es desconocida la poderosa influencia que tienen para fijar el carácter distintivo y propio de cada individuo. Por esto, antes de pasar adelante, queremos hacer notar, aunque sea brevísimamente, las perfecciones de esas nuevas potencias en S. Agustín y Sta. Teresa, para que así, mejor fundados, y con mayor fijeza de principios, podamos proceder con más seguridad á determinar el carácter distintivo de ambos.

Las brillantes facultades intelectuales y morales que, como hasta aquí hemos visto, resplandecían en S. Agustín y Sta. Teresa, estaban acompañadas de una imaginación rica, de sensibilidad exquisita y de ese buen gusto, tan difícil de definir, como necesario para que las producciones del ingenio adquirieran renombre y sean admiradas por las generaciones futuras. Basta un ligero examen de sus escritos para convencerse de ello; porque no es posible sin esas dotes hacer gala de la riqueza y variedad que á primera vista se advierte en sus obras, ni encerrar en ellas

ese atractivo misterioso, esa gracia especial, ese nosequé que avasalla al entendimiento y cautiva el corazón, obligando en cierto modo al que las lee, á pensar y sentir como ellos piensan y sienten. La galanura y majestad de su estilo, en medio de la sencillez y desaliño que con frecuencia se nota, lo atrevido de las imágenes, lo bien que sostienen las comparaciones de que se valen para expresar sus ideas, los dichos agudos y profundas sentencias con que esmaltan sus obras, son pruebas inequívocas de una imaginación viva y fresca: así como la vehemencia de sus deseos, las arrebatadas aspiraciones de sus almas generosas, la ternura de sus afectos, los encendidos suspiros, las exclamaciones llenas de fuego que se escapaban de sus abrasados pechos, lo son de un corazón por todo extremo sensible.

Agustín lee en Virgilio la trágica muerte de Dido: las enfáticas frases con que el poeta la describe impresionan vivamente su espíritu, hieren su fantasía, cambian sus sentimientos, hacen

que su corazón vibre unísono con el corazón del poeta; y empapado en las ideas de éste, transformado en él, llora el desgraciado fin de la enamorada reina de Cartago. Sta. Teresa, siendo aún muy niña, oye leer los libros de caballería; las locas aventuras que allí se cuentan la entretienen, la seducen, le causan tan vivo gozo, que no sabía dejarlos de las manos, concluyendo por cobrarles tal afición, que como ella dice, «si no tenía libro nuevo no le parecía »tener contento (1).» Verdad es que uno y otro han hecho de esto materia de arrepentimiento, lamentándose con las más sentidas palabras de esos inútiles y aun dañosos pasatiempos; pero no por eso dejan de ser para nosotros preciosos datos por donde podamos conocer las bellas cualidades que hermoseaban su espíritu, por más que no siempre estuvieran bien dirigidas.

Poseían, pues, así Agustín como Teresa, entendimiento claro, profundo y agudo; penetrante ingenio, memoria

(1) *Vida*, cap. II.

fiel, voluntad recta y constante, juicio atinado, imaginación [ardiente y fogosa, sensibilidad extremada y criterio en todo ajustado á las leyes del buen gusto; es decir: estaban naturalmente adornados de las más excelentes prendas que pueden ennoblecer á la humana naturaleza. Agréguese á tan hermosas dotes, la mansedumbre y modestia que en todos sus actos resplandecía; la dulzura y apacibilidad de su genio, la constancia en llevar adelante las cosas una vez comenzadas sin perdonar trabajos y fatigas, y los vivísimos deseos de dar con el objeto por quien su corazón suspiraba, y no dudaremos en afirmar que S. Agustín y Sta. Teresa fueron dos seres extraordinarios, escogidos por Dios para realizar altos fines de su providencia amorosa.

CAPÍTULO II.

**El carácter predominante
en San Agustín y Santa Teresa fué
siempre el amor.**

— Mas para que tan excelentes prerogativas no se frustren; para que den los buenos resultados que de ellas son de esperar, es preciso que vayan acordes, que tengan un solo móvil, que aspiren á un solo fin y que estén reguladas por una sola ley, noble, justa y recta, para que el móvil y el fin á que tienden, participen también de esa nobleza, de esa justicia y de esa rectitud.

— Es pues, necesario un lazo que las una, armonice sus movimientos y las haga conspirar, como una sola fuerza, á la realización de sus providenciales destinos. Si falta ese lazo, si son dirigidas por tendencias y móviles mezquinos y rastreros, si la suprema ley que los gobierna se aparta de los eternos ideales de la justicia y equidad, en vez de

saludables y opimos frutos de bendición, que llenarían de consuelo á los tristes mortales, producirán los amargos de la discordia y del error. No brillarán entonces con la luz esplendorosa y pura de la verdad; sino que, semejantes á esos globos fosforescentes, que se exhalan de los pantanos, despedirán destellos de una luz siniestra y sombría que, lejos de alumbrar, sólo sirve para sumir en mayores tinieblas á los que tienen la desgracia de mirarlos. ¡Cuántos y cuán nobles ingenios han perecido sepultados en el insondable abismo de la duda y del error, sólo por falta de guía! Podemos asegurar que cuantos nombres figuran en la historia rodeados de poco envidiable fama, pudiéndola haber adquirido pura é ilustre, deben su triste inmortalidad á la mala dirección de sus facultades y afectos.

No sucedió así con S. Agustín y Santa Teresa: ellos supieron formar de las hermosas dotes con que el cielo los enriqueciera, un todo armónico; proponerse como fin un objeto noble y elevado; escoger medios que en nada des-

dijeran de ese fin, trazarse una regla de conducta intachable, sujetarse á ella y seguir en todas sus manifestaciones una ley constante é invariable. A eso deben el glorioso renombre y fama imperecedera de que gozan: merced á la recta dirección que dieron á sus facultades, son hoy la admiración del mundo: las generaciones todas les acatan y veneran, honran su memoria, pronuncian con respeto su nombre, escuchan su voz con profundo y religioso silencio y acuden presurosos á sus escritos en demanda de inspiración y de luz. Si fascinados con el falso esplendor de gloria mundana, si seducidos por la ambición y el orgullo, se hubieran dejado guiar por los impulsos de desarregladas pasiones, sus nombres, que tan bien suenan en nuestros oídos y que son objeto de los mayores y bien merecidos elogios, lo serían hoy de vituperio, y ocuparían en la historia el lugar que corresponde á los depravados seres que, valiéndose de las ventajas que sus talentos les proporcionan, se aprovechan de ellos para aumentar las desgracias

que pesan sobre la humanidad. Es verdad que son dos grandes santos; pero no es menos cierto que tenían todas las disposiciones para llegar á ser dos grandes criminales; porque en caracteres como los de S. Agustín y Sta. Teresa, no se dan tintas medias; encuéntranse sólo extremos, buenos ó malos, según la tendencia que se dé á sus inclinaciones.

Ahora bien; ¿qué ley era esa que dirigía todos los actos de esas dos almas heróicas, haciéndolas producir tan hermosos y abundantes frutos? La del amor; y sería inútil buscar otra, porque no la encontraríamos. Sólo el amor reinaba en sus corazones; del amor vivían, en el amor pensaban, con el amor se entretenían, y por el amor obraban. El amor era el centro de sus almas, él les comunicaba calor y vida, en él hallaban la quietud y la calma tan ardientemente deseadas por sus amantes corazones; de él, como de foco inextinguible de luz, recibían los castos resplandores que iluminaban sus inteligencias; por el amor suspiraban, y fuera de él

no veían más que tinieblas, desolación y muerte. Amar y ser amados eran sus delicias; el resorte misterioso que ponía en movimiento sus corazones, el objeto de sus abrasados suspiros, el término de sus deseos, el colmo de su felicidad y de su dicha.

Pero el amor que tan maravillosos efectos producía, no era ese amor *propio*, raquítrico y ruín, que tiende al engrandecimiento de sí mismo, queriendo que todo lo demás sirva para pedestal de su gloria; ni ese rastrero y brutal, que busca tan sólo la satisfacción de innobles pasiones; ni ese pueril y vano, que se contenta con mentirosos aplausos, y se considera feliz si logra llamar la atención de los hombres; ni ese otro, que teniendo todas las apariencias de desinteresado y con el cual pretenden sustituir á la verdadera caridad, es frío y muerto, como los corazones de donde brota; sino el amor en su manifestación más pura, ese amor santo, esa chispa desprendida del seno mismo de Dios, que enciende inmensas hogueras de fuego celeste: ese amor que todo lo rinde,

todo lo avasalla, que domina en todas partes, y que es incansable, mientras no consiga transformar al amante en el objeto amado. Las almas de quienes se apodera ese amor, acometen las empresas más árdúas, no temen ni vacilan, superan todas las dificultades y vencen cuantos obstáculos se les presentan, no parando hasta llevarlas á feliz término. Para ellas todo es fácil, porque el amor que les alienta, les comunica tal energía, que ni la muerte misma basta para detenerlas en su carrera amorosa.

Este era el amor que predominaba en Agustín y Teresa, dirigía sus potencias, influía en sus actos, y era como el sello que brillaba en todas sus obras. Si oraban, leían, escribían, enseñaban, corregían, aconsejaban, ó hacían cualquiera otra cosa, siempre tenían por norte el amor. De modo que, según esto, podemos asegurar que el carácter predominante de ambos santos era el amor, del cual procedían esa afabilidad, esa dulzura, esa mansedumbre de genio, que se notan á primera vista en todos sus escritos: pero de un modo

especial en sus cartas familiares, donde han dejado retratado su espíritu; junto todo ello con la energía suficiente para no doblegarse á imperiosas exigencias, ni condescender con cosas que se apartaran de la justísima norma de lo honesto y santo. Era, pues, el distintivo de esas dos almas, tan nobles y generosas como heróicas, el amor bien ordenado, que es el único que puede producir frutos de bendición.

Mas no se crea que este amor tan puro y santo, del que hemos hablado, y del que hemos dicho estaban animados S. Agustín y Sta. Teresa, fué siempre el móvil de sus acciones, nó: esto sería borrar de una plumada lo que ellos nos dejaron escrito en sus respectivas vidas. Cuando hablamos así, nos referimos al tiempo que trascurrió desde su total entrega en manos de Dios, ó sea, desde su conversión hasta su muerte; pues sabido es que, antes, el amor que en ellos reinaba, no dejaba de ser imperfecto y aun culpable, si bien es verdad, que aun entonces mismo se manifestaba de modo tan singu-

lar y bajo tales formas, que le ponían fuera de la esfera común, y pudieran ennoblecerle, si lo vicioso fuera capaz de nobleza. Siempre reinó en sus corazonces el amor; pero sus tendencias no eran siempre rectas, ni el objeto á que aspiraban santo; y he ahí la causa de los grandes extravíos del hijo de Mónica, y de las pequeñas imperfecciones de la virgen abulense. Fácil nos será hacerlo ver, poniendo á la vista de nuestros lectores un breve resumen de su vida antes de renunciar á los frívolos y vanos pasatiempos mundanos.

Nada más dulce para Agustín que amar y ser amado; pero como él mismo nos dice, «no guardaba en esto el modo que debe haber en amarse las almas mutuamente, que son los límites claros y lustrosos á que se ha de ceñir la verdadera amistad; sino que, levantándose nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia y pubertad, anublaban y oscurecían mi corazón y mi espíritu de tal modo, que no discernía entre la clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa

»del amor impuro. Uno y otro, añade,
»hervían confusamente en mi corazón,
»y entrambos arrebatában mi flaca
»edad, llevándola por unos precipicios
»de deseos desordenados, y me sumer-
»gían en un piélago de maldades.» (1)
Este amor, como hijo de la concupis-
cencia, no pasaba de las criaturas sensi-
bles, y el gozar de sus encantos y her-
mosura era el término de sus deseos, el
fin de sus innobles aspiraciones; porque
el corazón de Agustín no tenía enton-
ces hambre y sed de «alimentos in-

(1) «Et quid erat quod me delectabat nis
amare et amare?»

Sed non tenebatur modus ab animo usque
ad animum, quatenus est lumen limes
amicitiæ; sed exhalabantur nebulae de limosa
concupiscentia carnis et scatebra pubertatis, et
obnubilabant atque obfuscabant cor meum, ut
non discerneret serenitas dilectionis à cali-
gine libidinis. Utrumque in confuso æstuabat,
et rapiebat imbecillam ætatem per abrupta
cupiditatum, atque mersabat gurgite flagitio-
rum.» Conf. Lib. II. cap. II. La traducción es
del P. Ceballos, de la cual nos valdremos en
adelante.

»corruptibles y espirituales; y esto, no
»porque estuviera lleno y harto de ellos,
»sino porque le causaban tanto mayor
»fastidio, cuanto más vacío, y falto de
»ellos estaba.» (1) ¿Quién duda que las
inspiraciones brutales de ese amor hu-
bieran conducido al joven africano á
los crímenes más espantosos? Pero Dios,
que en su sabia y amorosa providencia
le había escogido para más altos fines,
supo atajar los desastrosos efectos que
inevitablemente se habían de seguir de
esa arrebatada pasión, trocando sus as-
piraciones por medios al parecer inefi-
caces.

La lectura del *Hortensio* bastó para
que Agustín diese dirección más noble
y recta á su amor, y buscase en re-
giones más elevadas el codiciado obje-
to por el que ansiosamente suspiraba.

(1) «Quoniam fames mihi erat intus ab in-
teriore cibo te ipso, Deus meus, et ea fame non
esuriebam: sed eram sine desiderio alimentor-
um incorruptibilium; non quia plenus eis
eram, sed quo inanior eo fastidiosior.» Conf.
Lib. III. cap. I.

Oigamos de su boca las sentidas y elocuentes palabras con que nos refiere esta mudanza singular: «Siguiendo el »orden, dice, de mis estudios, había »llegado á un libro de Cicerón, cuyo »lenguaje casi todos admiran, aunque »no tanto su ánimo y espíritu. Aquel »libro es una exhortación del mismo »Cicerón á la filosofía, y se intitula el »*Hortensio*. Este libro trocó mis afectos »y me mudó de tal modo, que me hizo »dirigir á Vos, Señor, mis súplicas y »ruegos, y que mis intenciones y deseos »fuesen muy otros de lo que antes »eran. Luego al punto se me hicieron »despreciables mis vanas esperanzas, y »con increíble ardor de mi corazón »deseaba la inmortal sabiduría, y desde »entonces comencé á levantarme para »volver á Vos. Porque no leía aquel »libro para ejercitarme en hablar bien, »como juzgarían todos los que supieran »que para este fin estaba yo estudiando »á expensas de mi madre, teniendo ya »entonces diez y nueve años, y habiendo »más de dos que mi padre había muer- »to. No le leía, pues, ni lo estudiaba

»por ejercitarme y perfeccionarme en
»la elocuencia, ni me había persuadido
»él á seguir lo bien que hablaba, sino lo
»bueno que decía. ¡Con cuánto ardor,
»Dios mío, deseaba volver á tomar vue-
»lo y elevarme sobre todas estas cosas
»terrenas hasta llegar á Vos!» (1).

(1) «Inter hos ego, imbecilla tunc ætate, discebam libros eloquentiæ; in qua eminere cupiebam sine damnabili et ventoso per gaudia vanitatis humanæ: et usitato jam discendi ordine perveneram in librum quemdam cujusdam Ciceronis, cujus linguam fere omnes mirantur, pectus non ita. Sed liber ille ipsius exhortationem continet ad philosophiam, et vocatur Hortensius. Ille vero liber mutavit affectum meum; et ad te ipsum, Domine, mutavit preces meas, et vota ac desideria mea fecit alia. Viluit mihi repente omnis vana spes, et immortalitatem sapientiæ concupiscebam æstu cordis incredibili: et surgere cæperam ut ad te redirem. Non enim ad acuendam linguam, (quod videbar emere maternis mercibus, cum agerem annum ætatis undevigesimum, jam defuncto patre ante biennium): non ergo ad acuendam linguam referebam illum librum; neque mihi locutionem, sed quod loquebatur, persuaserat. |Quommodo

Desde este momento sus aspiraciones y deseos eran la consecución de la sabiduría; no de la sabiduría que pudiera ostentar alguna de las muchas sectas filosóficas por entonces reinantes; sino de la sabiduría verdadera bajo cualquier forma que se le presentase. De aquí provino, el que se dedicase al estudio de las Escrituras Santas; pero como su entendimiento oscurecido por los fantasmas terrenales que hasta entonces le habían ocupado, no se encontraba en disposición de comprender las altísimas verdades en ellas contenidas; y como por otra parte su orgullo de retórico no veía allí aquella arrebatadora elocuencia que había admirado en Cicerón, llegó á despreciarlas, teniéndolas por inútiles é indignas de un estudio serio. No obstante, el amor por la verdadera sabiduría que en su corazón había engendrado la lectura del *Hortensio*, se acrecentaba de día en día. No perdonaba medio para dar con ella, estre-
tanta avidex habia desebdo habere
ardebam, Deus meus, quommodo ardebam re-
volare a terrenis ad te!» Conf. Lib. III. cap. IV.

charla entre sus brazos, y gozar de sus castas delicias; mas todos sus esfuerzos eran inútiles, porque caminaba sin luz, y seguía un derrotero cuyo último término era el abismo.

Nueve años vivió adicto á la doctrina de Manès, lleno de dudas y perplejidades, sin tener un punto de apoyo donde asentar sus vacilantes piés; porque su poderosa inteligencia encontraba en esa doctrina tan grandes dificultades, que ninguno de aquella secta podia resolver, y cuando les pedía una solución, le contestaban diciendo que vendría Fausto y desvanecería todas sus dudas. Con increíble ardor esperaba Agustín la venida de Fausto, y fué inexplicable su gozo, cuando tuvo ocasión de proponerle las dudas que agitaban su espíritu, creyendo que ya era llegado el momento de salir de tan angustioso estado; pero bien pronto conoció que aquel oráculo de los Maniqueos, á quien tantas alabanzas se tributaban y á quien con tanta avidez había deseado hablar, era sólo un gramático que sabía dar á sus palabras cierto ornato retórico, consi-

guiendo así deslumbrar á muchos, sin que en el fondo dijese cosa distinta de lo que ya estaba cansado de oír repetir á otros doctores menos elocuentes. No se ocultó al perspicaz ingenio de Agustín que Fausto, si bien dotado de elegantes formas y de palabra fácil y elocuente, era inhábil para resolver sus dudas; lo cual causó en su ánimo honda impresión, y entibió los fervorosos deseos de penetrar en el fondo de las doctrinas maniqueas, con la esperanza de que hallaría en ellas la verdad que con tantas ansias buscaba. Mas, como en ninguna otra parte veía su espíritu un cuerpo de doctrina que le satisficiera, determinó permanecer en esa secta, entregado á los estudios retóricos, hasta que nuevas luces le diesen á conocer algo que mitigara el hambre y sed que de verdad tenía.

Roma, teatro de sus nuevos estudios, admiró su elocuencia y la viveza de su ingenio, contemplándole sumido en un mar de dudas, del cual, á pesar de sus esfuerzos, no podía salir. Conversando con los maniqueos, no les ocultaba el

desaliento profundo que las conferencias con Fausto habían causado en su ánimo, y la desconfianza de encontrar entre ellos la verdad. Semejante al que predominado por una idea, busca los medios de realizarla, vive Agustín entre las agitaciones de su espíritu revolviendo en su mente aquel cúmulo de dudas que le oprimen, volviendo sus ojos, ahora á una secta, y luego á otra; pero apartándolos siempre de la Iglesia católica, convencido de que era inútil recurrir á ella, pues, á su parecer, no estaba en posesión de la verdad. De tan angustioso estado, solo podía sacarle la gracia divina, y esta empezó á obrar en su corazón desde el momento en que escuchó la poderosa y elocuente voz de San Ambrosio, quien con sencillez y elegancia inusitadas, exponía en la catedral de Milán los augustos misterios de nuestra Religión, vindicándolos á la vez de las falsas interpretaciones de los maniqueos. Desde esos instantes podemos contar á Agustín en el seno de la Iglesia; porque orientada su extraviada inteligencia, iba de día en día descu-

briendo nuevos horizontes, y admirando la hermosura de las verdades católicas; hasta que por fin la misteriosa voz que oyó estando luchando con sus pasiones bajo la histórica higuera, rompió el último eslabón de la pesada cadena que hasta entonces le había sujetado al polvo. Repárese un poco en esta breve reseña de la vida de Agustín, y se verá palpablemente cómo en todas sus acciones era dirigido por el amor, terreno y mundanal aún; pero siempre bastante fuerte para impulsarle a obrar. Lo mismo podemos decir de Sta. Teresa; si bien sus ligeros extravíos no son comparables con los del joven africano.

Santa Teresa amaba, y amaba con todo el ardor de su alma. Desde sus más tiernos años, merced á una educación sólidamente cristiana, el objeto de su amor fué siempre Dios, fuente de todo bien, y centro de nuestros corazones. Jamás perdió de vista ese nobilísimo objeto; siempre suspiró por Él, hacia Él encaminaba todos sus pasos; día y noche pensaba en su Amado, y esto nos explica aquellas ansias y fervo-

rosos deseos de padecer el martirio, contando apenas siete años. Pero si es cierto que nunca empañó su alma virginal culpa alguna grave, no lo es menos que la lectura de los libros de caballería, el trato con algunas personas de no muy buena reputación, y las conversaciones poco recatadas con algunos parientes de su edad, entibiaron el fervor de su espíritu y levantaron en su corazón afectos á las vanidades y pasatiempos del mundo. «Comencé, dice ella, á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa (1).» No es difícil comprender cuánto daño causarían semejantes aficiones en el corazón sensible de Teresa, y los peligros que corría de perder la inocencia, si la mano poderosa de Dios que la había escogido para llevar á cabo cosas muy altas, no la contuviera. Ellas fueron la causa de que, perdido el pri-

y Robama de no adessada en su Amador y
(1) *Vida, cap. II.*

mitivo fervor, no encontrase ya en las cosas del espíritu aquellas castas delicias, que cual celestiales perfumes, habían recreado su alma, haciéndola poner bajo los piés todos los deleites terrenales. Cierto es que jamás pretendió ser piedra de escándalo para ninguno, pues conservaba aún en su pecho el santo temor de Dios, merced al cual logró sacar ilesa su inocencia de entre tantos escollos como por todas partes la cercaban; sin embargo, ningún caso hacia de los pecados veniales, ni de otras imperfecciones, que, si bien no la separaban de Dios, iban afeando su hermosa alma, haciéndole perder el recato y predisponiéndola para otras caídas mayores. Advirtiolo su buen padre, y queriendo sacarla de tantos peligros y apartarla de aquellas ocasiones, en que tan fácil era dar un tropiezo, la llevó al convento de Santa María de Gracia, para que las monjas agustinas á quienes pertenecía, perfeccionasen su educación moral y la instruyesen en todas las demás cosas convenientes á una mujer. No es extraño que el espí-

ritu de Santa Teresa se parezca al de San Agustín, cuando fué amamantado con sus máximas y doctrinas.

En ese retiro empezó á entrar dentro de sí misma, y á encenderse en el amor de las cosas eternas, gracias á las santas conversaciones y buenos ejemplos de aquellas religiosas. Como ya estaba en edad de abrazar estado, comenzó á pensar cuál le estaría mejor para la salvación de su alma; y á fin de que la elección fuese acertada, suplicaba á todas sus compañeras la encomendasen á Dios para que en asunto tan importante no se equivocase. No procedía en esto con el desprendimiento que era debido, pues, como ella candorosamente confiesa, deseaba no fuera servido el Señor darle el estado de monja, si bien por otra parte tampoco quería casarse (1). No obstante, de cuando en cuando le venían estos buenos pensamientos, que, aunque desaparecían luego, llegaron por fin á apoderarse de su voluntad y hacerle tomar esa determinación, no

(1) *Vida*, cap. III.

sin haber estado luchando con ellos tres meses, al cabo de los cuales, la razón de «que los trabajos y penas de ser monja» no podía ser mayor que la del purgatorio, y que ella había bien merecido «el infierno, y la esperanza de ir luego» derecha al cielo, que eran todos sus deseos,» la obligó en cierto modo á decir á su padre que quería ser monja, «lo cual, casi era como tomar el hábito,» porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás de ninguna manera» dice la misma Santa (1).

«Acuérdaseme, escribe en su *Vida*, á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba, porque como no había amor de Dios que quitase el amor de padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir ade-

(1) *Vida*, cap. III.

IV. q. 2. 11V. (1)

IV. q. 2. 11V. (2)

»lante (1).» Durante el noviciado vivió en mucho recogimiento y encontraba sumo deleite en todas las cosas de religión; pero después de profesa empezó á entibiarse, dejando la oración y la lectura de buenos libros, embebiéndose demasiado en conversaciones peligrosas para personas que se han consagrado al Señor. Laméntase de esto la Santa con estas palabras: «pues así comencé
»de pensamiento en pensamiento y de
»vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión á meterme tanto en muy grandes
»ocasiones y andar tan entregada mi
»alma en muchas vanidades, que ya yo
»tenía vergüenza de en tan particular
»amistad, como es tratar de oración, tornarme llegar á Dios» (2). Mucho la dañaron estos vanos pasatiempos; y aunque ella procuraba apartarse de las culpas graves, no se cuidaba de las veniales, resultando de aquí que cada día fuese empeorando, cargándose de nuevas faltas y perdiendo poco á poco el santo

(1) *Vida*, cap. VI.

(2) *Vida*, cap. VII.

temor de Dios. Bien conocía ella que en este estado no encontraba quietud, y los estímulos de su conciencia no la dejaban sosegar, experimentando en su interior una lucha continua que le causaba grande pena. «Cuando estaba, dice ella, en los contentos del mundo, en acordarme de lo que debía á Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé como un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años (1).»

Estaba, pues, dividido su amor entre Dios y el mundo, y en estado tan lastimoso, no podía encontrar descanso su corazón magnánimo, nacido para amar con todas sus fuerzas; era por lo tanto necesario que rompiese de una vez los lazos que la sujetaban á los frívolos pasatiempos del mundo y se arrojase en brazos de Dios. Esto era lo que el Señor iba disponiendo por caminos secretos y trazas admirables; porque, como alma escogida por Él, para ostentar en ella sus grandezas, apartábala de grandes

(1) *Vida*, cap. VIII.

peligros y le hacía no pequeños regalos. Por último, leyendo un día la conversión de S. Agustín, le tocó Dios al corazón, y con la misma generosidad que aquél al leer en S. Pablo las admirables palabras que trocaron todos sus afectos, resolvió para siempre no amar sino á Dios, sintiéndose desde aquellos momentos completamente mudada, y experimentando tanto consuelo, que le parecía no había más que desear.

Esta breve noticia de la vida de ambos santos antes de su conversión, pone de manifiesto que el móvil de todas sus acciones era el amor; pero como las tendencias de ese amor eran rastreras y bajas, los frutos por él producidos no podían menos de ser amargos. No reconocen otro origen los grandes extravíos del hijo de Mónica, y las pequeñas imperfecciones de la virgen abulense. Repárese un poco en el estado de sus almas durante ese tiempo, y se las verá siempre inquietas, dominadas por una agitación febril, que no las dejaba un momento de reposo, y ansiosas de tropezar con un objeto que llenara los vi-

visimos deseos de felicidad y de dicha que sentían allá en el fondo de su hermoso corazón. No calmaban esa agitación y esas ansias los hechizos y pasajeros encantos de las criaturas; no saciaban el hambre y sed de amar y ser amados que les devoraba los insípidos gustos y mezquinos placeres del mundo; necesitaban campos más anchurosos, verdades más elevadas y hermosuras más estables, para hallar descanso en ellas. Pero como sus ojos, oscurecidos por los fantasmas de terrenales afectos, no podían descubrirlas, una lucha incesante les destrozaba el corazón, y amargos sinsabores los sumían en un mar de desconsuelos. Hubieran sido dos seres desgraciados, si la luz de la verdad no hubiera herido sus inteligencias, y la hermosura eterna no hubiera cautivado sus corazones. La total entrega que, impulsados por la gracia, hicieron de sí mismos en manos de Dios, puso término á tanta inquietud y quebranto; y ennoblecendo el amor que era la vida de sus almas, y trocando el objeto de sus encendidos afectos, les hizo correr como

gigantes su carrera, derramando bendiciones sobre el árido desierto de esta vida, iluminando con las purísimas luces de la verdad muchas inteligencias extraviadas, y encaminando por la senda de la virtud á corazones corrompidos y almas envilecidas.

Esto nos demuestra que el carácter predominante de San Agustín y Santa Teresa fué siempre el amor, así en el tiempo que anduvieron extraviados, como en el resto de sus días, después de convertirse á Dios. Éste ha sido el sentir común de todos los siglos, y esto es lo que más resalta en sus admirables obras. Si alguno lo dudase, le suplicaríamos reflexionara un poco sobre lo que queda dicho, persuadidos de que llegará á pensar como nosotros; y si esto no le bastare, fije su atención en el símbolo de amor que desde muy lejanos tiempos se viene colocando en la mano de San Agustín y al pié de la estatua de Santa Teresa, y estamos seguros de que no le quedará la menor duda. Píntase al amante Obispo de Hipona con el corazón en la mano, ardiendo en llamas

de fuego, y es muy frecuente ver el de la Seráfica Reformadora del Carmelo, traspasado de una saeta: al pié de la imagen que se venera en Alba de Tormes, véñse dos ángeles, de los cuales el uno sostiene un corazón con los distintivos que el de San Agustín, y el otro una saeta. Esto habla muy alto, y nos manifiesta el sentir común de las generaciones pasadas. Todos han visto el predominio del amor en esos dos corazones, y de aquí proviene que en las obras del arte con que se ha querido honrar la memoria de ambos Santos, se descubran siempre insignias y símbolos del amor.

Abrigamos por lo tanto el firme convencimiento de no habernos equivocado al asignar como carácter distintivo de San Agustín y Santa Teresa esa pasión misteriosa que es vida de los corazones, y que da tan opimos frutos cuando está regulada por la ley inmutable de la verdad. Esto es lo que se desprende de lo que llevamos escrito, y lo que se verá con mayor claridad en lo que resta que decir.

CAPÍTULO III.

Estado moral de la sociedad en tiempo de San Agustín y Santa Teresa, y educación de ambos.

Antes de poner á la consideración de nuestros lectores las manifestaciones del esp'ritu de San Agustín y Santa Teresa, parécenos oportuno detenernos algunos instantes en dar á conocer, aunque sea ligeramente, el estado moral de los pueblos en que nacieron, y las ideas reinantes en los siglos en que les cupo vivir; porque á nadie se le oculta la poderosa influencia que semejantes circunstancias ejercen en el carácter del individuo y en sus manifestaciones, modificándole, ya en un sentido, ya en otro.

El joven que lanzado en el seno de una sociedad corrompida vive en medio de ella envuelto en las agitaciones que la perturban, tomando parte en sus ideas, presenciando sus bacanales y orgías, escuchando sus máximas, discutiéndolo todo, y viendo donde quiera una confusión lastimosa de ideas y prin-

cipios, no puede menos de resentirse y participar de la volubilidad y ligereza que minan los cimientos de esa sociedad. Tal vemos sucede hoy á la juventud estudiosa, educada en las máximas corruptoras de una ciencia sin Dios, y tal sucedió al asombroso genio africano. El siglo IV en que le tocó nacer, presenta á los ojos de quien con atención le considera, un cuadro triste y sobremanera desconsolador, así en su estado material como en el moral. El pueblo romano sólo conservaba ya el recuerdo de su antigua pujanza y asombrosa gloria: era un cadáver, cubierto si se quiere de esplendente mortaja; pero al fin cadáver frío y yerto, á quien se encargaban de sepultar ignominiosamente en la sima que él mismo se había labrado, las numerosas hordas de bárbaros que desde las dilatadas fronteras del imperio espían el momento de darle el último empuje. En tan inminente peligro no había un Escipión ó un César, que empuñando la espada y colocándose al frente de aguerridas legiones, deshiciese la tempestad que sobre Roma se cer-

nia: la sensualidad y el placer habían enervado el carácter enérgico de los dominadores del mundo. Esa raza degenerada y envilecida por los principios de la Escuela de Epicuro, miraba con estúpida indiferencia las águilas de sus victoriosas banderas arrastradas por el fango. No desconocía los desastres que le amenazaban; pero sumida en el lodazal de sus inmundas orgías, no conservaba en su pecho un resto de valor, que le moviera á sacudir su indolencia y poner remedio á los males que iban á caer sobre su cabeza. El juego y la mollicie, los banquetes y espectáculos, las cacerías y los baños eran las ocupaciones de todo ciudadano romano.

A este desorden correspondía una confusión de ideas no menos lamentable. Prescindiendo del cristianismo, que cada día iba ensanchando sus horizontes, haciendo nuevas conquistas, el mundo pagano se hallaba dividido entre las escuelas de *Carnéades* y *Arceilas*, y la de *Manés*. El *Neoplatonismo* que tanto influjo ejerció mientras vivieron *Plotino* y *Porfirio*, no contaba ya

con representantes que pudieran sostener su doctrina; efecto, sin duda, de que sus ideas espiritualistas y su desdén por las riquezas no eran nada á propósito para halagar las pasiones de aquella raza que sólo pensaba en placeres. Se adaptaban mejor con sus hábitos viciosos, ó la duda universal de los *Académicos*, ó la hipócrita y fingida austeridad de los *Maniqueos*. Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que los restos del mundo pagano, se los disputaban los discípulos de *Carnéades*, fundador de la tercera *academia*, y los sectarios de *Manés*.

Y si del estado de las ideas en el paganismo volvemos los ojos á las sectas religiosas que despedazaban con mano cruel la túnica inconsútil del Salvador del mundo, el cuadro resultará sombrío y aterrador. Los arrianos, los Apolinaristas, los Fotinianos y otras sectas extendidas así en Oriente como en Occidente, apoyadas unas veces por la dignidad imperial, y destituidas otras de tan poderoso auxilio, no dejaban piedra sobre piedra para ver de destruir

el firmísimo alcázar de la fe, fundado por el mismo Jesucristo. Los trastornos, divisiones y escándalos causados por esas herejías, no pueden ser desconocidos por el que haya leído la historia de aquel siglo.

El África, como provincia del imperio romano, participaba de esa confusión, y era además devorada por el cáncer del cisma de Donato. Cuando Agustín vino al mundo, el estado de la Iglesia africana era en extremo lamentable; y si testimonios irrecusables no nos lo atestiguaran, nos costaría trabajo creer lo que los historiadores nos cuentan, de la profunda división que existía entre los cristianos de ese país.

Casi en todas las ciudades había dos Obispos, uno católico y otro donatista, y en algunos puntos era tanto el poder de los últimos, que no permitían á los verdaderos sucesores de los Apóstoles el ejercicio de su ministerio pastoral. De aquí provenían acaloradas disputas, odios encarnizados y enemistades, que eran ocasión, con harta frecuencia, de abominables crímenes, poniendo un

muro de división entre los pueblos, y llevando el germen de la discordia al seno mismo del hogar doméstico. Una sociedad que encerraba en su seno tantos elementos de muerte, no podía menos de inficionar con su hálito venenoso los tiernos corazones de la juventud, educada en presencia de excesos tan lamentables, y causar en sus inteligencias extravíos y desórdenes de no pequeña trascendencia.

Agustín, aunque dotado de alma nobilísima y corazón magnánimo, y á pesar de los esfuerzos y cuidados de su piadosa madre, no supo sustraerse del peligro, viviendo muchos años aspirando con avidez la atmósfera corrompida y corruptora, que rodeaba á ese pueblo envilecido y próximo á la más espantosa ruina, por falta de elementos vitales y fijeza de principios. Todo esto contribuyó á que la educación moral de Agustín estuviese bastante descuidada; pues aunque Mónica se esforzaba por inculcar en su hijo las ideas sanas y vivificadoras del Cristianismo, y no perdonaba medio para grabar en su

tierno corazón las máximas evangélicas, sus trabajos eran contrarestados por la tolerancia y malos ejemplos del pagano Patricio, á quien nada importaban las travesuras y corrompidas costumbres de su hijo, con tal que hiciese progresos en los estudios, y pudiese luego brillar entre los sabios. Tal era el estado de la sociedad en tiempos de San Agustín, y tal la educación que en sus primeros años recibió.

El siglo XVI en que vivió Sta. Teresa, forma época en la historia de las naciones europeas. Un movimiento y actividad prodigiosa se habían apoderado de los pueblos; los descubrimientos de tierras hasta entonces desconocidas estimulaban á corazones esforzados á llevar á cabo empresas arriesgadas; las inteligencias buscaban con avidez ensanchar el campo de sus conocimientos; las artes rompían el estrecho molde en que habían estado como encarceladas, y con la audacia y vigor de la juventud, se lanzaban á más anchurosos espacios. Todo aseguraba un período de prosperidad y grandeza, así en el orden inte-

lectual y moral, como en el de los intereses materiales. La fecunda semilla que la Iglesia había arrojado en el campo de las naciones, á quienes con maternal cariño había alimentado en su seno durante la edad media, estaba ya en completo desarrollo; iban sazizando los frutos de bendición y de paz que debían esperarse de ella, y sonreía á la pobre humanidad un porvenir lleno de esperanzas.

Pero una voz salida de los antros infernales lanza el grito de rebelión, deja oír aquellas seductoras palabras con que la astuta serpiente engañó á Eva, y excita á los pueblos á sacudir el yugo suave de su benéfica protectora. Las naciones se detienen como espantadas para escuchar su voz; sus palabras encuentran en muchas benévola acogida; y ¡ay! el frondoso árbol bajo cuya sombra esperaba descansar de sus pasadas fatigas, es herido con rudos golpes; muchas de sus más hermosas ramas son desgajadas con violencia del tronco, cuyo jugo vital les comunicaba fuerza y lozanía; y los sabrosos frutos que

ofrecía en lontananza, se convierten en amargos y pestilenciales disturbios.

¡Cuántas lágrimas, cuántos sollozos, cuántas ruinas, cuántos sinsabores causó ese grito de rebelión! Las discordias civiles, las guerras encarnizadas que encendió en el seno de los pueblos, y que fueron causa de que muchas veces corriera á torrentes sangre de hermanos; el desequilibrio que introdujo en las naciones, y cuyos funestos resultados estamos palpando hoy mismo; el restablecimiento de los principios paganos para el régimen de los pueblos, la confusión espantosa de ideas, y los brutales ataques á cuanto de más sagrado y augusto conservaba la sociedad, serán siempre negro borrón para la malhadada obra de la *reforma*. La humanidad no puede perdonar á Lutero los gravísimos perjuicios que con su grito de rebelión le causara, y ante el tribunal de la historia aparecerá siempre su figura cubierta de sangre y llevando en su frente el sello de la ignominia (1).

(1) Véase *El Protestantismo* de Balmes,

España, entre las naciones europeas, fué la única que no se dejó seducir por los falsos halagos de una mentida libertad. La lucha de ocho siglos que había sostenido con los enemigos del nombre cristiano y que acababa de terminar con la toma de Granada, había engendrado en ella la profunda convicción de que fuera del cristianismo sólo encuentran los pueblos opresión y tiranía. De aquí procedía que sus instituciones, leyes y costumbres estuvieran basadas en las máximas puras y santas del Evangelio, y que mirase con desdén cuanto, á su parecer, tendiera á debilitar los fuertes lazos con que estaba unida á la Iglesia. Amaestrada sin duda con las lecciones de su propia historia, había llegado á conocer que los pueblos sólo son grandes cuando, respetando los derechos de Dios, tienden á realizar los destinos para los que la Providencia los ha escogido.

Y véase aquí, á nuestro pobre entender, una de las principales causas de la donde encontrará el lector todo esto magistralmente tratado.

grandeza y poderío de España en el siglo XVI. No negaremos que otras causas más ó menos secundarias pudieron contribuir á la prosperidad de nuestra patria; pero en medio de todo, tenemos el firme convencimiento de que ninguna influyó tan poderosamente en ella como la pureza de fe y sanas creencias, tan profundamente arraigadas en los corazones de nuestros antepasados. Desconocer esto, sería, á lo que se nos alcanza, querer descartar del gobierno de las naciones la intervención de la sabia mano de Dios, como lo pretende esa escuela materialista y atea tan en boga en nuestros tiempos.

Gozó, pues, España durante ese para ella venturoso siglo, de tranquilidad y sosiego. La unidad de fe, esa joya preciosa que hoy lloramos perdida, era el lazo misterioso que adunaba las voluntades de todos sus hijos, haciéndoles conspirar como un solo individuo á realizar el nobilísimo fin de establecer en el mundo el imperio de Jesucristo. Este espíritu animaba á sus reyes, á sus políticos, á sus capitanes, á sus litera-

tos, á sus artistas, á los individuos todos, fuese cualquiera la clase de la sociedad á que pertenecieran. La piedad más acendrada y el celo por la gloria de Dios, eran como ingénitos en los españoles en aquella edad de oro; en las universidades y demás centros de enseñanza se daba á la juventud una instrucción sólida y cristiana; el error y la mentira no consiguieron echar raíces en esta hidalga tierra; y á pesar de los esfuerzos hechos por la reforma para introducir en ella la división en las creencias, no pudo lograrlo, gracias á la vigilancia y cuidados de la *Inquisición*, á la que con tan negros colores se pinta, cuando todo español debiera respetarla, ya que no por su carácter sagrado, siquiera por habernos libertado de las guerras religiosas que afligieron á otros pueblos.

En el seno de esa sociedad vivió Santa Teresa, participando de su fe y entusiasmo, amamantada con sus mismas ideas y siguiendo los mismos principios; ideas y principios enteramente opuestos á los que reinaban en la sociedad del tiempo de S. Agustín.

Con estas ligeras indicaciones fácil es comprender, cuán distinta debió de ser la educación de Sta. Teresa de la de San Agustín, máxime si tenemos en cuenta que los padres cristianos y piadosos de aquélla no perdonaron medio para imbuir á su hija en las verdades más puras, lo cual, como anteriormente hemos dicho, faltó á Agustín. Agréguese á esto el diferente estado de las sociedades en que vivieron, la comunicación asídua del joven africano con hombres de diversas sectas, y el retiro de la virgen abulense en el seno de la familia, donde todo cuanto veía y oía, respiraba piedad y tendía á afianzar más y más en su tierno corazón los principios de la moral cristiana; y no causará extrañeza ver á Agustín arrastrado por el torbellino de las pasiones y envuelto en el cenagal de los vicios, mientras Teresa se conserva firme en la virtud, aunque no sin experimentar en sí misma los efectos de las malas compañías y los peligros de conversaciones mundanas.

Quisiéramos no se olvidase esto, para que, en medio de las diferencias que á

primera vista se advierten entre ambos santos, se parase la atención en las semejanzas del espíritu que les animaba, considerando que aquellas son meramente accidentales y debidas á las circunstancias de lugares y tiempos, más bien que á la diversidad de carácter.

Esto supuesto, hora es ya de que hagamos ver las estrechas analogías que hay entre la vida de uno y otro santo.

CAPÍTULO IV.

Analogías entre S. Agustín y Santa Teresa antes de entregarse por completo á Dios.

Comparada en globo la juventud de ambos, apenas se hallará punto alguno de semejanza: mas descendiendo á por menores, y considerados aisladamente muchos rasgos de sus vidas, se advertirán desde luego perfectas analogías y estrechas semejanzas.

Agustín recibe de su piadosa madre una instrucción cristiana, y desde sus

más tiernos años es contado en el número de los catecúmenos. Enseñáronle en la escuela á invocar á Dios, y él lo hacía con todo el fervor de su alma, suplicándole no le castigaran, porque entonces esto era para él el mayor mal que pudiera sucederle (1). Pero cuando ya años después comenzó á sentir los estímulos de las malas pasiones, fomentadas por la culpable condescendencia de su padre y los perversos ejemplos que con frecuencia veía, echó en olvido su primera educación, y se precipitó en los más lamentables excesos, aunque conservando siempre en el fondo de su corazón el dulcísimo nombre de Jesús, sin el cual le parecía vana é insípida cualquier lectura por agradable que fuera (2).

(1) *Nam puer cæpi rogare te auxilium et refugium meum, et in tuam invocationem rumpebam nodos linguæ meæ; et rogabam te parvus, non parvo affectu, ne in schola vapularem. Conf. Lib. I., cap. IX.*

(2) *Et ego illo tempore, scis tu, lumen cordis mei, quoniam nondum mihi hæc apostolica*

Los virtuosísimos padres de Teresa se esmeraron en la educación de su hija; y como ellos eran modelos de padres cristianos y les adornaban tantas virtudes, Teresa procuraba imitarlos, ayudándole mucho los buenos ejemplos que veía y los saludables consejos que recibía de sus piadosos progenitores. No obstante, el pequeño defecto de su madre, aficionada á leer libros de Caballería, la perjudicó no poco, y fué causa de que la vanidad se deslizara en su tierno

nota erant; hoc tamen solo delectabar in illa exhortatione, quod non illam aut illam sectam, sed ipsam quæcumque esset sapientiam ut diligere et quærere, et adsequere, et tenere atque amplexere fortiter, excitabar sermone illo (Hortensio) et accendebar et ardebam, et hoc solum in tanta flagrantia refrangebat, quod nomen Christi non erat ibi. Quoniam hoc nomen secundum misericordiam tuam, Domine, hoc nomen Salvatoris mei filii tui in ipso adhuc lacte matris, tenerum cor meum præbiberat, et alte retinebat, et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litteratum et expolitum et veridicum, non me totum rapiebat. Conf. Lib. III, cap. IV.

y sensible corazón, haciéndole perder aquel fervoroso espíritu que en sus primeros años le había impulsado al martirio. De esta disipación provino el gusto que experimentaba en sustentar pláticas poco edificantes con algunos parientes de su edad, y el que se aficionase a una persona poco recogida y no de muy buena conducta, la cual la ayudaba en sus vanidades y la entretenía con ellas. No causaron estas cosas en su espíritu los mismos efectos que en el de S. Agustín, merced á los cuidados de su buen padre y al recato que ella tenía, aun en medio de tantos peligros; pero si esas ayudas le hubieran faltado, tal vez sus extravíos hubieran sido muy parecidos á los del hijo de Mónica; pues, como queda dicho, ambos se encontraban dotados de cualidades para ser dos grandes pecadores, si no las hubieran regulado por una ley equitativa y justa.

S. Agustín principió á volver sobre sí, y á procurar salir del caos en que sus livianas pasiones le habían precipitado, desde el momento en que la lectura del *Hortensio* le hizo descubrir un

campo más bello y espacioso fuera del alcance de los sentidos, en donde el espíritu podía contemplar verdades más elevadas y puras que las que hasta entonces habían alimentado la prodigiosa actividad de su inteligencia. Ese libro cuya pérdida no podemos menos de lamentar, por haber sido como el principio de la conversión del genio más asombroso, produjo en Agustín un cambio felicísimo hacia la verdad, haciéndole suspirar con increíble ardor por la verdadera sabiduría.

Sta. Teresa, leyendo buenos libros aunque contra su voluntad, y solo por complacer á su virtuoso tío D. Pedro Sánchez de Cepeda, «con la fuerza que
»hacían en su corazón las palabras de
»Dios, así leídas como oídas, y la buena
»compañía, vino á ir entendiendo la
»verdad de cuando niña, de que era
»todo nada, y la vanidad del mundo y
»como acababa en breve, y á temer si se
»hubiera muerto, como se iba al infier-
»no; y aunque no acababa su voluntad
»de inclinarse á ser monja, vió era el
»mejor y más seguro estado, y así

»poco á poco se determinó á forzarse «para tomarle» (1).

El fruto que de lecturas tan piadosas sacó, nos lo manifiesta ella misma cuando nos dice «que le dió la vida el «haber quedado amiga de buenos libros» (2) pues desde entonces se sintió con fuerzas para determinarse á abrazar el estado de monja, á pesar de la repugnancia que antes sentía y de las dificultades sin cuento que el demonio le proponía, representándole, ya la debilidad de su complexión, ya los rigores que á tal estado acompañan; contra todo lo cual se defendía ella pensando en las penas del purgatorio, y meditando en los trabajos de Jesucristo. Las cartas de S. Jerónimo causaban en ella tan viva impresión y la animaban de tal manera, que por fin se determinó á decírselo á su padre, resuelta ya á no retroceder en el camino emprendido.

Agustín, contándonos el efecto que causó en su espíritu la narración que

(1) *Vida*, c. III.

(2) *Ib.*

Ponticiano le hizo de la conversión de dos jóvenes oficiales al leer la vida de S. Antonio, nos refiere los deseos que aún en sus primeros años había tenido de ser casto, y como se lo había pedido á Dios, aunque conservando siempre un afecto oculto y criminal á la satisfacción de sus pasiones. «Mas yo,—dice él con
»profundo dolor dirigiéndose á Dios,—
»infeliz joven y en sumo grado infeliz,
»desde el principio mismo de mi juven-
»tud, os había pedido castidad, dicen-
»do: dadme, Señor, castidad y conti-
»nencia, pero no ahora; porque yo
»temía que despachaseis luego al punto
»mi petición, y luego al punto me sana-
»seis de la enfermedad de mi concupis-
»cencia, la cual más quería verla saciada
»que extinguida.» (1).

(1) «At adolescens miser, valde miser, in exordio ipsius adolescentiæ etiam petieram a te castitatem et dixeram: Da mihi castitatem et continentiam, sed noli modo. Timebam enim ne me cito exaudires, et cito sanares a morbo concupiscentiæ, quam malebam expleri quam extingui.» Conf. Lib. VIII., Cap. VII.

Sin ese culpable desorden, pero con mayor inclinación al estado matrimonial, vemos que Sta. Teresa suplicaba á las religiosas del convento de N. S.^a de Gracia la encomendasen á Dios, pidiéndole le diese el estado en que le había de servir mejor. «Mas (dice con todo el candor de su alma virginal) todavía deseaba no fuese monja, que este no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme» Allí mismo nos refiere como la compañía de una monja muy discreta, que le contaba las trazas de que se valió Dios para hacerla su esposa «comenzó á desterrar las costumbres que habia hecho de mala, y á tornar á poner en su pensamiento deseo de las cosas eternas.» Este es tal vez uno de los rasgos más apropiados y el que nos descubre con mayor claridad los sentimientos que reinaban en esos dos amantes corazones.

Al ver la vida agitada y revuelta del profesor de retórica, al observar la avidez con que corría tras los vanos fantasmas de seductoras bellezas, cualquiera

creería que no conservaba en su ánimo resto alguno de pudor, ni era atormentado de secretos remordimientos, que le acibararan los sensuales placeres á que con ardor se entregaba; pero él con acentos de dolor nos dice que ninguna cosa le estimulaba más para salir del abismo profundo de los deleites carnales en que estaba atollado, que el miedo de la muerte y del juicio final, miedo que jamás se apartó de su alma, á pesar de las distintas opiniones que en otras materias seguía. De no haber creído que después de la muerte restaba otra vida para nuestra alma, vida en la cual habia de recibir el premio ó castigo á que se hubiese hecho acreedora por sus buenas ó malas obras, de buen grado hubiera militado en las filas de Epicuro, según él mismo confesaba en conversaciones familiares con sus amigos (1).

(1) «Nec me revocabat a profundiore voluptatum carnalium gurgite, nisi metus mortis et futuri iudicii tui, qui per varias quidem opiniones, numquam tamen recessit de pectore meo. Et disputabam cum amicis meis Alypio et Ne-

La consideración de la eternidad y el continuo pensamiento de que pena ó gloria habían de ser para siempre, causaron en Santa Teresa y en su hermano aquellos generosos alientos de partir á tierra de moros para que les *descabezasen* por la fe; y á fuerza de repetir *para siempre, para siempre*, se gravó de tal manera esta verdad en su alma, que, según propio testimonio, «le ayudó mucho para no apartarse del camino que conduce al cielo» (1).

En lo que llevamos escrito hemos hecho notar le hambre de verdad que devoraba á Agustín, y como sus más ardientes deseos eran dar con ella para estrecharla entre sus brazos; pero como dice gráficamente un elocuente escritor, nadie era bastante rico para darle la magnífica limosna que exigía su *inteli-*

bridio de finibus bonorum et malorum, Epicureum accepturum fuisse palmam in animo meo, nisi ego credidissem post mortem restare animæ vitam, et fructus meritorum, quod Epicurus credere noluit.» Conf. Lib. VI., cap. XVI.

(1) *Vida*, Cap. II.

gencia (1); y hasta que S. Ambrosio vino á deshacer sus dudas, siempre anduvo mendigándola de secta en secta.

Cosa semejante sucedió á Sta. Teresa por espacio de veinte años, durante los cuales no encontró una persona bastante sabia y prudente, que entendiera su espíritu, la sacara de aquellas zozobras que tanto la atormentaban y la hiciera salir de aquel estado de tibieza en el cual no se determinaba, ni á abandonar el mundo, ni á entregarse totalmente á Dios, no gozando así ni del uno ni del otro, sino viviendo en continua inquietud; hasta que un padre dominico, gran letrado, la desengañó en muchas cosas, y los de la Compañía de Jesús le hicieron tanto temer, agravándole los malos principios (2) y el género de vida que hasta entonces había tenido, que por fin se resolvió á dejarlo.

S. Agustín, al describirnos la muerte feliz de su santa madre, nos habla de

(1) Poujoulat, *Histoire de S. Augustin*, chap. I.

(2) *Vida*, c. V.

los secretos dolores que atormentaban su alma, y de la violencia que se hacía para que no se manifestaran en las facciones del rostro. «Al mismo tiempo, »dice, que yo cerraba los ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazón una tristeza grande que iba á resolverse en lágrimas; pero mis ojos, obedeciendo al violento imperio del alma, absorbían toda la corriente de su llanto de modo que parecían enjutos; y en esta repugnancia que hacía al desahogo del llanto tenía que padecer mucho. ».....Mi alma estaba traspasada de dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba, pues la mía y la suya (la de su madre) no hacían más que una sola» (1).

(1) «Premebam oculos ejus, et confluebat in præcordia mea mæstitudo ingens, et transfluebat in lacrymas, ibidemque oculi mei violento animi imperio, resorbent fontem suum usque ad siccitatem, et in tali luctamine valde male mihi erat..... Quoniam itaque deserebar tam magno ejus solatio, sauciabatur anima mea, et quasi dilaniabatur vita, quæ una facta erat ex mea et illius.» Conf. lib. IX., c. XII.

Lo mucho que amaba Santa Teresa á su padre y la pena que le causó su muerte, nos lo cuenta ella con la sencillez y candor que le son propios. «Con
»estar yo, dice, harto mala, me esforza-
»ba, y con que en faltarme él me falta-
»ba todo el bien y regalo, porque en un
»sér me le hacía, tuve tan gran ánimo
»para no le mostrar pena y estar hasta
»que murió, como si ninguna pena
»sintiera, pareciéndome se arrancaba
»mi alma cuando vía acabar su vida,
»porque le quería mucho» (1).

Tal vez para alguno serán cosas insignificantes y en las que no debiéramos fijarnos estas analogías tan palpables entre las vidas de ambos santos; pero los que empapados en la lectura de las *Confesiones* y del *Libro de las maravillas de Dios*, como Santa Teresa se complacía en llamar á su *Vida*, escrita por ella misma, paren mientes, siquiera sea por un momento, en estas al parecer pequeñeces indignas de seria atención, no podrán menos de descu-

(1) *Vida*, cap. VII.

brir el hilo misterioso que unía á esas dos almas. Al recorrer las páginas de esos dos libros, escritos con el corazón, se advierten tantas semejanzas, ya en el modo de manifestar sus conceptos, ya en las expresiones llenas de fuego que se escapaban de su pluma, ora en los encendidos afectos con que desahogaban su alma, ó bien en el sincero arrepentimiento con que confiesan sus culpas, que se diría fueron dictadas por un mismo individuo. Es tanto el parecido que entre sí tienen, y tan perfectas las analogías que se descubren, que el entendimiento queda como avasallado, y no puede menos de confesar que el espíritu que animaba al autor de un libro asistió también en la redacción del otro.

Estos hechos particulares y concretos entre los cuales hemos visto existen íntimas relaciones, nos manifiestan las que hay entre el estado general de sus espíritus, durante el tiempo que pasaron entregados á las vanidades mundanas, por más que, á primera vista, como antes hemos indicado, parezca enteramente distinto.

Notaremos desde luego aquellas inquietudes y sobresaltos que aquejaban sus benditas almas, aquel continuo suspirar por la paz y sosiego, aquellas luchas interiores entre la carne y el espíritu, que les despedazaban el corazón; aquellos hondos suspiros, aquellas lágrimas y sollozos que se escapaban de su pecho, al mirarse tan apegados á las cosas de la tierra; aquel incesante mal estar que sentían aún en medio de sus vanos pasatiempos, aquel hastío que experimentaban en la satisfacción misma de sus deseos, aquel estado, en fin, de agitación y zozobra que reinaba en sus espíritus y vertía amarga hiel sobre los mismos goces que su imaginación ardiente les representaba como llenos de encantos.

No se ocultaba á sus privilegiados entendimientos que la paz y el sosiego tan arduosamente buscados, no se encontraban en aquellas cosas que á ellos les entretenían; sus almas estaban ya cansadas de sufrir desengaños, hacían supremos esfuerzos para romper la cadena que les aprisionaba, querían re-

montar el vuelo sobre todas las cosas de aquí abajo; pero una mano invisible y poderosa les detenía, y casi contra su voluntad se dejaban llevar por la corriente de sus miserias.

Es altamente conmovedor y patético el cuadro que el hijo de Mónica traza en sus *Confesiones*, refiriéndonos la lucha interior que se desencadenó en su pecho al oír á Ponticiano la conversión instantánea de dos oficiales del emperador; es expresivo y tierno el que la ilustre Carmelitana hace, al contarnos el estado aflictivo de su alma, antes de entregarse por completo al Señor y las maravillosas trazas de que Éste se valió para resolverla á renunciar los frívolos pasatiempos.

En uno y otro se descubre un corazón grande, bogando sin rumbo ni norte fijo en medio de un mar tempestuoso y revuelto; en uno y otro se ve un alma generosa que lucha por desprenderse de terrenales afectos para lanzarse al seno de la Belleza infinita, única que puede hartar el hambre de goces que los devora; en uno y otro se

encuentran retratados dos espíritus que tenían unas mismas aspiraciones y á quienes animaban unos mismos sentimientos.

Parécenos que nadie, después de leer lo que S. Agustín y Sta. Teresa nos dicen de su completa entrega en manos de Dios, pondrá en duda que el estado de sus almas tenía entre sí muchos puntos de contacto, los cuales hacen creer que las cualidades que les adornaban eran muy semejantes. Pero, si á pesar de todo, las analogías que entre ambos santos hemos hecho notar son todavía en concepto de algunos, efectos de una preocupación, más bien que verdaderas y perfectas semejanzas, bastará para quitar toda duda transcribir aquí lo que la Santa nos cuenta en su *Vida*, hablando de las *Confesiones* del grande Obispo de Hipona: «como comencé, dice, á leer »las Confesiones, paréceme me vía yo »allí: comencé á encomendarme mucho »á este glorioso santo. Cuando llegué á »su conversión y leí como oyó aquella »voz en el huerto, no me parece sino »que el Señor me la dió á mí, según

»sintió mi corazón; estuve por gran rato
»que toda me deshacía en lágrimas y
»entre mí misma con gran aflicción y
»fatiga» (1).

¿Puede darse testimonio más concluyente? Si los sentimientos de uno y otro, sus aspiraciones y deseos, si el estado de sus almas hubieran sido distintos, ¿hubiera dicho Sta. Teresa con verdad que se veía retratada en las Confesiones de S. Agustín? Es pues evidente que entre sus almas hay verdaderas relaciones de semejanza, y no nos permiten dudar lo las palabras de la heroica virgen, que acabamos de transcribir. Ellas nos autorizan para que imitando á un sabio escritor, repetimos con este motivo, lo que él dijo con relación á San Agustín: que así como el más sabio de los Padres de la Iglesia debía ser la conquista del más sabio de los Apóstoles, (2) así también la conversión (si se nos permite la palabra) de la mujer más sabia y doctora más ilustre de la Iglesia,

(1) *Vida*, Cap. IX.

(2) Flechier, *Panegyriq. de S. August.*

debía ser la conquista del hombre más sabio, del Doctor más ilustre de la misma.

CAPÍTULO V.

Espíritu de S. Agustín y de Sta. Teresa después de su conversión.

Dados estos antecedentes, fácil es deducir cuántas relaciones de semejanza podrán hallarse sin grande esfuerzo en las respectivas vidas de estos incomparables Santos, desde el punto y hora que se unieron con Dios con tan estrechos lazos, que ni la misma muerte hubo de romperlos. No es, sin embargo, nuestro ánimo detenernos en exponer aquellas relaciones que son tan claras y manifiestas que cualquiera sin más que leerlas, puede conocerlas. Era preciso para esto copiar las vidas de ambos Santos, y no es este, ni puede ser nuestro objeto: nos ocuparemos solamente en hacer ver las semejanzas que existen entre los hechos más culminantes de ambos, sin descender á particularidades que juzgamos innecesarias.

Veamos ante todo el espíritu que el Señor infundió en sus amantes corazones, no bien se vieron libres de los lazos de las vanidades mundanas. Desde este momento es excusado buscar en esas dos almas manchas que empañen la brillante vestidura de la gracia santificante, porque sería cansarnos en vano. Apasionados vivamente por las cosas del cielo, deseábanlas con ardor, buscábanlas con insistencia y no hallaban descanso hasta verse engolfados en ellas.

Así como antes de entregarse en manos de Dios parecían imposible desprenderse de aquellas amistades y pasatiempos que loca é inconsideradamente amaban, á pesar de conocer que no podían proporcionarles la paz y sosiego del alma, del mismo modo, después que la gracia trocó los afectos de su corazón y les libertó de la esclavitud en que gemían, reputaban imposible no afanarse por entrar en la posesión de las santas delicias que la fe muestra en lontananza á los que siguen la senda de la virtud.

Si su pasión dominante había sido siempre el amor, y la mala dirección

de éste fué causa de los lamentables extravíos del hijo de Mónica, y de las ligeras faltas de la hija de Alonso de Cepeda, mudado el objeto, purificado el corazón, presentábaseles anchuroso campo en que podían sin temor alguno dar rienda suelta á los encendidos y amorosos deseos que en otros tiempos les abrasaban, y que muchas veces se veían obligados á reprimir, por no sufrir los amargos desengaños de que en varias ocasiones habían sido víctimas. Libres de la escoria del vicio, hastiados de cuanto tuviera sabor de tierra, lanzábanse con ímpetu á esferas más elevadas; y aproximando sus corazones al manantial purísimo de celestiales deleites, bebían ellos hasta hartarse, y calmaban las amorosas ansias de su espíritu.

Cuando en medio de los regalos con que el Señor les favorecía, recordaban las inquietudes y zozobras en que por largo tiempo habían vivido, y las ponían en parangón con la tranquilidad y la calma de que entonces disfrutaban, deshacíanse en llanto y no cesaban de ben-

decir á Dios que de tanta misericordia
había usado con ellos. «Oh cuán dulce
»y gustoso, (decía S. Agustín al reco-
nocer su bajeza y alabar al Señor por
»haberle sacado de ella) ¡oh cuán dulce y
»gustoso se me hizo repentinamente el
»carecer de unos deleites que no eran
»más que simplezas y vanidades! Pues
»si antes me daba susto el perderlas,
»después me daba gusto el dejarlas.
»Porque Vos, Señor, que sois la verda-
»dera y suma delicia, las echabais fuera
»de mi alma, y no sólo las echabais fue-
»ra, sino que en su lugar entrabais Vos,
»que sois dulzura soberana, y superior
»á todos los deleites..... Ya mi alma se
»veía libre de los cuidados que causa la
»ambición de las dignidades, la codicia
»de los intereses, el deseo de saciar sus
»apetitos y de hallar medios con que
»avivarlos y éxcitarlos á los deleites
»sensuales, y sólo me gustaba hablar de
»Vos, que sois mi gloria, mis riquezas,
»mi salud, mi Dios, y mi Señor» (1).

(1) «Quam suave mihi subito factum est
carere suavitatibus nugarum! et quas amittere

«¡Oh,—exclamaba Santa Teresa al referirnos el efecto que en su alma habían causado las *Confesiones*,—«qué sufre un
»alma, válame Dios, por perder la li-
»bertad que había de tener de ser seño-
»ra, y qué de tormentos padece! Yo me
»admiro ahora cómo podía vivir en
»tanto tormento; sea Dios alabado que
»me dió vida para salir de muerte tan
»mortal.» (1) Y al contarnos el primer arrobamiento que tuvo, en el que entendió estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con los hombres, sino con los ángeles*, nos dice: «Desde aquel
»día yo quedé tan animada para dejarlo

metus fuerat, jam dimittere gaudium erat. Ejiciebas enim eas a me, vera tu et summa suavitas, ejiciebas et intrabas pro eis omni voluptate dulcior, sed non carni et sanguini: omni luce clarior, sed omni secreto interior: omni honore sublimior, sed non sublimibus in se. Jam liber erat animus meus a curis mordacibus ambiendi, et adquirendi et volutandi atque scalpendi scabiem libidinum; et garriebam tibi claritati meæ et divitiis meis et saluti meæ, Domino Deo meo.» Conf. Lib. IX., cap. I.

(1) *Vida*, Cap. IX.

»todo por Dios, como quien había que-
»rido en aquel momento (que me pare-
»ce fué más) dejar otra amistad á su
»sierva..... Sea Dios bendito por siem-
»pre que en un punto me dió la libertad
»que yo con todas cuantas diligencias
»había hecho muchos años había, no
»pude alcanzar conmigo haciendo har-
»tas veces tan gran fuerza que me cos-
»taba harto de mi salud.» (1).

Esa determinación tan generosa y santa de no volver á ocuparse para nada en las criaturas, y sí sólo en cosas que fuesen del agrado de Dios, se acrecentaba de día en día y produjo en sus corazones aquel incendio de caridad, que no cabiendo en sus pechos, se desbordaba en los prójimos, haciéndoles participantes de los celestiales ardores que les consumían. Ella fué causa de las obras heróicas y de las eminentes virtudes con que á cada paso tropezamos en sus respectivas vidas, ella les hizo correr como gigantes por la senda de la perfección; ella ensancho los senos de

(1) *Vida*, Cap. XXIII.

sus almas para recoger los tesoros de gracias con que el cielo les enriquecía, ella les estimuló á ofrecerse como hostia pura é inmaculada en los altares del Señor, ella, en fin, les hacía exclamar con el real profeta, ¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de tí, qué deseo sobre la tierra? (1) «Vos sois toda mi complacencia,—decía Agustín á Dios,—Vos sois el objeto de mi amor y mis deseos; y esto me lo descubris Vos para que avergonzándome de mí mismo, me desprece y deje á mí, y os escoja á solo Vos; de modo que ya no piense tener gusto, ni en Vos ni en mí, que no provenga de Vos» (2). «¡Oh Dios mío,—exclama Sta. Teresa,—«mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh amor que me amas más que yo

(1) «¿Quid enim mihi est in cœlo, et a te quid volui super terram?» Psalm. LXXII, v. XXV.

(2) «Nunc autem, quod gemitus meus testis est displicere me mihi, tu refulges et places et amaris et desideraris, ut erubescam de me, et abjiciam me, atque eligam te, et nec tibi nec mihi placeam nisi de te.» Conf. Lib. X., c. II.

» me puedo amar ni entender! ¿Para qué
» quiero Señor desear más de lo que Vos
» quisiéredes darme?» Y después de ex-
plicar con amorosas quejas el grande
engaño que hay en querer que Dios se
acomode á nosotros, añade: «Quered
» Vos de mí, lo que quisiéredes querer,
» que eso quiero, pues está todo mi bien
» en contentaros; y si Vos, Dios mío, qui-
» siéredes contentarme á mí cumpliendo
» todo lo que pide mi deseo, veo que iría
» perdida. ¡Qué miserable es la sabidu-
» ría de los mortales, é incierta su pro-
» videncia! Proveed Vos por la vuestra
» los medios necesarios para que mi al-
» ma os sirva más á vuestro gusto que al
» suyo.» (1)

Tales eran los deseos que reinaban
en Sta. Teresa y S. Agustín; tal fué el
espíritu que en sus corazones infundió
el Señor al devolverles el imperio y se-
ñorío que sobre sí mismos debieran te-
ner, y al escogerlos para la manifesta-
ción de sus bondades. Espíritu de amor
que reinó siempre en sus almas, y que

(1) *Exclamación XVII.*

cultivado con esmero, se perfeccionó de día en día, llegando á ser el carácter distintivo de ambos; espíritu de caridad que no contento con enriquecer con virtudes á los que le poseían, se extendía á los demás, procurando santificarlos y atraerlos al camino de la verdad. Sus obras en nada desdicen de ese espíritu, y no nos será costoso hacerlo ver, presentando ejemplos bien palpables, ya que por dicha abundan.

S. Agustín al poco tiempo de su conversión se retiró á Casiciaco con sus amigos, donde, ocupado en meditar día y noche las verdades eternas, recibe del cielo consuelos inefables. La lectura de los salmos es para su alma manjar sabrosísimo; y conforme iba penetrando en las verdades en ellos contenidas, enojábase por sus pasados errores, y no pudiendo contenerse, prorumpía en quejas y lamentos, al ver la ceguedad y el orgullo de los que todavía perseveraban amando la vanidad y buscando la mentira. Inflamado su corazón en el celo de la salvación de las almas, deseaba vivamente ir predicando por el mundo

esos dos cánticos llenos de fe y piedad contra la hinchazón y soberbia del género humano; y hubiera querido que los maniqueos, sus antiguos seductores, escucharan las voces que arrancaban de su alma las verdades en ellas contenidas. «¡Con cuán vehemente y vivo sentimiento, dice, me indignaba contra los maniqueos porque tan locamente procedían contra aquel antidoto que podía curar las dolencias de su alma! Aunque por otra parte me daba lástima que ignorasen aquellos misterios que eran las medicinas más conducentes á su salud. Quisiera que hubieran estado allí en un sitio inmediato; que sin saberlo yo, hubieran visto mi semblante y oído las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma había producido la lectura del cuarto salmo.» (1).

(1) «Quam vehementi et acri dolore indignabar Maniquæis; et miserebar eos rursus, quod illa sacramenta, illa medicamenta nescirent: et insani essent adversus antidotum quo sani esse potuissent. Vellem ut alicubi juxta

Y no era este solo el resultado de esa piadosa lectura, sino que, al paso que encendía en su pecho tan vivos deseos de que todos llegasen al conocimiento de la verdad, causaba en su corazón un profundo desdén por las cosas que se perciben mediante los sentidos, y le confirmaba en la generosa resolución de no amar más que á Dios. «Al mismo tiempo, dice, que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas, y con los de mi espíritu las iba conociendo, prorumpía en varias exclamaciones ordenadas á no querer dividir mi corazón, amando la diversidad y multitud de los bienes terrenos, en que precisamente había de gastar yo tiempo, y los tiempos me gastarían á mí; siendo así que hallaba y tenía en la simplicidad de un bien eterno, otra suerte de pan, vino y aceite que alimenta eternamente las almas» (1).

essent tunc, et me nesciente, quod ibi essent, intuerentur faciem meam et audirent voces meas cuando legi quartum psalmum.» Conf. Lib. IX., Cap. IV.

(1) «Et exclamabam legens hæc foris, et

Y esa determinación tan necesaria para hacer progresos en la vida espiritual, se confirmó cuando llegó á aquel versículo que dice: «En esa paz y descanso dormiré y gozaré de un consuelo delicioso. ¡Oh paz! Oh inalterable descanso, exclamaba de lo más profundo de mi corazón leyendo aquellas palabras. Porque, prosigue, ¿quién se nos opondrá cuando llegue á cumplirse aquella sentencia que consta en la Escritura: *quedó la muerte aniquilada y convertida en victoria?* Vos, Señor sois ese mismísimo Sér que nunca puede mudarse, y en Vos es donde se halla ese descanso perfecto, que hace olvidar los trabajos; pues Vos sois el único que me establecisteis y disteis seguridad en aquella esperanza que mira á vos solamente y no aspira á

agnoscens intus: nec volebam multiplicari terrenis bonis, devorans tempora et devoratus temporibus cum haberem in æterna simplicitate aliud frumentum et vinum et oleum.» Conf. Lib. IX, cap. IV.

»conseguir esa varia multitud de cosas que no son lo que Vos sois» (1).

Esos ardientes suspiros, esos fervorosos deseos que tan al vivo nos retratan el alma de Agustín, iban acompañados de tales dulzuras y consuelos, que sólo podría manifestárnoslos el mismo que los experimentaba. A pesar de todo; el Señor que se complace en derramar sus bondades sobre los corazones que le aman, no quiere que las alegrías santas, con que algunas veces les premia, sean permanentes, y permite que dolores y tormentos aflijan á aquellos mismos á quienes poco antes hacía inefables regalos.

(1) «Et clamabam in consequenti versu clamore alto cordis mei: O in pace! O in idipsum! O quid dixit: Obdormiam et somnum capiam! Quoniam quis resistet nobis, cum fiet sermo qui scriptus est: *Absorta est mors in victoriam?* Et tu es idipsum valde qui non mutaris: et in te requies obliviscens laborum omnium, quoniam nullus alius tecum nec ad alia multa adipiscenda quæ non sunt quod tu; sed tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.» Conf. Lib. IX., c. IV.

En el mismo capítulo en que nos cuenta lo que acabamos de trascribir, nos refiere también el agudísimo dolor de dientes que le atormentaba, y del cual vióse instantáneamente libre, merced á sus oraciones y á las de sus compañeros, á quienes él había suplicado por escrito, por no poder hablar, pidiésen al Señor le quitase aquella dolencia. Y no fué sólo esto: el recuerdo de sus pecados le hacía vivir entre temores y sobresaltos, para que aprendiera sin duda por experiencia propia, que esta vida no es para nadie lugar de descanso.

Pero donde mejor nos describe el estado de su alma es en el libro décimo de su tantas veces citada obra, las *Confesiones*. En ese libro va examinando uno por uno los afectos de su alma y descubriéndonos cómo se hallaba en cada una de las varias tentaciones que con más frecuencia asaltan á la naturaleza humana. Allí nos retrata con vivos colores los sentimientos más íntimos de su alma, conduciéndonos como por la mano á sus interioridades, y haciéndo-

nos ver el cambio misterioso que en él había obrado la gracia. Recorriendo los tres géneros de tentaciones de que nos habla S. Juan al decirnos que cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1), investiga con sumo cuidado la influencia que en él ejercían esas tentaciones; y admira ver la delicadeza de su conciencia, pues de cualquier movimiento menos ordenado que en sí notara, aun cuando hubiese tenido lugar sin advertirlo, forma un capítulo de acusaciones y con fervorísimas palabras pide al Señor le libre de él. Leído ese libro admirable, en el cual sólo habla el amor, y el amor más acendrado y puro, es como puede conocerse lo que fué Agustín después de su conversión: su vida interior está escrita en esas admirables páginas; porque, aunque su intento era manifestar

(1) «Quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum et superbia vitæ.» Epist. I., cap. II., y. XVI.

al mundo sus miserias y pequeñeces, sin ocultar los favores de Dios, como aquellas eran tan escasas é imperceptibles, en vez del cuadro de sus faltas, que él procuraba hacer resaltar, nos traza el de las heróicas virtudes con que el cielo le había enriquecido.

Según lo que se desprende de ese libro, podemos decir que la vida de Agustín después de su conversión estaba cifrada en un continuo suspirar por la unión con Dios, de la cual trataban de apartarle los estímulos de las malas pasiones, originándose de aquí una lucha sin tregua entre la parte superior de su espíritu, que enamorada de la hermosura celestial suspiraba por ella, y la parte inferior que se resistía á renunciar los deleites con que las criaturas la convidaban. El resultado de esta lucha incesante era no poder gozar de paz duradera y sólida, á pesar de las dulzuras con que el Señor le regalaba.

Tal era en compendio la vida del hijo de Mónica después que su espíritu abrazó la verdad; y á esto la reduce él mismo al hacer un resumen de todo cuan-

to había escrito en el citado libro. «Algunas veces, dice, hacéis que en el interior de mi alma prorumpa en un afecto de amor muy extraordinario, que me lleva á una incomprendible dulzura, la cual, si enteramente se me comunicara, sería una cosa que no puedo comprenderla; pero sé que sería muy superior á todo lo de esta vida. Con el peso de mis miserias vuelvo á dar en estas cosas terrenas, donde mis ocupaciones acostumbradas me rodean por todas partes, quedando como sumergido en ellas y aprisionado: mucho lo siento y lloro; pero también lo que me estorban y detienen es mucho. ¡Tanto es lo que me agobia la pesada carga de una costumbre! Como en este último estado puedo permanecer, pero no quiero, y en aquel otro quiero permanecer, pero no puedo, vengo á ser infeliz en uno y otro.» (1).

(1) «Et aliquando intromittis me in affectum multum inusitatum introrsus, ad nescio quam dulcedinem; quæ, si perficiatur in me, nescio quid erit, quod vita ista non erit. Sed recido

Hemos descrito, aunque á grandes rasgos, el estado de la vida interior de Agustín hacia el año 400, tiempo en que escribió, según el cómputo más probable, sus Confesiones; con lo cual creemos haber dado una idea general del de toda su vida, pues, lejos de entibiarse en el Servicio de Dios, aumentaba cada día su fervor y caridad. Lo mismo pensamos hacer con Santa Teresa, para que nuestros lectores puedan apreciar por sí mismos los pormenores á que precisamente habíamos de descender, en el caso de tener que formar una comparación minuciosa de todos y cada uno de los rasgos en que se dieran la mano.

Desde el momento que Santa Teresa tomó la resolución de ocuparse toda en servir á Dios, vemos que los favores celestiales se multiplicaban y caían sobre

*in hæc ærumnosis ponderibus et resorbeor solitis, et teneor, et multum fleo, sed multum teneor. Tantum consuetudinis sarcina degra-
bat. Hic esse valeo, nec volo; illic volo, nec valeo; miser utrobique.» Conf. L. X., cap. XL.*

su alma, como benéfica lluvia sobre sedientos y áridos campos, produciendo en élla frutos sabrosísimos y de inestimable valor. Esos regalos extraordinarios con que el Señor premiaba la determinación generosa de no reconocer otro objeto de su amor más que á Él solo, causaban en su espíritu tales incendios de caridad que la abrasaban y consumían.

Entonces conocía toda la fealdad de su pasada vida; entonces se le presentaban como eran en sí los afectos que aprisionaban su corazón; entonces descubría, merced á la luz sobrenatural que la iluminaba, toda la malicia de la tibieza y flojedad que había tenido en el servicio divino: y á vista de esas ligeras culpas, que en aquellos momentos se ofrecían á sus ojos como enormes delitos, deshaciase en llanto, avergonzabase de sí misma, y no pudiendo calmar las ansias amorosas de su corazón, prorumpía en tiernas y fervorosas exclamaciones, que nos manifiestan los sentimientos de su bendita alma. «¿Qué haré, Señor mío?,--decía en uno de esos

» momentos.—¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh
» qué tarde se han encendido mis deseos
» y qué temprano andábades Vos, Señor,
» granjeando y llamando para que toda
» me emplease en Vos! ¿Por ventura,
» Señor, desamparastes al miserable, ó
» apartastes al pobre mendigo cuando
» se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura,
» Señor, tienen término vuestras gran-
» dezas, ó vuestras magníficas obras?
» ¡Oh, Dios mío y misericordia mía! ¡Y
» cómo las podéis mostrar ahora en
» vuestra sierva! Poderoso sois, gran
» Dios; ahora se podía entender, si mi
» alma se entiende á sí, mirando el tiem-
» po que ha perdido, y como en un punto
» podéis Vos, Señor, hacer que le torne
» á ganar» (1).

Esos mismos favores y las singulares
luces que en ellos recibía, ponían en su
corazón ardientes deseos de que las
almas todas, pero en especial las dadas
á oración, se despojasen de todo afecto
terreno, para hacerse acreedoras á los
regalos sabrosísimos con que el Señor

(1) *Exclamación IV.*

premia á los que ayudados de la gracia, lo ponen por obra. En todos sus libros son frecuentísimas las exhortaciones de este género, y para darles mayor fuerza y hacerlas más creíbles, apóyalas en la propia experiencia. Veía bien la Santa lo mucho que importa á las personas consagradas á Dios tener vacío su corazón de todo afecto mundano, para que el cielo las llene con el tesoro de bienes espirituales. De aquí nacían aquellas sentidas palabras, aquel continuo exhortar, para que no se dejen seducir por cosas tan livianas como son las criaturas. Sus frases están llenas de celo abrasador, y al leerlas, parece que se oye á la Santa pronunciarlas con aquella animación y fuerza propias de su carácter; notándose desde luego lo poseída que estaba de ellas al escribirlas. «¡Oh almas,»—dice después de referirnos una merced singular que el Señor le había hecho, dándole á gustar una pequeña gota de las dulzuras celestiales«—¡Oh almas que habéis comenzado á tener oración, y las que tenéis verdadera fe, ¿qué bienes podéis bus-

»car, aun en esta vida, (dejemos lo que
»se gana para sin fin) que sea como el
»menor de estos? Mirá que es así cierto
»que se da Dios á sí á los que todo lo
»dejan por Él. No es acetador de per-
»sonas; á todas ama, no tiene nadie
»excusa por ruín que sea, pues así
»lo hace conmigo, trayéndome á tal
»estado» (1). Y no contenta con ex-
hortaciones tan patéticas, suplica á su
confesor no se canse de publicar esto
mismo. «Dé voces, le dice, vuesa mer-
»ced en decir estas verdades, pues Dios
»me quitó á mí esta libertad» (2). Y tan
vivo interés tenía en que todos se per-
suadiesen de esta verdad, que, llena de
santo celo, apostrofa al mundo, lamen-
tándose de que sean tantos los que si-
guen sus máximas y tan pocos los que
le desprecian. ¡«Oh mundo, mundo,—
»exclama con dolor,—còmo vas ganando
»honra en haber pocos que te conoz-
»can!» (3).

(1) *Vida*, cap. XXVII.

(2) *Ib.*

(3) *Ib.*

El resultado de esas mercedes extraordinarias era encender más y más en su pecho la llama del amor divino, cautivar su corazón, aprisionándole con los dulces á la vez que fuertes lazos de la caridad, confirmarla en la resolución de no volver á complacerse en cosa criada, y animarla á llevar adelante los propósitos y determinaciones que el Señor le inspiraba, haciéndose superior á su flaqueza mujeril, y superando las dificultades que en su realización había de encontrar.

Pero nos parece inútil empresa la de entretenernos en explicar los maravillosos efectos que en su alma causaban esas mercedes, cuando ella misma nos los refiere muy por menudo en las relaciones que escribió para enterar á sus confesores de cuanto pasaba en su interior. En ella nos habla de los ímpetus tan grandes que á veces le venían de amor de Dios, que le era enojosa la vida, y sólo encontraba alivio en la muerte; de los deseos de servirle con tales ansias, que le daba pena el ver de cuán poco provecho era, y del dolor que le causa-

ba el tener que tratar con personas y el ocuparse en mirar por su salud. «Todos »estos deseos, dice, y más de virtud me »ha dado nuestro Señor, después que »me dió esta oración quieta con estos »arrobamientos, y hállome tan mejora- »da, que me parece era antes una per- »dición.» (1).

Prosigue luego contándonos las ganancias que de esos arrobamientos y visiones le venían, y nos habla de la «determinación muy grande de no »ofender á Dios ni venialmente, y antes »morir mil muertes que tal hiciese, en- »tendiendo que lo hacía, de los deseos de »pobreza, aunque con imperfección;» (2) del modo de portarse en las cosas que veía y oía, de la vanagloria y curiosidad, de las diversiones y pasatiempos, del amor á personas espirituales y de los movimientos que todo esto causaba en su alma. «Todas estas cosas que he dicho, concluye, me hacen á mí creer

(1) Relación 1.^a dirigida á S. Pedro de Alcántara en 1560.

(2) Ib.

»que estas cosas son de Dios; porque
»como conozco quién yo era, que lleva-
»ba camino de perderme, y en poco
»tiempo, con estas cosas es cierto que
»mi alma se espantaba, sin entender
»por dónde me venían estas virtudes; no
»me conocía y vía ser cosa dada y no
»ganada por trabajo» (1).

No es necesario decir que Dios regalaba á Sta. Teresa con tales dulzuras y consuelos, que ella misma no podía explicarlos, acudiendo con frecuencia para decir algo á comparaciones y símiles, que por confesión propia, quedaban muy por debajo de lo que era la realidad (2). «Comenzó su Majestad, dice ella, á darme muy de ordinario oración de quietud y muchas veces de unión y que duraba mucho rato. Y como en estos tiempos habían acaecido muchas ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite

(1) Relación 1.^a dirigida á S. Pedro de Alcántara en 1560.

(2) *Morada* VI, cap. VI y *Morada* VII.

»y suavidad que sentía, y muchas veces
»sin poderlo excusar, puesto que veía
»en mí por otra parte una grandísima
»seguridad que era Dios, en especial
»cuando estaba en oración y vía que
»quedaba allí muy mejorada y con más
»fortaleza (1)». Esos gustos y deleites
espiritules mezclados iban con grandí-
simas penas y trabajos, y á tal extremo
llegaban algunas veces, que la santa que-
daba como crucificada entre el cielo y
la tierra, sin recibir alivio ni del uno ni
de la otra. «Me acordaba, escribe, de lo
»que dice S. Pablo que está crucificado
»al mundo. No digo que sea esto así,
»que ya lo veo; mas parece que está así
»el alma, que ni del cielo le viene con-
»suelo, ni está en él, ni de la tierra le
»quiere, ni está en ella, sino como cru-
»cificada entre el cielo y la tierra, pade-
»ciendo sin venirle socorro de ningún
»cabo» (2).

Tan apretados y fuertes eran en al-
gunas ocasiones, que á pesar de las an-

(1) *Vida*, cap. XXIII.

(2) *Vida*, Cap. XX.

sias que tenía de padecer, se veía obligada á quejarse amorosamente á Dios, declarándole lo mucho que le atormentaban. «No puede ya, Dios mío, exclama, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos le vienen: que si ha de vivir, no quiere descansar en esta vida, ni se le deis vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja; ve que se la pasa el tiempo de la vida en regalo, y que nada la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura; pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado» (1).

Estas alternativas de gozos y tormentos son los sabrosos manjares con que Dios alimenta á las almas que ha escogido para manifestación de sus bondades: háceles á veces tan extraordinarios favores, que ya parece viven anegadas en el piélago infinito de las delicias

(1) Ib., cap. XVI.

eternas; sumérgelas otras en tales amarguras, que los más acerbos dolores no son comparables con ellas. Bien claro se ve esto leyendo la vida de Santa Teresa, quien á veces deseaba morir para no perder los goces que experimentaba, sino perfeccionarlos en el cielo; encontrándose otras en tal estado de oscuridad, que ni sentía vivir, ni le parecía tener ganas de morir; de manera que tenía «muchas veces de grandes trabajos» (1). Véase por lo que queda dicho que la heroica virgen, después de consagrarse toda entera á Dios, ya no tenía contento sino en lo que fuera de su agrado, y que los más ardientes deseos de su corazón eran trasformarse en cierto modo en Dios, siéndole sobremana enojoso todo lo que le fuera obstáculo para realizar tan fervientes aspiraciones.

Podrá ser que nos equivoquemos; pero si con detención se comparan el espíritu de Santa Teresa y el de San Agustín, tal cual los hemos presentado

(1) *Vida*, cap. XL.

y son en realidad, pues no hemos hecho más que extractar lo que ellos nos cuentan en sus respectivas vidas, no podrán menos de verse entre ambos tales analogías y semejanzas, cuales será difícil encontrarlas entre otros santos.

Esto nos manifiesta que el trabajo por nosotros emprendido no es de tal naturaleza que tenga sólo por fundamento una mera apreciación de nuestra pobre inteligencia; sino que está basado en los hechos, los cuales son tan palpables, que nadie sin temeridad podrá ponerlos en duda. Quedará esto plenamente demostrado, si del estado general de sus espíritus descendemos al examen de sus virtudes; pues tanto se asemejan, que es imposible no ver entre ellas esas mismas relaciones, aun si cabe, más estrechas. Claro está que no nos detendremos en la comparación de todas ellas, porque eso no hace á nuestro propósito: nos concretaremos á las más principales.

CAPÍTULO VI.

Principales virtudes de S. Agustín y Santa Teresa.

Almas tan puras y perfectas y tan deseosas de complacer en todo á Dios, no podían menos de estar adornadas de virtudes tan excelentes y heróicas como las que sin gran trabajo se descubren en S. Agustín y Santa Teresa.

Si el justo vive de la fe, se alimenta con la esperanza y llega á su perfección mediante la caridad, compréndese desde luego cuán grandes debieron de ser estas virtudes en unos santos, cuya vida fué un continuo viaje á la cumbre de la perfección cristiana.

No hay para qué detenernos á formar el paralelo de esas virtudes entre esos dos serafines, cuando salta á la vista de todos; pues si S. Agustín, animado de la fe, sostenido por la esperanza y estimulado por la caridad, peleó las batallas del Señor, sostuvo las verdades evangélicas, las defendió de los ataques

de sus enemigos, elevó á la Iglesia africana á un estado de prosperidad y grandeza nunca visto, difundió la piedad en los fieles y condujo á muchos á un grado de santidad heróica; Santa Teresa, mediante esas mismas virtudes, ejecutó las mismas maravillas, sino en la escala ni con los medios de que se valió el grande Obispo, con otros superiores á lo que era de esperar de su estado y condición, y poniendo en juego las eficacísimas armas de la oración y del ejemplo.

Nada exageraríamos si dijésemos que Santa Teresa con sus oraciones, con sus escritos, y especialmente con la reforma carmelitana que llevó á cabo, superando obstáculos y dificultades insuperables para otro que no estuviese dotado de las excelentes virtudes y esforzado corazón de la virgen abulense, contribuyó de una manera directa á la reformación de la Iglesia iniciada en el Concilio de Trento, y á atajar los progresos del protestantismo, que cual terrible alud amenazaba destruir los sólidos cimientos de la verdadera fe.

Santa Teresa no podía predicar, ni oponerse de frente á las herejías de su tiempo, ni ilustrar con sus luces las reuniones de los sabios, ni escribir apologías de las verdades católicas, ni reprender en público los vicios y malas costumbres de los fieles; pero en cambio, desde el retiro de su celda dirigía en compañía de sus virtuosas hijas fervientes súplicas al cielo, pidiendo á Dios suscitase en su Iglesia varones esforzados que practicasen esas obras con el celo y fervor de los Apóstoles; y sabido es de todos cuán poderosas y eficaces son las oraciones de los Santos.

Si S. Agustín, colocado por Dios en el Obispado de Hipona, fué en su tiempo el baluarte y sostén firmísimo de la fe, el escudo de la Iglesia y el oráculo del mundo, Santa Teresa de Jesús lo fué también en el suyo, mediante sus oraciones y escritos, y los esclarecidos sabios de la reforma carmelitana, que animados del espíritu de su santa madre, opusieron un muro de bronce á los progresos de la malhadada obra del apóstata de Witemberg.

Todo esto era fruto de la fe viva, esperanza firme y caridad ardiente que adornaban sus almas; y si la influencia del Obispo de Hipona es á todas luces mayor y de resultados más trascendentales que la de Santa Teresa, no se olvide la diferente condición en que se hallaban, y que no se trata de buscar *identidad* de hechos, sino tan solo *semejanzas*.

Pero entre todas las virtudes teológicas, la que más sobresalió en ellos (si bien todas fueron heroicas) y en la que más se parecen, es la caridad, como ha podido notarse en lo que llevamos escrito. ¡Qué exclamaciones tan fervorosas, qué suspiros tan ardientes, qué deseos tan encendidos, qué expresiones tan tiernas y afectuosas se encuentran á cada paso en sus obras! Al través de esas expresiones se ven dos corazones abrasados de amor y heridos por las penetrantes saetas de la caridad. Estaban locos de amor, si así nos es lícito hablar, y esa locura santa guiaba sus plumas cuando escribían, y les dictaba esas páginas en que tan al vivo nos retratan sus virtuosísimas almas.

De esta caridad tan intensa hacia Dios nacía aquel amor del prójimo, que con vivas ansias les estimulaba á trabajar por su salvación. No había fatigas que no estuvieran dispuestos á sufrir, á trueque de librar un alma del pecado. Si á Santa Teresa le daba *grandísima pena* el ver cuántas almas se condenaban, y quisiera morir mil veces y padecer todas las penas del purgatorio por libertar una sola de los tormentos cruelísimos del infierno; si con sumo interés exhortaba á sus hijas á que en sus oraciones pidiesen al Señor esto mismo; si sus deseos eran que en la Iglesia hubiese predicadores perfectos para contrarestar los males que el Protestantismo causaba en las naciones; si con lágrimas en los ojos suplicaba á Dios mirase por su Iglesia (1) y atajase los progresos del error, frutos eran del abrasado amor y ardiente celo que tenía por el bien de sus semejantes.

Movido de ese mismo amor San

(1) *Vida*, Cap. XXXII. y *Camino de perfección*, caps. II y III.

Agustín reprendía los vicios de su pueblo, quejándose amargamente de que sus palabras fuesen infructuosas. «No quiero salvarme sin vosotros», les decía (1) en una ocasión, anatematizando los excesos de la embriaguez. Como buen pastor no buscaba su propia utilidad, sino la de sus ovejas; las amonestaba con dulzura, las corregía con suavidad; nunca salió de su boca expresión que pudiera herirlas, y de este modo obtuvo los más brillantes resultados.

Con los enemigos de la Iglesia, y más con los personales, era Agustín afable y compasivo; echábales en cara con libertad evangélica sus extravíos y errores; pero siempre de tal modo, que al través de aquella aspereza, se trasluciese el amor que á todos profesaba. Aunque atacado en su propia honra, jamás descende para defenderse á particularidades indignas de corazones nobles, contentándose con deshacer la calumnia sin nombrar al calumniador (2) y

(1) Sermón XVII, cap. II., núm. II.

(2) Sermón CCCLVI, núm. XII.

convidando á todos, amigos y enemigos, herejes y católicos, con la verdad, expuesta con sencillez y claridad admirables.

Su moderación y la apacibilidad de su carácter le conquistaban las simpatías de todos los buenos, y muchos de sus enemigos, prendados de tanta dulzura, le escuchaban con gusto y concluían por abjurar sus errores. Los trabajos de Agustín en favor de la verdad son bien conocidos, y si hubiéramos de particularizarlos, nos sería preciso escribir un libro. Agustín era el alma de los Concilios de África; en las frecuentes disputas que los Obispos católicos tenían con los Donatistas, Agustín era el escogido para defender la causa de la Iglesia: con su poderosa palabra sabía desterrar de los pueblos costumbres gentílicas muy arraigadas, y exhortando á Obispos y sacerdotes para que velasen por la fe, hacía un bien incalculable al catolicismo. Así trabajaba por la pureza de la doctrina católica, como consolaba á los tristes, apoyaba á los débiles, socorría á los meneste-

rosos, enjugaba las lágrimas de viudas y huérfanos, é interponía su valimiento para que se tratase con la posible benignidad á los culpados.

Jamás consintió que en su presencia se hablase mal del prójimo, y era tanto lo que aborrecía el vicio de la murmuración, que para evitar en la mesa esa pestilencia contagiosa, como la llama el biógrafo del Santo, S. Posidio, hizo escribir en el comedor estos versos:

Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.

Y tan fielmente observaba esta regla, que hubo ocasiones en que algunos Obispos, olvidados de ella, comenzaron á tratar de vidas ajenas, cosa que les reprendió S. Agustín con tanta aspereza, que lleno de santa indignación les dijo: «ó es preciso que se borre lo que está escrito, ó yo me retiro de la mesa» (1).

(1) Et contra prestilentiam humanæ consuetudinis in ea scriptum ita habebat: Quisquis etc..... Et ideo omnem convivam a super-

Santa Teresa, hablándonos de las virtudes que había adquirido durante la penosa enfermedad que al poco tiempo de profesar la hizo salir del Monasterio, nos dice: «No tratar mal de nadie »por poco que fuese, sino lo ordinario »era excusar toda murmuración, por- »que traía muy delante, como no había »de querer ni decir de otra persona lo »que no quería dijese de mí: tomaba »esto en hartó extremo para las ocasio- »nes que había, aunque no tan perfec- »tamente que algunas veces cuando me »las daban grandes, en algo no quebra- »se; mas lo continuo era esto; y así á »las que estaban conmigo y me trata-

fluis et noxiis fabulis et detractationibus sese abstinere debere admonebat. Nam et quosdam suos familiarissimos coepiscopos illius scripturæ oblitos, et contra eam loquentes, tam asperè aliquando reprehendit, commotus ut diceret, aut delendos esse illos de mensa versus, aut se de media refectioe ad suum cubiculum surrecturum. Quod ego et alii, qui illi mensæ interfuerunt experti sumus (Posidius in Vit. August., cap. XXII., tom. XVI.)

»ban, persuadía tanto á esto, que se
»quedaron en costumbre. Vinose á en-
»tender que donde yo estaba tenían se-
»guras las espaldas» (1).

Este era el amor que en todo evento mostraban al prójimo esos dos santos, y tal su proceder en ese punto.

Á pesar de ser tantas y tan heróicas sus virtudes y emplear toda su vida en obras de caridad, tenían de sí tan bajo concepto, que se creían inhábiles para todo. La humildad había echado hondas raíces en sus corazones, y en medio de los favores con que Dios los regalaba, y entre los aplausos de los que admiraban su vida inmaculada y celestial sabiduría, jamás la vanidad hizo mella en sus almas, pues todas esas alabanzas las atribuían á Dios y sentían sobre manera se publicasen los dones de naturaleza y gracia con que el cielo les había enriquecido. Complacíanse en ser tenidos en poco, y cuando observaban la estimación y aprecio que de ellos se hacía, deseaban vivamente que viesen

(1) *Vida*, Cap. VI.

sus retratos en los libros de sus respectivas vidas.

«Toma, decía S. Agustín á Darío, »toma los libros de mis Confesiones, y en »ellos verás lo que soy por mí mismo, »para que ceses de alabarme; en lo que »á mí toca, más crédito debes dar á mis »palabras que á las de otros: mírame, »pues, en esos libros, y si encuentras »alguna cosa digna de alabanza, alaba »conmigo al que quiero sea alabado, y »no á mí» (1). Volusiano, lleno de entusiasmo al proponerle algunas dudas, le dice que en otro sacerdote sería tolerable la ignorancia, pero que tratándose de Agustín, puede decirse que falta á la ley de Dios lo que él ignore; mas

(1) Sume itaque, mi fili, sume vir bone, et non in superficie, sed in christiana charitate christiane; sume, inquam, libros, quos desiderasti Confessionum mearum: ibi inspice, ne me laudes ultro quam sum: ibi non aliis de me crede, sed mihi, ibi me attende, et vide quid fuerint in me ipso per meipsum; et si quid in me tibi placuerit, lauda ibi mecum quem laudari volui de me, neque enim me. (Epist. CCXXXI num. VI Tom. II).

Agustin, antes de entrar en la resolución de las dudas, le suplica con encarecimiento que deponga la opinión que de él tenía formada; pues sólo es un principiante en el estudio de las divinas letras (1).

Santa Teresa de Jesús sentía mucho que las mercedes de Dios hubiesen llegado á conocimiento de otras personas, y al escribirlas da licencia á su confesor para que publique sus faltas, pero le

(1) *Adjungis etiam famæ meæ interesse, ut quæsitâ noveritis, quod utcumque absque detrimento divini cultus in aliis sacerdotibus toleratur inscitia, at cum ad me antistitem venit, legi deesse, quidquid contigerit ignorari. Primum igitur hanc de me opinionem facile præsumtam, quæso deponas, eumque animum quamvis erga me benevolentissimum solvas, atque exuas: ac de me mihi magis quam ulli alteri credas, si mihi dilectionis vicem rependis. Tanta est enim Christianarum profunditas litterarum ut in eis quotidie proficerem, si eas solas ab ineunte pueritia usque ad decrepitam senectutem maximo otio, summo studio, meliore ingenio conarer addiscere. (Epist. CXXXVII, num. III, Tom. II).*

prohíbe hablar de los regalos que recibía (1). Cuando conocía que alguno la respetaba por su virtud y sentía bien de ella, deseaba manifestarle sus culpas, y aun se valía de rodeos para dárselas á entender (2). Éranle los aplausos enojosos sobre todo encarecimiento, y huía de ellos como de cosas en que encuentra grandes peligros el alma. «Dígales —(escribía á la M. María Bautista, comunicándole su ida á Valladolid)—dígales »que no me hagan ruido de estos sus »recibimientos, y á vuestra reverencia »pido lo mismo, que cierto lo digo que »me mortifican en lugar de darme »contento. Esto es verdad, porque me »estoy deshaciendo entre mí de ver »cuán sin merecerlo se hace: y mientras »más va, más. Miren que no hagan otra »cosa si no me quieren mortificar mucho» (3).

Son innumerables los rasgos de tan profunda humildad que en sus escritos

(1) *Vida*, introducción y cap. X.

(2) *Vida*, cap. XXXI.

(3) Carta CCXLI.

se hallan: ellos nos manifiestan cuán bajamente sentían de sí, á pesar de ser en su tiempo objeto de veneración de grandes y pequeños, pobres y ricos, sabios é ignorantes. Sus nobilísimas almas no podían descansar en las alabanzas pasajeras de los hombres; ilustradas con las purísimas luces de la más viva fe, conocían que sólo Dios es digno de honra y gloria, y penetrados de esta verdad, deseaban con las mayores veras de su corazón que todas las alabanzas se dirigiesen á Él, como autor de todo lo bueno, santo y perfecto.

Hija de esa humildad era la modestia que resplandecía en todos sus actos. Claras eran las excelentes prerogativas de sus inteligencias, conocida de todos su profunda sabiduría, de nadie ignoradas las singulares luces que Dios les había comunicado para tratar ciertas materias, á ellos acudían hombres encanecidos en el estudio, pidiéndoles explicación de ciertos puntos difíciles y oscuros; no obstante, en todas sus respuestas y en cualquiera de sus escritos se advierte tanta moderación y templanza,

que insensiblemente atraen los ánimos y los dejan prendados de los que con tal maestría y sin arrogancia saben esclarecer materias tan delicadas y abstrusas.

San Agustín era el oráculo del mundo: los hombres más ilustres de su época le reverenciaban como depositario de la sabiduría, y tal vez no cuenta la historia sabio alguno de su tiempo, que no tuviera correspondencia con él: ¿no tenía motivos para llamarse maestro? Pues jamás consintió en ello. «Nos llaman doctor, pero en muchas cosas buscamos al doctor y no le hallamos: no queremos por tanto que nos tengan por maestro,» decía con rara modestia á su pueblo (1). No se desdeñaba de oír el parecer de otros en materias que él había examinado con detención (2) y en las cuales pudiera afirmar-

(1) Doctores dicimur, sed in multis doctorem quærimus; nec volumus nos haberi magistros. Serm. XXIII, cap. I, num. I, Tom. VII.

(2) *De Genesi ad litt.* lib. X, cap. III, num. VI; et cap. XVIII, num. XXXIII; et lib. XII, cap. XVII, num. XXXIX.

se que había dicho la última palabra, ni se avergonzaba de confesar su ignorancia en algunas cuestiones (1), ni se atrevía á definir puntos controvertidos y oscuros por el respeto y consideración que tenía á los que opinaban de diferente manera (2), ni quería que sus juicios se tuviesen por infalibles (3); sino con suma prudencia y singular moderación exponía su modo de pensar, aduciendo las razones que para ello tenía, sin pretensiones de no haberse equivocado, antes sujetando su parecer al juicio de hombres doctos (4), y dispuesto siempre á retractar su opinión en el caso de demostrársele que no era fundada; pues como amante de la verdad, no se desdeñaba de confesar sus equivocaciones (5). «Quiero más »aprender que enseñar,» escribía á Dul-

(1) Ibid. lib. XI, cap. IV, num. VI.

(2) *Quæst. ad Dulci*, quæst. III, n. VI.

(3) Proemium in lib. III *De Trinitate*.

(4) *De divers. quæst.* ad Simplician, lib. II, quæst. VI.

(5) Epist. CXLIII. ad Marcel, n. II.

cicio (1), y contestando al falso rumor que el arriano Plasencio había hecho correr de haber vencido á Agustín en una disputa pública, á la cual el hereje le había provocado no queriendo luego asistir á ella, le decía; «fácil es que cualquiera venza á Agustín; tú verás si con la verdad, ó sólo con los gritos; porque á mí no me toca decir más, sino que es fácil vencer á Agustín» (2).

Pero donde mejor nos retrata su extraordinaria modestia es en la carta que

(1) Sicut potui, respondi inquisitionibus tuis. Si quid de istis rebus invenisti melius, sive invenire potueris, gratissimum habebimus, si nos feceris nosse. Ego enim quod et supra de me commemorari, magis amo discere quam docere. Quæst. VIII, num. IV; et Quæst. III, n. VI, Tom. XI.

(2) Facile est ut quisque Augustinum vincat; videris utrum veritate an clamore: non est meum dicere, nisi quia facile est ut quisque Augustinum vincat: quanto magis ut vicisse videatur; et si non videatur vicisse, tamen dicatur? facile est hoc: nolo magnum putes, nolo, nolo pro magno appetas. (Epist. CCXXXVIII, n. XXVII).

escribió á Marcelino, quien le pedía explicaciones de ciertas palabras que se encontraban en el libro de *Libero arbitrio*: «Yo, le decía, procuro pertenecer al número de aquellos que aprendiendo escriben y escribiendo aprenden: por tanto, si incauta ó indoctamente he dicho alguna cosa que deba reprenderse, no sólo por los que lo advierten, sino también por mí mismo, puesto que debo conocerlo, si algo adelanto, no debe causarnos admiración ni dolor, antes bien alegría, no porque se ha errado, sino porque se ha corregido el error.» Reprendiendo luego á sus amigos, por querer defender cuanto había escrito y excusar sus equivocaciones, añade: «en vano trabajáis y habéis tomado la defensa de una mala causa: fácilmente seréis vencidos, porque yo mismo os condenaré» (1). Prueba ine-

(1) Illæ autem litteræ tuæ, quas præbiter Urbanus adtulit, habent quæstionem mihi propositam ex libris non divinis, sed meis, quos scripsi de *libero arbitrio*. In talibus autem quæstionibus non multum laboro, quia etsi de-

quivoca de que en esto decía verdad, es el libro de sus *Retractaciones*, donde con severidad poco común, corrige sus yerros, explica sus palabras y aclara los

fendi sententia mea liquida ratione non potest, mea est; non ejus auctoris, cujus sensum improbare fas non est, etiam cum eo non intellecto, hoc inde sequitur, quod improbandum est. Ego proinde fateor me ex eorum numero esse conari, qui proficiendo scribunt, et scribendo proficiunt. Unde si aliquid vel incautius, vel indoctius á me politum est, quod non colunt ab aliis qui videre id possunt, merito reprehendatur, verum etiam a meipso; quia et ego saltem postea videre debeo, si proficio; nec mirandum est, nec dolendum; sed potius ignoscendum atque gratulandum, non quia erratum est, sed quia improbatum.... Vos autem qui me multum diligitis, si talem asseritis adversus eos, quorum malitia, vel imperitia, vel intelligentia reprehendor, ut me nusquam scriptorum meorum errasse dicatis: frustra laboratis, non bonam causam sumpsistis, facile in ea meipso judice superamini. Quoniam non mihi placet, cum a carissimis meis talis esse existimor, qualis non sum. Epist. CXLIII, num. II. et III, Tom. II.

puntos oscuros que encontró al hacer la revista criticada de sus obras.

Santa Teresa estaba adornada de profundos conocimientos en la ciencia del espíritu, y merced á ellos y á las luces sobrenaturales que recibía, pudo escribir esos libros admirables, en los cuales con singular maestría y fino tacto describe los caminos secretos por donde conduce Dios á las almas que quiere hacer participantes de sus dulzuras. Ningún teólogo ha sabido analizar con mayor precisión y claridad los diversos estados de las almas cuando son elevadas al extraordinario conocimiento de Dios por medio de la contemplación; y será difícil hallar autor que más por menudo y mejor trate de todo lo que ocurre en ese estado misterioso. Esta ciencia prodigiosa era causa de que las personas más doctas de aquellos tiempos acudiesen á ella con frecuencia, consultándole sus dudas y pidiéndole luz para resolverlas; y lo que es más, sus mismos confesores, á quienes ella obedecía en todo cuanto le mandaban, depusieron no pocas veces su juicio y se

avinieron al de la Santa. No debiera por tanto causar extrañeza que escribiera con tanto primor y con tan celestial sabiduría en materias tan elevadas; ella, no obstante, desconfía de sí, y frecuentemente repite que no sabe lo que dice, si son *disbarates* ó cosas acertadas, y encarga encarecidamente á su confesor las examine detenidamente. Aconsejando en su *Vida* á personas que tratan de oración que se ayuden mutuamente, escribe: «No sé si digo desatinos: si lo »son, vuesa merced los rompa», (1) y al suplicar á su confesor que no diga nada de las mercedes que Dios le hacía, ni quién escribía esas cosas de oración, añade: «Bastan personas tan letradas y »graves para autorizar alguna cosa »buena, si el Señor me diese gracia para »decirla, que si lo fuese, será suya y »no mía, por ser yo sin letras y buena »vida, ni ser informada de letrados, »ni de persona ninguna..... así que »si algo bueno dijere, lo quiere el Se- »ñor para algún bien; lo que fuere ma-

(1) *Vida*, cap. VII.

»lo, será de mí y vuesa merced lo quitará» (1).

Instábanla mucho para que escribiese acerca de materias portenecientes al espíritu, ya que su larga experiencia y buen entendimiento le daban motivos para hacerlo con acierto; mas ella, escudada en su humildad, se excusaba siempre y aducía por razón su pequeñez y falta de letras. «¿Para qué quieren que escriba?»—contestaba al P. Gracián cuando le importunaba á que escribiese las *Moradas*;—«escriban los letrados, »proseguía, que han estudiado, que yo »soy una tonta y no sabré lo que me »digo: pondré un vocablo por otro, con »que haré daño. Hartos libros hay escritos de cosas de oración: por amor »de Dios que me dejen hilar mi rueca y »seguir mi coro y oficios de religión, »como las demás hermanas, que no soy »para escribir, ni tengo salud y cabeza »para ello» (2). Y cuando la obediencia la

(1) Ibid, cap. X.

(2) De la excelencia, aprobación etc. por el P. Fr. Jerónimo Gracián, apéndice XIX, cap. V. de las obras de la Santa, edición citada.

obligó á poner manos á la obra más admirable de su celestial pluma, las *Moradas*, en la cual con tanta llaneza nos enseña cosas tan subidas y divinas, como las secretas comunicaciones del alma con Dios, no lo hace sin dejar antes estampadas su humildad y rara modestia. «Son tan oscuras, dice, de entender estas cosas interiores, que á quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de decir muchas cosas superfluas y aun desatinadas para decir alguna cosa que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto tomé algunas veces el papel como una cosa boba, que ni sé que decir, ni como comenzar» (1). Esta modestia resalta no menos en una carta que escribió á su confesor D. Gonzalo Dávila, respondiendo á algunas preguntas, que según se deduce de la contestación, le había hecho: «Una de las grandes faltas que tengo, le dice, el juzgar por mí en estas cosas de oración; y así no tiene

(1) *Morada* I, cap. II.

»vuesa mercé que hacer caso de lo que
»dijere, porque le dará Dios otro talento
»que á una mujercilla como yo» (1).

¡Qué aroma tan suave y celestial exhalan esas palabras dichas con la sencillez de un alma pura y santa! ¡Dichosos los corazones en los cuales Dios ha depositado los tesoros de una humildad profunda y de una modestia semejante á la de estos dos santos! Esas virtudes que á los ojos del mundo son extravagancias y rarezas, y lo que es más, testimonio de espíritu débil y apocado, constituyen precisamente el pedestal inmóvil de la gloria de S. Agustín y Santa Teresa. Si sus nobles almas no hubieran estado adornadas de ellas, seguro es que á pesar de su grande ingenio y sabios escritos, jamás hubieran conquistado esa corona de inmortalidad que ciñe sus frentes, ni serían tan populares y gloriosos sus benditos nombres. Al recorrer la páginas trazadas por sus plumas, y descubrir, al lado de la majestad y grandeza de conceptos y ele-

(1) Carta CCXVIII.

vación de ideas, aquella modestia y naturalidad que en todas sus obras resalta, siéntese uno como obligado á amarlos, y en lo mas íntimo del corazón nace un deseo de conversar con ellos y contarse en el número de sus discípulos, apoderándose del alma indefinible tristeza al reconocer la imposibilidad de realizar ese deseo. ¡Dichosos los que pudieron conocerlos, y más dichosos aún los que pendientes de sus labios, escucharon las sublimes sentencias que cual celestial rocío caían sobre las almas, purificándolas y elevándolas á otras regiones, donde los sentidos pierden su imperio y recobra la inteligencia sus venerandos fueros!

El paralelo que acabamos de formar entre las principales virtudes de San Agustín y Santa Teresa puede bastar al lector para conocer las perfectas analogías que entre los dos existen, y á la vez servirle de guía para que por sí mismo vaya formándole entre las demás virtudes, cosa que le será muy fácil, y que por lo mismo omitimos nosotros. Sin embargo no pasaremos

adelante, sin detenernos en hacer ver, aunque sea con brevedad, las semejanzas que entre sí tienen como fundadores; pues si en sus facultades intelectuales y morales, en su espíritu y en sus virtudes se parecen, las reglas que dictaron para el régimen de sus hijos se dan tanto la mano, que desde luego se advierte ser uno mismo el espíritu que les animaba y el fin que se proponían. Sería por tanto omisión imperdonable pasar en silencio las analogías que existen entre la *Regla* del Obispo de Hipona y las Constituciones y otros avisos que da á sus hijas la esclarecida Reformadora del Carmelo.

CAPÍTULO VII.

Comparación de la Regla de S. Agustín con las Constituciones de Santa Teresa.

Todos los fundadores y reformadores de Institutos religiosos dejaron encarnado su espíritu en las leyes y estatutos

que para el gobierno y dirección de sus súbditos, ó escribieron por sí mismos, ó adoptaron de otros, después de conienzudo y detenido examen. El fin que al fundar las respectivas Órdenes se propusieron era uno mismo: la perfección cristiana. Los medios principales para conseguirlo tampoco variaban, pues nadie puede ser perfecto sin adaptar su conducta á la ley evangélica, y observar con escrupulosidad, según lo permite el estado de cada uno, los consejos de pobreza, obediencia y castidad; pero en cuanto á los medios secundarios, que pueden considerarse como ayudas para cumplir con perfección esos consejos, hay tanta diferencia, como son diferentes los caracteres de los individuos que los establecen. De aquí nace esa prodigiosa variedad junta con la unidad más perfecta que á primera vista se descubre en las Órdenes religiosas; variedad y unidad que constituyen una de las más preciadas joyas de la Iglesia, y que logran con su celestial hermosura atraerse las miradas de todos.

No nos engañaremos por lo tanto si después de examinar las leyes fundamentales de un Instituto religioso, tratamos de formular el carácter distintivo de su fundador; ni se nos tachará de precipitados, si hecha la comparación entre la regla de S. Agustín y las Constituciones de Santa Teresa, y vistas las analogías que entre sí guardan, deducimos que el espíritu de ambos Santos era uno mismo. Parécenos que esto queda ya demostrado con lo que llevamos escrito; pero resaltará más y más del estudio comparativo en que nos vamos á ocupar.

La Regla que S. Agustín dió á sus monjes está basada en el género de vida que observaban los primeros cristianos, tal cual la describen los *Hechos de los Apóstoles*. La de los Carmelitas descalzos, y pudiéramos decir las reglas todas de las Órdenes monásticas tienen el mismo fundamento, porque todas vienen á inculcar la práctica de las virtudes admirables que resplandecieron en los primeros fieles, y á alcanzar mediante ellas el grado de perfección que

aquéllos alcanzaron. Es cierto que la regla de los Carmelitas no fué escrita por Santa Teresa, sino por S. Alberto, Patriarca de Jerusalén, lo cual pudiera hacer creer á algunos que de ella no podíamos deducir el espíritu de la reformadora del Carmelo; pero parece-nos que en esto se engaña: porque si es verdad que la Santa no la escribió, es indudable que la adoptó como norma á que debieran atenerse sus hijas; y si la adoptó, claro es que sería por estar conforme con su espíritu.

No será, pues, ocioso que, á la vez que hacemos la comparación entre la regla de S. Agustín y las Constituciones de Santa Teresa, tengamos también presente la regla de S. Alberto; y por la misma razón no echaremos en olvido las sagradas Constituciones de la Orden Agustiniiana, pues siendo éstas como una ampliación de la regla, debe dominar en ellas el mismo espíritu.

El punto cardinal de la regla de San Agustín es la vida común, y esto mismo resalta en las Constituciones de Sta. Teresa y en la regla de S. Alberto. «Sean

»para vosotros todas las cosas comunes
»y distribúyanse á cada uno según lo
necesitare,» dice S. Agustín (1). «En
ninguna manera posean las hermanas
cosas en particular, ni se les consien-
ta» (2), dice Santa Teresa; y en la regla:
«ninguna hermana tenga cosa propia;
mas tened todas las cosas en común y
distribúyase á cada una lo que hubiere
menester (3).»

Para que esta regla se conserve en
todo vigor, establece S. Agustín que no
se reciba nada sin licencia, y que cuanto
se diere á los religiosos éntre á formar
parte de la masa común, para de ella dar
á cada uno lo que fuere necesario; (4) que

(1) «Sint vobis omnia communia, et distri-
buatur unicuique vestrum a præposito vestro
victus et tegumentum, non æqualiter omnibus,
quia non æqualiter valetis omnes, sed potius
unicuique sicut cuique opus fuerit.» *Reg. ad
servos Dei*, cap. I. T. I.

(2) *Constituc.*, párrafo *De lo temporal.*

(3) *Regl.*, párrafo *De no tener propio.*

(4) «Consequens ergo est, ut etiam cum
quis suis filiis aut aliqua necessitudine ad se
pertinentibus in monasterio constitutis, ali-

los frutos del trabajo sean para todos; (1) que se nombre uno ó más roperos, quienes han de cuidar del aseo de las ropas y de darlas á los demás; (2) que se haga lo mismo con los alimentos, y que la distribución de las cosas se haga con caridad (3) y atendiendo más bien á la necesidad que á ninguna otra cosa (4).

quam contulerit vestem sive quodlibet aliud inter necessaria deputandum, non occulte accipiat, sed sit in potestate præpositi, ut in rem communem redactum, cui necessarium fuerit præbeatur.» *Reg. ad servos Dei*, cap. VIII.

(1) «Nullus sibi aliquid operetur, sed omnia opera vestra in unum fiant, majori studio et frequentiori alacritate, quam si vobis singuli propria faceretis.» *Ibid.*, id.

(2) «Vestes vestras in unum habeatis, sub uno custode, vel duobus, vel quot sufficere possint ad eas excutiendas, ne a tinca lædantur.» *Ibid.*, id.

(3) «Sive autem qui cellario, sive qui vestibus, sive qui codicibus præponuntur, sine murmure serviant fratribus suis.» *Reg. ad servos Dei*, cap. IX.

(4) «Unicuique prout cuique opus est non négetur» (*ib.*, c. VIII).

Vease lo que sobre esto determina Santa Teresa: «Téngase mucha cuenta »con la que tuviere oficio de ropera y »provisora; provean á las hermanas con »caridad, así en el mantenimiento como »en todo lo demás; no se haga más con »la Priora y antiguas que con las de- »más, como lo manda la regla, sino »atentas las necesidades y á las edades, »y más á la necesidad que á la edad» (1)... »Tarea nunca se les dé á las hermanas; »cada una procure trabajar porque co- »man las hermanas... Ninguna herma- »na pueda dar ni recibir, aunque sea »á sus padres, sin licencia de la Priora, »á la cual se mostrará todo aquello que »trujeren en limosna (2).»

No determina S. Agustín las mortifi- caciones que se han de hacer, sino tan sólo que se tomen aquellas que permite la salud; regla de alta prudencia, y que de seguro se observa en todas las re- ligiones, aunque no se tenga prescrita,

(1) *Constituc.*, párraf. *De los oficios hu- mildes.*

(2) *Ibid.* *De las hermanas enfermas.*

y muy en particular en la reforma del Carmen, pues á esto tienden los avisos que con harta frecuencia da Santa Teresa á sus hijas en las obras que para su aprovechamiento y buena dirección escribió. No obstante, determina el Santo Fundador que nadie coma ni beba fuera de la hora, á no ser en caso de enfermedad, (1) y parece que la ilustre reformadora lo copió en sus Constituciones cuando dice: «fuera de comer y cenar, ninguna hermana coma y beba sin licencia.» (2) La lectura piadosa durante la comida ha sido siempre, desde los tiempos más remotos, práctica general en todas las corporaciones religiosas, y no la echó en olvido S. Agustín, antes al establecerla da avisos muy

(1) «Carnem vestram domate jejuniis et abstinencia escæ et potus quantum valetudo permittit. Quando autem aliquis non potest jejunare, non tamen extra horam prandii aliquid alimentorum sumat, nisi cum ægrotat.» *Regul.*, cap. III.

(2) *Constituc.*, párraf. *De las hermanas enfermas.*

saludables para no dejarse arrastrar del vicio de la gula. «En el tiempo que »estuviereis en la mesa, oid sin ruido »y sin porfía lo que según costumbre »se os leyere, para que no solamente »se regale el cuerpo, sino que también »se dé su refección al alma,» dice el Santo Doctor (1). Esto mismo se encuentra en la regla de San Alberto, (2) y de lo que Santa Teresa dice en las constituciones al hablar de las penitencias que las monjas quisieren hacer durante la comida, se deduce que se observaba esto con rigor, pues aconseja que las mortificaciones que allí se permitan «sean con brevedad, porque no impidan á la lección» (3). Y en los avisos dados á sus hijas, al enseñarles el

(1) «Cum acceditis ad mensam, donec insurgatis, quod vobis secundum consuetudinem legitur, sine tumultu et contentionibus audite: ne solæ vobis fauces sumant cibum, sed et aures esuriant Dei verbum.» *Reg. ad servos Dei*, cap. IV.

(2) *Regla.*, párraf. *De que coman en común.*

(3) *Constit.*, párraf. *De las Hermanas enfermas.*

modo de portarse en la mesa, les dice: «considerar la mesa del cielo y el manjar de ella que es Dios, y los convidados que son los ángeles: alce los ojos á aquella mesa, deseando verse en ella» (1).

Encarga S. Agustín que para la asistencia de los enfermos se nombre uno que tenga cuidado de pedir cuanto necesitaren, advirtiéndole también el esmero que se ha de tener en servirles (2). En las Constituciones de la misma sagrada Orden hállanse descritas muy por menudo las cualidades del enfermero y el modo de portarse con los enfermos, dando á la vez á éstos muy santos consejos, para que saquen algún provecho de sus dolencias: «Cuide el Prior, dicen, de encargar este oficio

(1) *Avisos.*

(2) «Ægrotantium cura, sive post ægritudinem reficiendorum, sive aliqua imbecillitate, etiam sine febribus laborantium, uni alicui debet injungi, ut ipse de cellario petat, quod cuique opus esse perspexerit» *Regul.*, cap. IX.

»(de enfermero) á uno de los hermanos
»de su convento, cuyo corazón posea
»el temor de Dios, y sepa sufrir las
»molestias de los enfermos y compade-
»cerse de sus necesidades; que sea
»afable, y á poder ser, que abunde en
»palabras de consuelo y se muestre
»próvido y discreto en procurar con-
»servar y suministrar las cosas nece-
»sarias, de tal modo que no sea escaso
»en conceder, ni pródigo en dar cosa
»alguna sin necesidad..... Procuren
»los enfermos sacar algún fruto espiri-
»tual de sus enfermedades corporales,
»no impacientándose, sino mostrándose
»resignados, así interior como exterior-
»mente, y usando de palabras piadosas
»y edificantes, las cuales manifiesten
»que reciben la enfermedad como un
»don de Dios, según aquello del Ecle-
»siástico (c. XVIII v. XXI): *En el tiempo*
»*de la enfermedad da muestras de tu con-*
»*ducta*; y también obedezcan al médico
»y al enfermero en lo que conviniere
»hacer para la salud.... Y aun cuando
»queremos que á nuestros enfermos se
»les tenga toda atención, deben éstos

»mirar por la pobreza y guardarse de
»contristar con sus superfluidades á los
»que les sirven por Dios» (1).

Tales máximas, llenas de unción y caridad, parece haberlas tenido presentes Santa Teresa al escribir su Constitución sobre las enfermas: no se concibe de otro modo que concuerden tan bien, no sólo en el sentido, sino hasta en las palabras. Perdónenos el lector que traslademos íntegro dicho párrafo, y admire con nosotros la conformidad de las Constituciones Agustinianas con las Carmelitanas.

«Las enfermas, dice, sean curadas
»con todo amor y regalo, y siempre
»conforme á nuestra pobreza, y alabe á
»Dios nuestro Señor cuando la prove-

(1) «Eorum vero, qui graviter infirmantur..... curam Prior injungat uni ex fratribus sui Conventus, cujus cor possideat timor Dei, qui sciat esse patiens ad molestias infirmorum, et compatiens infirmitatibus et necessitatibus eorum, qui sit dulcis eloquio, et si fieri possit verbis consolatoriis affluens, et providus ac discretus in procurandis, servandis et minis-

»yere bien, y si le faltare lo que los ricos
»tienen de recreación en las enferme-
»dades, que no se desconsuele, que á
»eso han de venir determinadas: esto
»es ser pobres, faltar por ventura en la
»mayor necesidad: en esto ponga mu-
»cho cuidado la M. Priora, que antes
»falte lo necesario á las sanas que algu-
»nas piedades á las enfermas; sean visi-

trandis necessariis, nec tenax in dispensando,
nec prodigus in largiendo aliqua sine causa.
Curent autem infirmi ex infirmitatibus cor-
poris fructum aliquem capere spiritualement,
non impatientes se exhibendo, sed potius pa-
tientiam interius habendo, et exterius præse-
ferendo et verbis piis et ædificatoriis utendo,
quæ ostendant, ægritudinem ut donum de manu
Domini ab eis sumi, juxta illud: *In tempore
infirmitatis ostende conversationem tuam;* præ-
sentent obedientiam Medico et Infirmario in iis
quæ pro sua salute fieri oportuerit. Licet autem
infirmis nostris omne velimus obsequium ne-
cessarium impertiri, debent tamen ipsi inten-
dere parcitati, et cavere, ne sibi servientes
propter Deum sua superfluitate contristent.»
Const. Ord. Erem. S. P. N. August., part. II,
cap. XIV, párraf.º 3.º, 9.º y 10.º

»tadas y consoladas de las hermanas,
»póngase enfermera que tenga para
»este oficio habilidad y caridad, y las en-
»fermas procuren mostrar entonces la
»perfección que han adquirido en sa-
»lud, teniendo paciencia y dando la
»menos importunidad que pudieren:
»cuando el mal no fuere mucho, esté
»obediente á la enfermera, porque ella
»se aproveche y salga con ganancia de
»la enfermedad y edifique á las herma-
»nas; y tengan lienzo y buenas camas y
»sean tratadas con caridad» (1).

Recomienda S. Agustín encarecida-
mente á sus hijos que sus vestidos sean
humildes, que donde quiera que fue-
ren vayan siempre acompañados, que
guarden modestia, así en sus movi-
mientos como en sus miradas y conver-
saciones; (2) que si advirtieren en sus

(1) *Constit.*, párraf. *De las Hermanas en-
fermas.*

(2) «Non sit notabilis habitus vester; nec
affectetis vestibus placere, sed moribus. Quan-
do proceditis, simul ambulate; cum veneritis
quo itis, simul state. In incesu, statu, habitu,
et in omnibus motibus vestris nihil fiat, quod

hermanos alguna cosa digna de reprehensión, les corrijan con caridad, conforme á la ley evangélica, y que si esto no aprovechase, lo avisen al superior; que no se reciban cartas ni otra cosa alguna ocultamente (1), y que se amen con amor espiritual (2).

No es menor el encarecimiento con que Santa Teresa encarga á las monjas estas mismas observancias. «El vestido, »dice, sea de jerga ó de sayal negro (3)...

cujusquam offendat adspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem.» *Regula*, cap. VI.

(1) «Et si hanc de qua loquor, oculi petulantiam in aliquo vestrum adverteritis, statim admonete, ne male cæpta progrediantur, sed de proximo corrigantur... Sed antequam aliis demonstretur per quos convincendus est, si negaverit, prius Præposito debet ostendi, si admonitus neglexerit corrigi, ne forte possit secretius correctus non innotescere cæteris..... Quicumque autem in tantum progressus fuerit malum, ut occulte ab aliquo litteras, vel quodlibet munus acceperit, si hoc ultro confiteatur, parcatur illi, et oretur pro illo.» *Rægul.*, cap. VII.

(2) «Non autem carnalis, sed spiritualis inter vos debet esse dilectio.» *ib.* X.

(3) *Const.*, párraf. *De lo temporal.*

»A nadie se vea sin velo, si no fueren
»padre ó madre ó hermanos, salvo que
»fuese justo para algún fin, y esto con
»personas que antes edifiquen y ayuden
»á nuestros ejercicios de oración y con-
»solación espiritual, que no para re-
»creación: siempre con una tercera,
»cuando no sea con quien se traten ne-
»gocios del alma (1). Ninguna reprimenda
»á otra las faltas que le viere hacer; si
»fueren grandes, á solas la avise con ca-
»ridad, y si no se enmendare de tres ve-
»ces, dígalo á la Madre Priora» (2). «No
»deje (la Rectora) llegar á ninguna her-
»mana al torno sin licencia... ni dar
»cartas sino á ella (la Prelada), que lo
»lea primero, ni dar ningún recado á
»ninguno sin decirlo primero á la Pre-
»lada, ni darle fuera (3). Ninguna her-
»mana abraza á otra... ni tengan amis-
»tad particular... Este amarse unas á

(1) *Constit.*, párraf. *De la Clausura.*

(2) *Id.* *id.* *De las Hermanas enfermas.*

(3) *Id.* *id.* *De lo que está obligada cada una en su oficio.*

»otras en general importa mucho» (1).

San Agustín conocía muy bien el corazón humano, y no se le ocultaba que en toda reunión habla de haber divergencia de pareceres, y por lo tanto disturbios y disensiones; por lo mismo con celo de padre, exhorta á todos á que no tengan entre sí contiendas, y que si alguna hubiere, procuren cortarla cuanto antes; pero si por desgracia arrastrados de la pasión se dijeren unos á otros palabras ofensivas, pongan inmediatamente remedio á tan grave mal, humillándose á pedir perdón; y tan severo era en esto, que amenaza con arrojar del monasterio al que no quisiere cumplirlo (2).

(1) *Constit.*, párraf. *De lo que está obligada cada una en su oficio.*

(2) «Lites aut nullas habeatis, aut quam celerrime finiatis, ne ira crescat in odium, et trabem faciat de festuca, et animam faciat homicidam. Sic enim legitis: *Qui odit fratrem suum homicida est.* Quicumque convicio vel maledicto, vel etiam criminis objecto aliquem læserit, meminerit satisfactione quantocius cu-

Santa Teresa en sus Constituciones sólo dice: «procuren no ser enojosas unas á otras, sino que las burlas y palabras sean con discrepción» (1). Pero en el *Camino de perfección*, explicando el modo que han de tener en amarse unas á otras, y señalando los escollos que han de evitar para que se conserve la paz y armonía entre ellas, le asalta la idea de que puede surgir alguna desavenencia, y con frases muy sentidas les ruega, por si esto sucediere, que cuanto antes atajen el mal. Son tan enérgicas las palabras con que afea ese vicio, que parece haberse olvidado al escribirlas de su habitual mansedumbre y dulzura. Vamos á copiarlas por coincidir en

rare quod fecit, et ille qui læsus est sine disceptatione dimittere. Si autem invicem se læserint, invicem sibi debita relaxare debebunt... Qui non vult dimittere fratri, non speret accipere orationis effectum. Qui autem nunquam vult petere veniam, aut non ex animo petit, sine causa est in monasterio, etiam si inde non projiciatur.» *Regul.*, cap. X.

(1) *Constit.* párraf. *De las Hermanas enfermas.*

todo con lo que dice San Agustín al señalar la pena que ha de imponerse á los contumaces.

«Si por dicha, dice la Santa, alguna
»palabrilla de presto se atravesare, re-
»médiese luego, y sinó, y vieren que va
»adelante, hagan grande oración, y en
»cualquier cosa de estas que dure, ú
»bando, ó deseo de ser más ú puntillos
»(que parece se me hiela la sangre,
»como dicen, cuando escribo esto, por-
»que veo es el principal mal de los mo-
»nasterios) dense por perdidos: sepan
»que han echado al Señor de casa. Cla-
»men á su Majestad, procuren remedio,
»porque si no le ponen, confesar y co-
»mulgar tan á menudo, teman que haya
»algún Judas. Mire mucho la Prelada,
»por amor de Dios, en atajar presto esto,
»y cuando no bastare con amor, sean
»graves castigos. Si una lo alborota,
»procuren se vaya á otro monasterio,
»que Dios la remediará con que la doten.
»Echen de sí esta pestilencia, corten
»como pudieren las ramas, y si no bas-
»tare, arranquen la raíz. Y cuando no
»pudieren más, no salga de una cárcel

»quien de esto tratare; mucho más vale
»que no pegar á todas tan incurable
»pestilencia. ¡Oh que es grave mal!
»Dios nos libre de monasterio donde
»entra. Cierto, yo más quisiera que en-
»trase un fuego que las abrase to-
»das» (1). ¡Tanto deploraba la Santa
Reformadora las discordias en los mo-
nasterios!

Después de haber determinado las cosas á que debieran atenerse para cumplir con la vida de mortificación y penitencia que voluntariamente habían abrazado, exhorta San Agustín al Prelado para que vele por el exacto cumplimiento de lo ordenado en la regla, corrigiendo y castigando á los infractores; pero encargándole á la vez tal moderación y prudencia, que los súbditos se muevan á observarla más por amor que por temor (2).

(1) *Cam. de perf.*, cap. XI. Véase el capítulo VII de la Regla de S. Agustín.

(2) «*Ut ergo cuncta ista serventur, et si quid servatum minus fuerit, non negligenter prætereatur, sed ut emendandum corrigendum que curetur, ad Præpositum præcipue pertine-*

Lo mismo encarga Santa Teresa á las Prioras con estas palabras: «El oficio de »la M. Priora, es tener cuenta grande con »que en todo se guarde la Regla y Cons- »tituciones, y celar mucho la honesti- »dad y encerramiento de la casa y mirar »cómo hacen todas ellas los oficios, y »también proveer las necesidades, asi »en lo espiritual como en lo temporal, »con el amor de madre; ser amada »para ser obedecida (1).»

Estos son los principales puntos en que concuerdan las Constituciones de la Reformadora del Carmelo con la Regla

bit, ut ad præsbitrum, cujus est apud vos major auctoritas, referat quod modum vel vires ejus excedit. Ipse vero qui vobis præest non se existimet potestate dominante, sed charitate serviente felicem... Corripiat inquietos, consoletur pusillanimes, suscipiat infirmos. Patiens sit ad omnes. Disciplinam libens habeat, metuendus imponat. Et quamvis utrumque sit necessarium, plus tamen à vobis amari appetat, quam timeri, semper cogitans Deo se pro vobis redditurum esse rationem.» *Reg.*, cap. XI.

(1) *Constit.*, párrafo *De lo que está obligada cada una en su oficio.*

del gran Doctor y Fundador africano: por ellas puede echarse de ver cuán acordes iban siempre esas dos nobilísimas almas, y cuántas analogías se encuentran en las leyes que para la dirección de sus respectivos hijos escribieron.

Omitimos la comparación entre la *Regla* de S. Agustín y los *Avisos* de Santa Teresa, porque el sabio y piadoso D. Vicente de la Fuente nos ha precedido en este trabajo, llevándole á cabo con mucho tino y discreción, como puede verse en el primer tomo de los *Escritos de Santa Teresa* publicados en la colección de *Autores Españoles* de Rivadeneyra (1).

(1) Permítanos el Sr. La Fuente llamarle la atención sobre una nota del prólogo que puso al comparar la *Regla de S. Agustín* con los *Avisos de Santa Teresa*. Dice en ella que la regla primitiva de S. Agustín se dió para mujeres y se aplicó luego á los hombres, aduciendo por única razón el hallarse en la carta CCXXI del tomo segundo de la edición de los PP. Benedictinos. Pudiera haber añadido la autoridad de éstos, que en la prefación que pu-

Conforme vamos adelantando en nuestro estudio, preséntansenos cada vez con mayor claridad las hermosas figuras de S. Agustín y Sta. Teresa, y

sieron al imprimirla en el primer tomo de la misma edición con el título de *Regula ad servos Dei*, se inclinan á creer que es la misma que se encuentra en la carta citada aplicada á los hombres, aduciendo en su apoyo á Vindingo, Stelarcio y Desnos. No estamos conformes ni con el primero, ni con los segundos. Sabemos los grandes debates que sobre el particular ha habido; pero á pesar de todo, nos inclinamos al parecer de los que afirman y sostienen haberse dado primero á los monjes. Prescindiendo de otras razones que pudiéramos alegar, nos contentaremos con advertir que San Agustín en el libro *De Opere Monachorum* hace alusiones muy claras á lo preceptuado en la regla, como puede verse leyendo los capítulos XXI y XXV de dicha obra. Ahora bien, habiéndose escrito ésta, según el cómputo más probable, hacia el año 401, y la carta citada hacia 423, dedúcese que en manera alguna pudo adaptarse para el régimen de los monjes, lo que allí se prescribe á las vírgenes, puesto que ya lo tenían prescrito. Y esto se confirma más y más, si tenemos en

á medida que más de cerca las contemplamos, descubrimos mejor las estrechas relaciones que entre sí tienen: esto nos estimula á seguir adelante en nuestro trabajo, por más que no sean pequeñas las dificultades que tenemos que vencer antes de darle cima; pues al considerar las grandes semejanzas que

cuenta lo que nos dice S. Posidio en la *Vida del Santo Doctor*, al referirnos como, hecho presbítero, fundó un monasterio y comenzó á vivir con los siervos de Dios conforme á la regla constituida por los Apóstoles. Además que no es creíble que S. Agustín, profundo conocedor del corazón humano y de su inconstancia y volubilidad, dejase á la sociedad recientemente fundada sin una norma segura é invariable que le sirviese de guía para regular sus acciones; máxime después que empezaron á fundarse monasterios de su mismo instituto por toda el África. Estas razones y otras que omitimos por creerlas ajenas de este lugar, nos persuaden de que la regla primitiva fué dada á los monjes, y luego con ocasión de los disturbios que el mismo Santo nos refiere en la carta citada, la extendió con algunas adiciones á los monasterios de mujeres.

unen á esos dos nobilísimos y santos corazones, experimentamos placer indecible, y cobramos aliento para darlas á conocer y ver de conseguir que sus nombres ilustres vayan siempre unidos y que la gloria del uno sea gloria del otro. Si, pues, hasta aquí hemos visto las analogías y semejanzas que entre ellos existen, ya por razón de sus cualidades físicas, morales é intelectuales, y las manifestaciones de éstas en los actos de su vida privada y pública, ya por ser ambos fundadores de Institutos religiosos, justo es que hagamos ver las que tienen en su doctrina, y con esto habremos puesto fin al estudio que pensábamoshacer.

CAPÍTULO VIII.

Doctrina espiritual de San Agustín y de Santa Teresa.

Al hacer la comparación entre la doctrina espiritual de S. Agustín y Santa Teresa, no es nuestro ánimo detenernos en aquellos puntos, que aunque convienen entre sí, les falta no obstante el enlace necesario para formar un cuerpo de doctrina. Prescindiendo, pues de esos puntos aislados, en los cuales nada tiene de extraño que con vengan, ya por ser uno mismo el espíritu que les animaba, ya por ser unas sus creencias religiosas, nos ocuparemos en poner á los ojos del lector un compendio de la doctrina de ambos santos, procurando ordenarle de tal manera que en nada desdiga del método que según sus obras debe guardarse en la vida espiritual. Y nos vemos precisados á hacer esto, porque si es verdad que en los escritos de ambos se encuentra todo lo que se refiere á la vida inte-

rior, no se halla tan en orden, que guarde la armonía y enlace que debiera tener; lo cual sucede muy particularmente en S. Agustín, quien no escribió de propósito un libro para exponer los principios de la vida mística, sino que trató de ellos cuando se lo presentaban, resultando de aquí, que una cosa se halle en un libro y otra en otro diferente. Por lo que hace á Santa Teresa, aunque escribió varios libros espirituales, no trata la materia con tal orden que siga siempre un método rigurosamente científico, si bien es verdad que en las *Moradas* se encuentra expuesta la doctrina mística con harta regularidad.

Antes pues, de pasar adelante, creemos oportuno dar á conocer los cimientos sobre los que, según San Agustín y Santa Teresa, ha de estar basado el edificio de la vida espiritual; y para esto nada mejor que exponer el sentir de ambos santos en lo que toca á la perfección del hombre. Según ellos, y según todos los que juzgan rectamente en esta materia, el hombre tiene por

último fin la visión beatífica, ó sea el ver á Dios como es en sí mismo: en esto consiste su felicidad, por esto suspira y á esto tiende, y mientras no lo consiga, se verificará en él lo que con admirable concisión dejó escrito S. Agustín en sus *Confesiones*: «hicístenos, Señor, para Tí, y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en Tí (1).»

Siendo sobrenatural este fin nobilísimo, en manera alguna puede llegar á conseguirle por sus propias fuerzas; necesita un auxilio superior, que perfeccionando su naturaleza, le proporcione los medios, para que sus esfuerzos no sean vanos y queden defraudados sus más ardientes deseos. Este auxilio es la gracia que ennoblece y perfecciona el alma, iluminando su entendimiento para que no yerre en la investigación de la verdad, y moviendo á la voluntad para que abraze siempre el bien, elevándola de este modo á un estado sobre-

(1) «Fecisti nos ad te, et inquietum, est cor nostrum, donec requiescat in te.» (*Conf.*, Lib. I., Cap. I.)

natura. y enriqueciéndola con inestimables dones celestiales.

En la primitiva condición del hombre éranle como connaturales esos auxilios, y merced á ellos experimentaba una paz y sosiego inalterables, debidos al concierto que reinaba entre su parte superior é inferior. Pero el pecado introdujo el desorden más espantoso y lamentable en la obra más perfecta de la creación, acabada de salir de las manos de Dios, y á quien había escogido para darle el imperio de todo lo criado. Desde entonces data esa lucha continua entre la carne y el espíritu, lucha que todos sentimos y que nos hace exclamar con S. Pablo: *«video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis mee (1)»*.

Para curar las profundas llagas y reparar el desconcierto de la culpa, el Unigénito del Padre, engendrado desde la eternidad, entre los esplendores de los Santos, se dignó aparecer entre los hombres y conversar con ellos, ase-

(1) Ad Rom., cap. VII, v. XXIII.

mejándoseles en todo, excepto en el pecado, para poder así acudir, lleno de piedad y misericordia, al remedio de todas sus necesidades. Él es el autor de toda gracia, el manantial fecundo de donde se derivan los arroyuelos de pureza y santidad, que de cuando en cuando con sus cristalinas aguas fecundizan el árido desierto de este mundo; en Él tienen cumplimiento las magníficas promesas hechas al pueblo escogido; por Él vive cuanto tiene vida, y á Él tienden, como á su centro, todas las cosas, porque en Él y por Él fué instaurado y renovado cuanto hay en el cielo y en la tierra: Jesucristo, en una palabra, es la piedra angular que reúne los extremos y da solidez y firmeza al grandioso edificio de la Iglesia, y cuanto en Él no se apoya, vacila, se derrumba y perece.

Es, pues, Jesucristo nuestro sostén, nuestro Maestro, nuestro guía y nuestra salud: si no ejerce con nosotros tales oficios, serán inútiles nuestros trabajos, vanas nuestras esperanzas é infructuosos nuestros desvelos. Jesucristo

es camino, verdad y vida; sin Él vamos extraviados, palpamos sólo tinieblas, y la muerte más espantosa es nuestra única herencia: necesitamos, por lo tanto, estar unidos á Él, como el sarmiento á la vid, para saciar esas ansias de felicidad y de dicha que devoran nuestro corazón (1). Sentadas estas verdades, que no por conocidas pierden nada de su grandeza é importancia, veamos en qué consiste, según el parecer de ambos santos, la perfección del hombre.

Siendo la visión beatífica el último fin de toda criatura racional, claro es que cuanto no contribuye á la consecución de ese fin, es un desorden, tanto más lamentable, cuanto más le aleja de él. De donde se sigue que las cosas, para estar bien ordenadas, deben estar sujetas á ese nobilísimo fin y servir de medios al hombre para llegar á conseguirle. Si, pues, todo lo criado ha de

(1) No creemos necesario citar los lugares donde tratan los Santos estos puntos, porque apenas habrá página en que no se encuentren.

considerarse como medio para alcanzar la vida feliz, es indudable que no se ha de poner en ello nuestra complacencia, gozándonos en su posesión y amándolo como si en ello consistiera nuestra dicha, porque esto nos apartaría del único objeto capaz de llenar ese inmenso vacío que sentimos en nuestra alma; sino tan sólo valernos de sus perfecciones como de cosas que nos ayuden á entrar en el puerto de la bienaventuranza.

«Si fuéramos peregrinos, dice San Agustín, y no pudiéramos vivir gozosos sino en nuestra patria, y deseando poner fin á nuestra miseria, quisiéramos volver á ella, claro es que nos sería preciso echar mano de vehículos marinos ó terrestres para arribar á la patria en donde seríamos felices, gozando de sus encantos; pero si deleitándonos en las amenidades del camino y en las comodidades del viaje nos complaciéramos en gozar de aquellas cosas de que sólo debiéramos usar, daríamos muestras de no querer poner fin á nuestro viaje, y embelesados con su perversa suavidad, estaríamos

»siempre lejos de la patria, cuya verda-
»dera suavidad nos haría bienaventu-
»rados. Del mismo modo, peregrinos
»del Señor durante la vida mortal, si
»queremos volver á la patria donde se-
»remos dichosos, nos es necesario usar
»de este mundo, y no gozar de él» (1).
De esta doctrina deduce una conse-

(1) «Quomodo ergo si essemus peregrini, qui beate vivere nisi in patria non possumus, eaque peregrinatione, utique miseri et miseriam finire cupientes, in patriam redire velle- mus, opus esset vel terrestribus vel marinis vehiculis quibus utendum esset ut ad patriam qua fruendum erat, pervenire valeremus; quod si amœnitates itineris, et ipsa gestatio vehiculorum nos delectarent, et conversi ad fruendum his quibus uti debuimus, nollemus cito viam finire, et perversa suavitate implicati alienare- mur á patria, cujus suavitas faceret beatos; sic in hujus mortalitatis vita, peregrinantes á Do- mino, si redire in patriam volumus, ubi beati esse possimus, utendum est hoc mundo, non fruendum, ut invisibilia Dei per ea quæ facta sunt intellecta conspiciantur; hoc est, ut de corporalibus temporalibusque rebus æterna et spiritualia capiamur.» (Lib. I. de *Doc- trina Christiana*, cap. IV., t. III.)

cuencia que nunca debiéramos olvidar, porque es norma segura para que nuestras acciones sean siempre rectas. «Aquel, pues, dice, vive justa y santamente, que sabe apreciar las cosas en su justo valor, y éste es el que tiene bien ordenado el amor» (1). Lo cual no consiste en otra cosa que «en amar á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios; y entonces el hombre será óptimo, es decir, perfecto; porque tal es la regla establecida por el mismo Dios: *amarás al prójimo como á ti mismo y á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*» (2). Infiérese de esto que para San Agustín la perfec-

(1) «Ille autem sancte et pie vivit qui rerum integer æstimator est, ipse est autem qui ordinatam dilectionem habet, ne aut diligat quod non est diligendum, aut amplius diligat quod minus est diligendum, aut æque diligat quod vel minus vel amplius diligendum est, aut minus vel amplius quod æque diligendum est.» (Lib. I. *de Doctrina Christiana*, cap. XXVII.)

(2) «Tunc est quisque optimus homo cum tota vita sua pergit in incommutabilem vitam et toto affectu inhæret illi.... Si ergo te ipsum

ción del hombre consiste en amar á Dios y al prójimo; pero de tal modo, que todo amor venga á refundirse en el de Dios, como único objeto capaz de saciar nuestra hambre de felicidad.

Concuerdá admirablemente Sta. Teresa con esta doctrina, cuando exhortando á sus hijas á que se guarden mucho de cuidados ajenos y de celos indiscretos, no les suceda que pensando obrar bien, hagan á otras y á sí mismas mucho mal, les dice: «Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardemos estos dos mandamientos, seremos más

non propter te debes diligere, sed propter illum ubi dilectionis tuæ rectissimus finis est, non succenseat alius homo, si etiam ipsum propter Deum diligis. Hæc enim regula dilectionis divinitus constituta est: Diliges, inquit, proximum tuum sicut teipsum; Deum vero ex toto corde et ex tota anima et ex tota mente, ut omnes cogitationes tuas, et omnem vitam, et omnem intellectum in illum conferas, a quo habes ea ipsa quæ confers.» (Lib. I. *de Doctrina Christiana*, cap. XXII.)

»perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con más perfección» (1). Consiste, pues, según esto, la perfección del hombre en la caridad; pero no en una caridad cualquiera, sino en la perfecta; porque aun cuando todo justo pueda llamarse perfecto, de hecho sólo lo es aquel que ha recorrido los varios grados de esta excelente virtud.

Pueden reducirse éstos á tres, según la doctrina de San Agustín que dice: «Nace la caridad para ser perfeccionada: nacida se alimenta, alimentada se robustece, y robustecida se perfecciona» (1). Según estos tres grados de caridad, distingüense tres estados diferentes en las personas que los poseen, y llámanse *principiantes* los que sólo poseen el primer grado; *proficientes* los

(1) *Morada* I., Cap. II.

(1) «Ut perficiatur nascitur: cum fuerit »nata, nutritur; cum fuerit nutrita, robaratur; »cum fuerit roborata, perficitur.» (*Tractat. V in epist. Johan.*, num. IV, Tom. IV.)

que se encuentran en el segundo, y *perfectos* los que han llegado á adquirir el tercero. Pertenecen al primer estado aquellos que son ya justos, pero tienen tan vivas las pasiones y son tan fuertes los asaltos de sus enemigos, que apenas pueden conservarse en gracia. Los *proficientes* han conseguido ya, á fuerza de constancia y perseverancia, domar sus vicios, y con facilidad se abstienen de pecados graves, por más que con frecuencia incurran en veniales deliberados; pero les es fácil el ejercicio de las virtudes cristianas. Hállanse en el estado de *perfectos* aquellos que sintiendo apenas los estímulos de la carne, corren por la senda de la virtud á velas desplegadas, procurando evitar, no sólo los pecados veniales, sino también los defectos é imperfecciones más pequeñas, aumentándose en ellos la caridad de tal modo, que puedan decir con el Apóstol: *«mi vivir es Cristo y el morir toda mi ganancia»* (1).

(1) «Mihi vivere Christus est et mori lucrum.» (Ad Philipp., cap. I, v. XXI.)

Vemos explicada admirablemente esta doctrina en San Agustín, quien defendiendo el sentir de la Iglesia acerca de la gracia contra los errores de Pelagio, hablando del modo que se ha de tener en las exhortaciones á la virtud, dice: «Si son ya cristianos y no piensan en vivir bien, atemoríceseles con castigos y alientéselos con la esperanza del premio, de tal modo que no nos olvidemos de exhortarlos, no sólo á las buenas obras, sino también á oraciones piadosas, instruyéndoles en doctrina sana, para que cuando empezaren á vivir bien y á no sentir dificultad en obrar con rectitud, se muestren agradecidos; y cuando la sintieren, insistan en súplicas llenas de fe y perseverancia y obras de misericordia para alcanzar del Señor la facilidad tan deseada. Los que así aprovechan (*sic autem proficientes*) cuándo y dónde serán plenamente perfectos, no me canso en investigarlo; pero sí sostengo que donde quiera y cuando quiera que lo fueren, no lo serán sin la gra-

»cia de Dios por nuestro Señor Jues-
»cristo» (1).

¿Y á quién reputa el Santo perfecto?
No al que carezca de todo pecado, que
esto sólo es propio de los que han entra-
do en posesión de Dios, y mientras se
viva en esta tierra, siempre podrán y
deberán decirse aquellas palabras de la
oración dominical: *perdónanos nuestras*

(1) «Si autem jam christiani sunt, et recte
vivere negligunt, verberentur terroribus, et
præmiorum laudibus erigantur; ita sane, ut
non solum ad bonas actiones, verum etiam ad
pias orationes eos exhortari meminerimus, at-
que hac instruere sanitate doctrinæ, ut et illuc
gratias agant, cum instituerint bene vivere, quod
aliquid sine difficultate fecerint, et ubi difficulta-
tem aliquam sentiunt, fidelissimis et perseve-
rantissimis precibus et misericordiæ proutis
operibus facilitatem a Domino impetrare per-
sistant. Sic autem proficientes, ubi et quando
plenissima justitia perficiantur, non nimis cu-
ro; ubicumque autem et quodcumque per-
fecti fuerint, non nisi gratia Dei per Jesum
Christum Dominum nostrum perfici posse
confirmo.» (*De nat. et grat. contra Pelag.*,
cap. LXVIII. Tomo XIII.)

deudas (1); sino al que habiendo adelantado tanto en la virtud, ame á sus enemigos, resista al pecado hasta la muerte (2), no tenga afecto á las culpas veniales (3) é imite á Jesucristo en la mansedumbre y humildad (4).

Por muy superficialmente que se examine la *Vida* de Santa Teresa, no dejarán de advertirse estos tres estados, pues la santa pasó por ellos y los expone con sorprendente claridad (5) en esa

(1) *De peccat. merit. et remis.*, lib. II, capite XV.

(2) «Ipsi sunt perfecti, qui adversus peccatum usque ad sanguinem certaverunt.» (*Serm.* CCCXVIII., num. II. Tom. VIII.)

(3) «Ingredi autem sine macula non absurde etiam ille dicitur, non qui jam perfectus est, sed ad ipsam perfectionem irreprehensibiliter currit, carens criminibus damnabilibus, atque ipsa peccata venialia non negligens mundare eleemosynis.» (*De Perfect. Institu. hom.*, capite IX. Tom. XIII.)

(4) *Serm.* CXLII. *De verb. Evang. Johan.*, num. IX et X.

(5) Véanse en la *Vida* los cuatro grados de oración.

obra. Pero donde mejor se nota es en las MORADAS: grado por grado va explicando en ellas los caminos por los cuales el alma sube á Dios, y si es verdad que pone hasta siete, fácil es reducirlos á tres; porque de su lectura se deduce que el primero y segundo son propios de los *principiantes*, el tercero y cuarto de los *proficientes* y los restantes de los *perfectos*, conforme á la doctrina de San Agustín que acabamos de exponer.

A nadie llamará la atención que Santa Teresa no use términos técnicos, como lo hacen los demás que de semejantes asuntos tratan, sabiendo que cuanto escribía, lo debía más á la experiencia y observación propias que al estudio. Pero el que en sus obras no se encuentren detallados y brevemente descritos los tres estados en que nos vamos ocupando, nada obsta para estar en todo conforme con S. Agustín, puesto que en todas sus obras los presupone y hasta con frecuencia alude á ellos, como lo habrán advertido los que están versados en sus celestiales escritos. Con-

viniendo, pues, ambos en lo sustancial, diremos con S. Agustín, no hay para qué cansarse en cuestiones de solo nombre (1).

Mas para que ño se nos diga que esta conformidad existe sólo en nuestra imaginación, vamos á transcribir algunas palabras de Sta. Teresa. Habla de los cuatro grados de oración, y dice: «De
» los que comienzan á tener oración po-
» demos decir son los que sacan el agua
» del pozo, que es muy á su trabajo, como
» tengo dicho; que han de cansarse en
» recoger los sentidos, que como están
» acostumbrados á andar derramados,
» es harto trabajo. Han menester irse
» acostumbrando á no se les dar nada de
» ver ni oír, y aun ponerlo por obra
» las horas de oración, sino estar en sole-
» dad, y apartados pensar su vida pa-
» sada..... Al principio anda pena, que
» no acaban de entender que se arre-
» pienten de los pecados, y sí hacen,

(1) «Cum de re constat, non esse de nomi-
ne laborandum» (Lib. II *Contra Cresconium*,
Cap. II. Tom. XII.)

»pues se determinan á servir á Dios tan
»de veras» (1). ¿Quién no ve aquí ma-
gistralmente descrito el estado de prin-
cipiantes? No es menor la claridad con
que expone el de los proficientes al es-
cribir: «digamos ahora el segundo modo
»de sacar agua que el Señor del huerto
»ordenó, para que con artificio de con-
»un torno y arcaduces sacase el hortela-
»no más agua y á menos trabajo, y pu-
»diese trabajar sin estar continuo traba-
»jando. Aquí se comienza á recoger el
»alma, toca aquí cosa sobrenatural,
»porque en ninguna manera ella puede
»aquello por diligencias que haga. Ver-
»dad es que parece que algún tiempo se
»ha cansado en andar el torno y trabajar
»con el entendimiento y los arcaduces,
»mas aquí está el agua más alta, y así
»se trabaja muy menos que en sacarla
»del pozo; digo que está más cerca el
»agua, porque la gracia dase más clara-
»mente á conocer en el alma.» Y al ex-
plicar cómo con esta agua comienzan á
florecer y dar después fruto «los árboles

(1) *Vida*, Cap. XI. *VIX. quD. aduT. (1)*

del vergel del alma,» y al hablar de algunas sequedades que suele padecer, dice: «pásase mucho trabajo, porque »quiere el Señor que le parezca al »pobre hortelano que todo el que ha te- »nido en sustentarle y regalarle, va per- »dido. Entonces es el verdadero escar- »dar y quitar de raíz las hierbecillas, »aunque sean pequeñas, que han que- »dado malas, con conocer no hay dili- »gencia que baste, si el agua de la gracia »nos quita Dios, y tener en poco nuestra »nada y aun menos que nada» (1).

El tercero y cuarto grado de oración son propios de los perfectos, según se puede colegir de los maravillosos efectos que causan en el alma, pues aun cuando en el segundo grado siente una dulzura y suavidad superiores á todas las de los sentidos, aquí «el gusto y suavidad y »deleite es más sin comparación que lo »pasado, porque da el agua de la gracia »á la garganta á esta alma que no pue- »da ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tor- »nar atrás. Querría gozar de grandí-

(1) *Vida*, Cap. XIV.

»sima gloria. Es como uno que está con
»la candela en la mano, que le falta
»poco para morir muerte que la desea.
»Está gozando en aquel agonía con el
»mayor deleite que se puede decir: no
»me parece es otra cosa, sino un morir
»casi del todo á todas las cosas del
»mundo y estar gozando de Dios» (1).
Todos estos regalos hace Dios al alma
en el tercer grado de oración, y son mu-
cho más subidos los que experimenta
en el cuarto, porque aquí, «queda el
»alma en grandísima ternura, de ma-
»nera que se querría deshacer, no de
»pena, sino de unas lágrimas gozosas:
»hállase bañada de ellas sin sentido, ni
»saber cuándo ni cómo las lloró, mas
»dale gran deleite ver aplacado aquel
»ímpetu de fuego con agua que le hace
»más crecer. Sale de esta oración tan
»animosa, que si en aquel punto la hi-
»ciesen pedazos por Dios, le sería gran
»consuelo. Allí son las promesas y de-
»terminaciones heróicas, la viveza de
»los deseos, el comenzar á aborrecer el

(1) *Vida*, Cap. XVI.

»mundo, al ver muy claro su vanidad» (1).

Estos y otros efectos que largamente explica la Santa en los capítulos citados, son prueba concluyente de que los hace Dios á los perfectos en la virtud, pues éstos son los que abrigan en su pecho tan generosas determinaciones y los que consideran el mundo como cosa baladí, digna de todo desprecio, y solamente amable para aquellos que no conocen sus engaños y miserias. Creemos por lo tanto que así Sta. Teresa como S. Agustín admiten los tres estados dichos en el alma antes de llegar á la perfección.

A estos tres estados corresponden tres vías por donde las almas se encaminan á Dios: la *purgativa*, que pertenece á los *principiantes*, y cuyo objeto es arrancar de su corazón los vicios y plantar las virtudes; la *iluminativa*, propia de los *proficientes*, que tiene por fin ilustrar el alma con las verdades eternas y fortalecerla con el ejercicio de obras piadosas; y la *unitiva* que tiende, como

(1) *Vida*, Cap. XIX. *IVX. qeD. mV* (1)

la misma palabra lo indica, á unir y juntar nuestro espíritu con Dios, mediante la perfecta caridad; y por ella caminan los *perfectos*. Veamos ya en qué obras y ejercicios deben ocuparse las almas que aspiran á llegar á la perfección.

CAPÍTULO IX.

Vida activa y contemplativa.

Dos son, según S. Agustín y Santa Teresa, los géneros de vida entre los cuales pueden elegir todos aquellos que suspiran por la unión con Dios. Denominanse estas vidas, *activa* y *contemplativa*: la *activa* consiste en el ejercicio de obras exteriores encaminadas, así al aprovechamiento propio, como al de los prójimos, pudiendo concretarse esas obras, ya á las puramente corporales, como asistir á los enfermos, socorrer á los pobres y ayudarlos en sus necesidades temporales, cual es propio de los *principiantes*; ya á las espirituales, como enseñar, confesar ó predicar, que es en

lo que deben ocuparse con preferencia los perfectos. La *contemplativa* tiene por objeto llegar al conocimiento y amor de Dios, por el continuo ejercicio de la lección, meditación y oración.

De la unión de estas dos, resulta otra que llaman *mixta*, la cual, como su nombre lo dice, abraza la *activa* y la *contemplativa*: no obstante, no puede decirse que sea distinta de ellas, porque, como escribe Sto. Tomás, «los medios resultan de la unión de los extremos, los cuales virtualmente se contienen en aquéllos, como lo frío y lo caliente se contiene en lo tibio, y lo blanco y negro en lo pálido. Y así como en toda mixtura predomina algún simple, así también en la *vida* compuesta de ambas, predomina, unas veces la activa, y otras la contemplativa» (1).

(1) «Media conficiuntur ex extremis: et ideo virtute continentur in eis, sicut tepidum in calido et frigido, et pallidum in albo et nigro. Et similiter sub activo et contemplativo comprehenditur id, quod est ex utroque compositum. Et tamen sicut in quolibet mixto prædominatur

De estos dos géneros de vida habla San Agustín, y dice que, salva la fe, puede cada uno abrazar el que más le convenga, y mediante él llegar á la consecución de los premios eternos; pero advirtiéndole que es necesario mirar á qué le inclina el amor de la verdad, y qué cargas le impone la caridad. Prosigue el Santo explicando el modo que ha de guardarse en el ejercicio de esas vidas, y dice: «No debe uno entregarse á la contemplación de manera que se olvide del prójimo, ni engolfarse tanto en la acción, que no busque la contemplación de Dios» (1).

aliquid simplicium, ita etiam in medio genere vitæ superabundat quandoque quidem contemplativum quandoque vero activum» (II.^a II.^m, quæst. CLXXIX, a. II, ad II.^{um}—Augustæ Taurinorum. MDLXXXI.)

(1) «Ex tribus vero illis vitæ generibus, otioso, actuoso, et ex utroque composito, quamvis, salva fide, quisque possit in quolibet eorum vitam ducere, et ad sempiterna præmia pervenire; interest tamen quid amore teneat veritatis, quid officio caritatis impendat. Nec sic quisque debet esse otiosus, ut in eodem otio

Estas dos *vidas* hállanse figuradas, según San Agustín, á quien después han seguido muchos Santos Padres y todos los autores místicos, en Marta y María (1), y también en las dos mujeres de Jacob, Lía y Raquel (2); pero las propiedades de una y otra las explica breve y admirablemente en su libro *de Consensu Evangelistarum* con estas palabras.

» Dos virtudes han sido dadas al alma
» humana, una *activa* y otra *contempla-*
» *tiva*: aquélla por la que se camina,
» ésta por la que se llega; aquélla traba-
» ja para limpiar el corazón y ver á Dios,
» ésta, libre de ocupaciones terrenales,
» ve á Dios; aquélla pone todo su conato
» en el ejercicio de las cosas de esta vida,
» ésta se entretiene en la doctrina de la

utilitatem non cogitet proximi; nec sic actuosus, ut contemplationem non requirat Dei.» (Lib. XIX *de Civitate Dei*, cap. XIX. Tom. IX.)

(1) *Serm. CCLV. in diebus paschalib.*, cap. VI.

(2) Lib. XXII *contra Faustum Manich.*, cap. LII.

»vida eterna. Por esta razón, aquélla
»trabaja, ésta descansa; porque aquélla
»se ocupa en la purgación de los peca-
»dos, y ésta se encuentra en la luz de
»los ya purificados. Así que, durante
»esta vida mortal, aquélla se contiene
»en el ejercicio de obras piadosas, mas
»esta se alimenta de la fe, y para algu-
»nos se cifra en ver á Dios como por
»espejo en oscuridad, y en ocasiones en
»alguna visión de la Verdad inconmu-
»table» (1).

(1) «Proinde cum duæ virtutes propositæ sint animæ humanæ, una activa, altera contemplativa, illa qua itur, ista qua pervenitur; illa qua laboratur, ut cor mundetur ad videndum Deum, ista qua vacatur et videtur Deus: illa est in præceptis exercendæ vitæ hujus temporalis, ista in doctrina vitæ illius sempiternæ. Ac per hoc illa operatur, ista requiescit: quia illa est in purgatione peccatorum, ista in lumine purgatorum. Ac per hoc in hac vita mortali illa est in opere bonæ conversationis; ista vero magis in fide, et apud perpaucos in speculum et in ænigmate, et ex parte in aliqua visione incommutabilis veritatis.» (Lib. I, cap. V. Tom. IV.

Con mayor amplitud expone estas mismas propiedades en los libros que escribió contra Fausto Maniqueo, haciendo ver como el objeto de los que abrazan cualquiera de esos dos géneros de vida, es llegar á la consecución de la sabiduría, la cual muchos pretenden obtener con sólo ejercitarse en los preceptos que dicen relación al amor del prójimo.

«Pero se equivocan, dice el Santo; »porque después de cumplir bien esos »preceptos (que él reduce á siete) y haber sufrido muchas tentaciones y trabajos, en vez de Raquel, se encontrarán con Lía. Para unirse con Raquel, necesitan servir otros siete años; »es decir, ser pobres de espíritu, mansos, »penitentes (*lugens*) hambrientos y sedientos de la justicia, misericordiosos, »limpios de corazón y pacíficos» (1).

(1) «Quam (doctrinam sapientiæ) plerique se adepturos et percepturos putant statim ut se in septem præceptis legis exercuerint, quæ sunt in dilectione proximi, ne cuiquam hominum noceatur, id est: Honora patrem et ma-

Prosigue luego explicando la necesidad que la vida *activa* tiene de la *contemplativa*; como los contemplativos, compadecidos de los trabajos en que se hallan los que siguen la vida activa, tratan de aficionarlos á cosas más altas y divinas, proponiéndoselas bajo formas corporales, porque de otro modo no las entenderían, ni sería fácil explicárselas, y como muchas veces se ven precisados á salir de su celestial reposo para dedi-

trem. Non mæchaberis. Non occides. Non furaberis. Non falsum testimonium dices. Non concupisces uxorem proximi. Non concupisces rem proximi: quibus quantum potuerit observatis, postea quam homini pro concupita et sperata pulcherrima delectatione doctrinæ, per tentationes varias, quasi per hujus sæculi noctem, tolerantia laboris adhæserit, velut pro Rachel Lia inopinata conjuncta sit; et hanc sustinet ut ad illam perveniat, si perseveranter amat, acceptis aliis septem præceptis; ac si dicatur ei: Servi alios septem annos pro Rachel, ut sis pauper spíritu, mitis, lugens, esuriens sitiensque justitiam, misericors, pacificus». (Lib. XXII, cap. LIII. Tom. X.)

carse al aprovechamiento espiritual de las almas (1).

Esta doctrina se encuentra también en Santa Teresa, y si es verdad que no nos da una definición estricta de lo que es vida activa y contemplativa, las menciona muchas veces, y por lo que nos dice podemos colegir que la idea que de ellas tenía, concuerda con la de San Agustín; puesto que la compara á Marta y María y les atribuye todos los caracteres que arriba quedan señalados.

Véase sino cómo se explica la Santa al decir á sus hijas que no todas sirven para la contemplación y que cada una debe seguir el camino por donde Dios la llevare, persuadidas de que llegarán á ser tan perfectas como las contemplativas: «Santa era, dice, Santa Marta, »aunque no la ponen, era contempla- »tiva. ¿Pues qué más pretendéis que »llegar á ser como esta bienaventurada »que mereció tener á Cristo nuestro

(1) Léanse los capítulos desde el LII hasta el LIX, donde el Santo expone todo esto con admirable claridad.

»Señor tantas veces en su casa y darle
»de comer y servirle y por ventura
»comer á su mesa y aun en su plato? Si
»entramas estuvieran como la Mada-
»lena, embebidas, no hubiera quien
»diera de comer al Huésped celestial.
»Pues pensad que es esta congregacion-
»cita la casa de Santa Marta, y que ha
»de haber de todo; y las que fueren lle-
»vadas por la vida activa no murmuren
»á las que mucho se embebiesen en la
»oración, porque por la mayor parte
»hace descuido de sí y de todo» (1). Y
enseñándolas en el libro de las *Funda-*
ciones, que el aprovechamiento del alma
no está en pensar mucho, sino en amar
mucho, y que para alcanzar esto es
preciso determinarse á obrar y padecer
por Dios, les dice: «Bien es verdad, que
»de el pensar lo que debemos al Señor
»y quién es y lo que somos (vida con-
»templativa) se viene á hacer un alma
»determinada, y que es gran mérito y
»para los principios muy conveniente;
»mas entiéndase cuando no hay por

(1) *Camino de Perfección*, c. XXVI.

»medio cosas que toquen en obediencia
»y aprovechamiento de los prójimos á
»que obligue la caridad, (vida activa)
»que en tales casos cualquiera de estas
»dos cosas que se ofrezcan, piden tiem-
»po para dejar el que nosotros tanto
»deseamos dar á Dios, que á nuestro
»parecer es estar á nuestras solas pen-
»sando en Él y regalándonos con los
»regalos que nos da». Refiere luego
algunos ejemplos de almas muy perfec-
tas que habían llegado á ese estado ocu-
pándose siempre en cosas de obediencia
y caridad, y dice con mucho donaire á
sus monjas. «Pues ea, hijas mías, no
»haya desconsuelo; mas cuando la obe-
»diencia os trajere empleadas en cosas
»exteriores, entended, que si es en la
»cocina, entre los pucheros anda el
»Señor, ayudándoos en lo interior y ex-
»terior» (1).

Como se ve, Santa Teresa era de pa-
recer que lo mismo puede llegarse á la
perfección por la vida activa, que por

(1) *Fundac.*, c. V.

la contemplativa, pero dando siempre la preferencia á ésta; mas al aconsejar á sus hijas el ejercicio de la vida activa, las exhorta á que procuren la contemplativa, sujetándose siempre á la voluntad de Dios, y disponiéndose á padecer mayores trabajos, pues aun cuando son grandes los regalos de los contemplativos, los necesitan mucho para soportar las grandes aflicciones que Dios les envía. «Creo, dice, que piensan los de la »vida activa, por un poquito que las »vean regaladas (á las contemplativas) »que no hay más que aquello. Pues yo »os digo, que por ventura un día de los »que pasan no lo pudiédeses sufrir..... »Mirá que digo que todas lo procuren, »pues no estamos aquí á otra cosa, y »no un año ó diez solos, porque no parezca lo dejáis de cobardes, y es bien »que el Señor entienda no queda por »vosotras..... Así que, hermanas, oración mental, y quien ésta no pudiese, »vocal y coloquios con Dios, como después diré; nunca lo deje las horas que »todas. No sabe cuando la llamará el »capitán y lo querrá dar más trabajo

»disfrazado con gusto» (1). En el mismo capítulo compara á las contemplativas con los alféreces que llevan en las batallas la bandera, dando á entender con esto, como ayudan en sus trabajos á las de la vida activa.

Es también doctrina de la Santa que no puede llegarse á la contemplación sin haber pasado antes por la acción, y que no se ha de ejercitar tanto en aquélla, que olvide ésta, sino que se ha de procurar anden juntas. «Creedme, »dice, que Marta y María han de andar »juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo y no le hacer »mal hospedaje, no le dando de comer. »¿Cómo se lo diera María, sentada »siempre á los piés, si su hermana no »le ayudara? Su manjar es que de todas »las maneras que pudiéremos lleguemos »almas para que se salven y siempre le alaben. Decirme heis dos cosas: »la una que dijo, que María habla escogido la mejor parte, y es que ya »había hecho el oficio de Marta, rega-

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXVIII.

«lindo al Señor, en lavarle los piés y «limpiarlos con sus cabellos» (1).

Medítese un poco la dóctrina que acabamos de exponer con las mismas palabras de la Santa, compárese con lo que dice San Agustín, y no podrá menos de verse entre ambos entera conformidad.

¿Y cuál de estas vidas es la mejor? Á esto contesta el Obispo de Hipona diciendo: «Que así como el alma es superior al cuerpo, y éste debe estarle «sujeto, así también la contemplación «es más excelente que la acción, y por «lo tanto, ésta debe obedecer á aqué- «lla» (2). Y no es distinto el parecer de

(1) *Morada VII, cap. IV.*

(2) «Proinde sicut anima corpori, ita ipsius animæ ratio cæteris ejus partibus, quas habent et bestię, naturæ lege præponitur: inque ipsa ratione, quæ partim contemplativa est, partim activa, proculdubio contemplatio præcellit. In hac enim et imago Dei est, qua per fidem ad speciem reformamur. Actio itaque rationalis contemplationi rationali debet obedire.» (Lib. XXII *contra Faustum Manich.*, cap. XXVII. Tom. X.)

nuestra Santa, según se colige de las palabras poco há trascritas.

Así como convienen en dar la preferencia á la vida contemplativa sobre la activa, así también están conformes en determinar cuál de ellas debe abrazarse, guardando siempre la regla prudencial de que ante todo se tenga presente la obediencia y los deberes que á cada uno impone su estado. Esto supuesto, dice San Agustín: «La caridad de la »verdad busca el ocio santo (la con- »templación): la necesidad de la ca- »ridad obliga á hacerse cargo de oficios »temporales (la acción.) Si nadie impone esta carga, es preferible ocuparse »en la investigación y contemplación »de la verdad; pero si se la imponen, debe aceptarse por la necesidad de la ca- »ridad: sin embargo, ni aun en este caso »ha de dejarse por completo el entrete- »nimiento y gusto de la verdad, para no »verse privado de aquella suavidad, ni »oprimido por esta necesidad» (1).

(1) «Quamobrem otium sanctum quærit caritas veritatis; negotium justum suscipit neces-

No es menos explícita Santa Teresa, cuando con palabras de grande encarecimiento hace ver á sus monjas los bienes que están encerrados en la obediencia, y cómo sujetándose á ella se alcanza la perfección con tanta facilidad, como estando siempre recogidas en su celda, vacando á Dios. «Aquí, hijas mías, les »dice, se ha de ver el amor, que no á los »rincones, sino en mitad de las ocasiones, »y créeme, que aunque haya más faltas, »y aun algunas pequeñas quiebras, que »sin comparación es mayor ganancia »nuestra. Miren que siempre hablo pre- »suponiendo andar en ellas por obe- »diencia y caridad, que á no haber esto »de por medio, siempre me resumo en »que es mejor la soledad; y aunque he-

sitas caritatis. Quam sarcinam, si nullus imponit, percipiendæ atque intuendæ vacandum est veritati: si autem imponitur suscipienda est, propter caritatis necessitatem; sed nec sic omni modo veritatis delectatio deserenda est, ne subtrahatur illa suavitas, et opprimat ista necessitas.» (*De Civitate Dei*, lib. XIX, cap. XIX. Tom. IX.)

»mos de desearla, aun andando en lo
»que digo, á la verdad este deseo, él
»anda continuo en las almas que de
»veras aman á Dios» (1).

CAPÍTULO X.

Doctrina acerca de la contemplación.

Todo cuanto hasta aquí llevamos escrito contiene la parte teórica de la vida espiritual, y aun cuando va enderezado á conducir al alma á la contemplación, mediante la cual se realiza la perfecta unión con Dios, no hemos expuesto todavía lo que sienten ambos santos de ella.

¿Qué es, pues, contemplación? San Agustín la define así: «una santa embriaguez por la que la mente enajenada de las cosas pasajeras de este mundo, ve la luz eterna de la sabiduría» (2).

(1) *Fundaciones*, cap. V.

(2) «Jam vero fulgere oculis ejus a vino, illa in corpore ejus membra cognoscunt, qui-

En esta breve definición están contenidas las propiedades que los autores místicos asignan á la contemplación. Mientras dura esta celestial embriaguez, el alma ve la verdad con una simplicidad y pureza inusitadas, porque los fantasmas de las cosas terrenas no pueden ofuscar los resplandores de aquella brillante luz que la inunda: admira las riquezas é ignorados tesoros de hermosura que en aquellos momentos se le descubren, y experimenta tan suaves y deliciosos consuelos, que le parece haber entrado ya en posesión de la eterna bienaventuranza. «¿Qué podré yo decir,» — exclama San Agustín, admirado de los regalos inefables que hace Dios al alma en este estado, — «¿qué podré yo decir de los gozos y deleites, de la serenidad y tranquilidad que el alma experimenta en la contemplación de la verdad? Dijéronlo, cuanto

mente el hombre ex

bus donatum est sancta quadam ebrietate alienatæ mentis ab infra labentibus temporalibus æternam lucem sapientiæ contueri.» (Lib. XII cont. Faust. Manich., cap. XLII. Tom. X.)

»creyeron necesario, ciertas almas grandes é incomparables, á quienes creemos se dió á gustar tanta dicha» (1).

Santa Teresa en las instrucciones que da á sus monjas para que tengan bien la oración, nos ha dejado una descripción de lo que es contemplación; y según los efectos que la asigna y lo que dice en varias ocasiones, así en su *Vida* como en las *Moradas*, conviene en todo con la definición del Santo Doctor. Para ella el contemplar no es otra cosa que «un ponerse el alma en paz, ú ponerla el Señor con su presencia, como hizo al justo Simeón, porque todas las potencias se sosiegan; entiende el alma por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que está ya junto cabe su Dios, que con poquito más, llegará á estar hecha una cosa con Él por unión. Es como un amortecimiento interior y exteriormente, que no querría el hombre exterior, digo el cuerpo... así que no

(1) Lib. *De quantit. animæ*, cap. XXXIII. Tom I.)

»se querría bullir, sino ya como quien
»ha llegado casi al fin del camino, des-
»cansa y siente grandísimo deleite en
»el cuerpo y grande satisfacción. Y el
»alma está tan contenta de sólo verse
»cabe la fuente, que aun sin beber, está
»ya harta. No parece hay más que de-
»sear: las potencias sosegadas que no
»querrían bullirse..... Vienen unas lá-
»grimas, sin pesadumbre, algunas ve-
»ces, y con mucha suavidad..... No pa-
»rece entonces que están en el mundo,
»ni lo querrían ver, ni oír sino á su Dios.
»No les da pena nada, ni parece se la
»ha de dar. En fin, lo que dura, con la
»satisfacción y deleite que se tiene, con
»razón pueden decirse que están en su
»reino» (1). Esto pasa en el principio
de la contemplación; porque Santa Te-
resa, como muy experimentada, va de-
clarando muy por menudo todo lo que
en ella sucede, y cuando la contempla-
ción llega á ser perfecta, entonces «fal-
»tan todas las potencias y se suspenden
»de manera que en ninguna manera,

(1) *Camino de perf.*, cap. LIII.

»como he dicho, se entiende que obran.
»Si estaba pensando en un paso, así
»se pierde de la memoria como si nunca
»ca la hubiera habido dél; si lee, en lo
»que leía, no hay acuerdo, ni parar; si
»rezar, tampoco... La voluntad debe es-
»tar bien ocupada en amar, mas no en-
»tiende cómo ama; el entendimiento,
»si entiende, no se entiende como en-
»tiende, al menos no puede compren-
»der nada de lo que entiende» (1).
Encuentra el alma en este estado
tanta suavidad, que está como em-
bebida y absorta, «y no sabe cómo
»ni por dónde le viene ese bien tan
»grande, aunque sí conoce que es el
»mayor que en la vida se puede gustar,
»aunque se junten juntos todos los de-
»leites y gustos del mundo» (2). En es-
tas palabras están contenidos todos los
caracteres de la contemplación, porque
según ellas el alma es elevada fuera de
los sentidos; ve y admira cosas tan re-
galadas, que la hacen quedar como «em-

(1) *Vida*, cap. XVIII.

(2) *Conceptos del amor de Dios*, cap. IV.

bebida,» y á la vez experimenta gozos tan suaves, «que no parece que está en »sí, sino con una manera de borrachez »divina que no sabe lo que quiere, ni »qué dice, ni qué pide.»

Aunque de la definición dada por S. Agustín síguense naturalmente estos efectos, no obstante, para que resalte más la conformidad de doctrina, queremos hablar aquí del éxtasis maravilloso que él y su santa madre tuvieron en Ostia, pues creemos que en la descripción admirable que de él hace el Santo Doctor, están comprendidos todos los efectos que causa la contemplación, según largamente los expone Santa Teresa en sus obras. «Acercándose, »dice el Santo, el día en que mi madre »había de salir de esta vida, el cual para vos, Señor, era tan sabido como para »nosotros ignorado, sucedió, sin duda »disponiéndolo Vos por los medios »investigables de vuestra providencia, »que mi madre y yo estuviésemos solos »y asomados á una ventana, desde donde se veía un jardín que había dentro »de la casa que habíamos tomado en la

»ciudad de Ostia, donde apartados del
»bullicio de las gentes pudiésemos des-
»cansar de las molestias de un largo
»viaje y disponernos para la navega-
»ción. Estando, pues, los dos solos, co-
»menzámos á hablar, y nos era dulcí-
»sima la conversación; porque *olvida-*
»*dos de todo lo pasado*, empleábamos
»nuestros discursos en la consideración
»de lo venidero. Buscábamos en la mis-
»ma verdad, que sois Vos, y que esta-
»bais presente, qué tal sería aquella
»vida eterna que han de gozar los san-
»tos, que consiste en una felicidad, que
»ni los ojos la vieron, ni los oídos la
»oyeron, ni el corazón humano es ca-
»paz de concebirla. Abriamos la boca
»de nuestro corazón hacia aquellos rau-
»dales soberanos que manan de la ina-
»gotable fuente de la vida, que está en
»Vos, para que rociados con sus aguas,
»según nuestra capacidad, pudiésemos
»de algún modo pensar una cosa tan
»sublime y elevada.

»Había llegado nuestra conversación
»á tales términos, que el mayor deleite
»de los sentidos corporales que pueda

»imaginarse, y en el mayor auge de
»luz y resplandor terreno que pueda
»concebirse, no solamente nos parecía
»indigno de poderse comparar, sino
»también de que le trajésemos á la me-
»moria, respecto de aquella delicia de
»la vida eterna; cuando elevándonos
»con más fervoroso afecto hacia esto
»mismo, fuimos corriendo sucesiva-
»mente por sus grados todas las cria-
»turas corporales, y hasta el mismo
»cielo, desde donde el sol, la luna, las
»estrellas envían á la tierra su luz y res-
»plandores. Subiamos todavía más; ya
»pensando interiormente en nuestras
»obras, ya comunicándose uno á otro
»nuestros pensamientos con palabras;
»ya admirándonos con la excelencia de
»vuestras criaturas: vinimos á tratar
»de nuestras almas, y de allí pasamos
»más adelante para llegar á tocar en
»aquella región de abundantes é inde-
»fectibles delicias, donde por toda la
»eternidad apacentáis á vuestros esco-
»gidos con el pábulo de la verdad infi-
»nita; donde es vida de todos los bien-
»aventurados, aquella misma Sabiduría,

»por la cual fueron hechas todas las
»cosas que al presente son, las que han
»sido, y las que serán, sin que ella haya
»sido hecha, porque es y será siempre
»lo que ha sido.

»En medio de nuestro coloquio,
»cuando más ansiosamente suspirába-
»mos por ella, llegámos á tocarla con
»todo el ímpetu y fuerza de nuestro
»espíritu, aunque repentina é instan-
»táneamente, y suspirando por aquella
»eternidad, dejándonos allí las primi-
»cias de nuestra alma, nos volvimos
»á nuestro común modo de hablar,
»donde la palabra suena para ser oída,
»y se comienza y se acaba. Pero ¿qué
»cosa hay semejante á nuestra Palabra,
»que es nuestro Dios y Señor, que sub-
»siste y permanece en sí mismo, y lejos
»de poder envejecerse, renueva todas
»las cosas?

»Decíamos pues; si cesara entera-
»mente la ruidosa inquietud que causan
»en un alma las impresiones del cuerpo;
»si no la conmovieran de modo alguno
»las especies que por la vista y los de-
»más sentidos corporales recibe de la

»tierra, de las aguas, de los cielos; si
»aún la misma alma no hablase consigo
»misma, y como olvidada de sí, no se
»detuviese á reflexionar sobre sí mis-
»ma; si no hablaran tampoco los sue-
»ños, ni las revelaciones imaginarias; si
»finalmente cesaran todas las locucio-
»nes que puede un alma percibir de las
»criaturas; por manera que ni le habla-
»ran con palabras de la lengua, ni por
»medio de signos ó de señas, ni de otro
»cualquier modo de hablar sucesivo y
»pasajero; sino que enmudeciese todo
»lo criado, después de haberle dicho lo
»que están siempre diciendo estas cosas
»criadas á todo el que quiere oirlas,
»esto es: No nos hemos hecho á nos-
»otras mismas, sin que nos hizo el que
»permanece y dura eternamente. Si
»dicho esto, callara enteramente todo
»lo criado, y guardando un silencio
»profundo todo el universo, como para
»atender y escuchar al que le crió, en-
»tonces hablase él solo á aquella alma,
»no por medio de las criaturas, sino
»por sí mismo, de modo que oyésemos
»su palabra, no de boca de hombre, ni

»de voz de ángeles, ni mediante algún
»ruido de las nubes, ni por símbolos y
»enigmas; sino por el mismo Criador
»que el alma ama en estas criaturas, le
»oyera hablar sin ellas, como ahora nos-
»otros mismos acabamos de experi-
»mentar en aquel feliz instante, en que
»nuestro espíritu subió tan alto, que
»rápidamente llegó á tocar nuestro
»pensamiento aquella sabiduría infini-
»ta que eternamente subsiste sobre
»todas las cosas: pues si este conoci-
»miento se continuara de modo que,
»apartados todos los demás, que son de
»esfera muy inferior, sólo sea este el que
»arrebate el alma, la posea toda y la in-
»troduzca donde esté rodeada y llena
»de gozos interiores; en el concepto de
»que la vida eterna sea tal, cual ha sido
»este momento de clara inteligencia
»que hemos tenido suspirando, ¿no
»sería todo esto lo que se le promete
»diciendo: entra en el gozo de tu Se-
»ñor?» (1).

(1) Conf., lib. IX, cap. X. Creemos excusado poner el texto latino, ya por ser demasiado

¡Con cuánta maestría y claridad nos dice ese corazón amante los castos deleites y gozos inefables de las almas á quienes Dios favorece con tan singulares mercedes! Compárese lo que aquí dice el Santo con lo que escribe Santa Teresa en varias ocasiones, tratando de lo mismo, y no podrá dudarse que uno y otro eran del mismo parecer acerca de la contemplación y de los maravillosos efectos que de ella provienen. Mucho más pudiéramos extendernos en esto; pero creemos oportuno pasar ya á decir algo de los grados por los cuales va el alma subiendo á ese estado.

extenso, ya también porque el libro de las Confesiones abunda.

CAPÍTULO XI.

Los cuatro primeros grados de San Agustín para alcanzar la sabiduría comparados con las cuatro primeras moradas de Santa Teresa.

No se encuentran en S. Agustín los grados para subir á la contemplación; pero si los que es preciso recorrer para alcanzar la sabiduría; y como ésta, en su sentir y modo de expresarse, no es otra cosa que el conocimiento y amor de lo que siempre es y persevera inmutable (1) y no un conocimiento cualquiera, sino de tal naturaleza que vea la verdad en sí misma, sin que los fantasmas de cosas corpóreas ofusquen su brillo, lo cual se concede á muy pocos

(1) «Non incongruenter intelligimus sapientiam in cognitione et dilectione ejus quod semper est atque incommutabiliter manet, quod Deus est.» (*Enarrat. in Psalm. CXXXV.*, num. VIII. Tom VI).

y por poco tiempo (1), no creemos des-
acertado decir que esos grados son los
que el alma debe recorrer para llegar á
ver Dios.

Si en ellos se reflexiona un poco y se
comparan con las *Moradas* de Santa
Teresa, se verá la admirable conformi-
dad que entre sí tienen, y no podrá
menos de convenirse en que cuanto la
ilustre carmelitana nos dice en esa
obra verdaderamente celestial, es como
un comentario de lo que el Obispo de
Hipona escribe en su obra *De Doctrina
christiana*. No queremos se nos crea en
nuestra palabra: vamos á transcribir lo
que ambos nos dicen, para que de ese
modo el lector juzgue por sí mismo.

«Ante todo,—habla S. Agustín,—es
»necesario que el temor de Dios nos dé
»á conocer su voluntad; y nos enseñe

(1) «Ad quas (æternas rerum rationes)
mentis acie pervenire paucorum est; et cum
pervenitur, quantum fieri potest, non in eis
manet ipse preventor, sed veluti acie ipsa re-
verberata repellitur, et fit rei non transitorie
transitoria cogitatio.» (*Lib. XII de Trinit.,*
cap. XIV. Tom. XI.)

»qué debemos amar ó aborrecer según
»ella. Preciso es que este temor suscite
»en nosotros el pensamiento de nues-
»tra fragilidad y de la muerte, el cual
»mortificando nuestros cuerpos, consi-
»ga clavar en el leño de la cruz todos
»los movimientos de la soberbia.» (1)
En estas pocas palabras está compendiada la primera morada de Santa Teresa. Para ella esta morada sólo consiste en el conocimiento propio, el cual se alcanza «considerando nuestra bajeza y la grandeza de Dios, nuestra suciedad y su limpieza.» Según esto, el primer grado necesario para la contemplación es la humildad; porque si el conocimiento propio es verdadero, tiene que ir acompañado de ella, sin la cual serían inútiles cuantos esfuerzos

(1) «Ante omnia igitur opus est Dei timore converti ad cognoscendam ejus voluntatem, quid nobis appetendum fugiendumque præcipiat. Timor autem iste, cogitationem de nostra mortalitate et de futura morte necesse est incutiat, et quasi clavatis carnibus omnes superbiæ motus signo crucis affigat. (*De Doctrina Christæ*. Lib. II., cap. VII. Tom. III.)

hiciéramos para conocer nuestra miseria y pequeñez. Y de hecho, á esto la reduce la Santa, pues después de varias explicaciones en las cuales siempre va haciendo hincapié en el conocimiento propio, aunque dando al mismo tiempo ciertas reglas para ejercitarse en él con provecho, dice: «Por eso digo, hijas, »que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí deprenderemos la verdadera humildad, y en sus santos, y en »noblecerse ha el entendimiento, como »he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde; que aunque »esta es la primera morada, es muy rica »y de tan gran precio que si se descabulla de las sabandijas de ella, no se »quedará sin pasar adelante» (1).

Si, pues, esta primera morada sólo consiste en fundarse bien en la humildad, se ve que, aunque con distintas palabras, intenta lo mismo que San Agustín; pues los efectos que éste atribuye al temor son dominar los ímpetus ó movimientos de la soberbia. Y esto se

(1) *Morada I.*, cap. II.

evidencia más y más, teniendo presente que la Santa dice de las almas que entran en esta morada, que estando aún embebidas en el mundo y engolfadas en sus contentos y desvanecidas en sus honras y pretensiones, fácilmente son vencidas (1); caracteres que sólo pueden convenir á los principiantes: es á saber, á los que acaban de salir del lodazal de sus culpas por el sincero arrepentimiento de ellas, que es precisamente lo que San Agustín dice en otra parte con estas palabras: «¿Quién es el humilde sino el que teme á Dios y mediante ese temor, quebranta su corazón con lágrimas de verdadera penitencia?» (2) Y en otra parte: «El temor de Dios conviene á los humildes, de quienes se dice: *bienaventurados los pobres de espíritu*, es decir, los no orgullosos, los no so-

(1) *Morada I.*, cap. II.

(2) «*Quis est autem humilis, nisi timens Deum, et eo timore conterens cor in lacrymis confessionis et pœnitentiæ.*» (*Serm. CCCXLVII. De Timore Dei I.*, cap. II. Tom. VIII.)

»berbios» (1). Dedúcese de estas palabras que para San Agustín, el primer grado consiste solamente en adquirir la humildad por medio del temor y el propio conocimiento.

Conseguido ya lo que se propone en ese primer grado, «es necesario, dice »San Agustín, *milesocere pietate*, hacerse »dócil por medio de la piedad, para no »contradecir á la divina Escritura, ya »se entienda, ya no, cuando reprueba »alguno de nuestros vicios, pareciéndo- »nos que nosotros podemos conocer y »mandar mejor (*quasi nos melius sapere, »meliusque præcipere possimus*); sino »antes pensar y creer que es incompa- »rablemente mejor y más verdadero lo »que allí está escrito, aún cuando se nos »oculte, que lo que nosotros podemos »comprender» (2). Y esa sumisión y

(1) «Timor Dei congruit humilibus, de quibus hic dicitur: *Beati pauperes spiritu*, id est non inflati, non superbi.» (*De Serm. Domini in mont.*, lib. I. c. IV. Tom. IV.)

(2) «Deinde mitescere opus est pietate, neque contradicere divinæ Scripturæ sive intellectæ, si aliqua nostra vitia percutit, sive non

obediencia no debe concretarse á la divina Escritura, sino extenderse á todo lo que abraza la «voluntad de Dios, »tanto en el orden y gobierno de las »criaturas, como cuando tuvieren lugar »sucesos contrarios á lo que quisiera la »del hombre, siendo entonces ocasión de »decir: No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú, ó Padre (*Mat. cap. XXVI. »v. 39*); porque bienaventurados los »mansos, pues ellos poseerán la tierra; »(*Id. V.*) no la tierra de los que mueren, sino aquella de la cual se ha dicho: Tú eres mi esperanza y mi porción en la tierra de los vivientes. »(*Psalms. CXLI-VI*)» (1).

intellectæ, quasi nos melius sapere, meliusque præcipere possimus; sed cogitare potius et credere id esse melius et verius quod ibi scriptum est, etiam si lateat, quam id quod nos per nosmetipsos capere possumus.» (*De Doctrin. Christ., cap. cit.*)

(1) «Ipsi sunt in convalle humiles, ipsi tremore, cor contritum et humiliatum sacrificant Deo; unde adscendunt ad pietatem, ut non resistant voluntati ejus, sive in sermonibus ejus, ubi non capiunt sensum ejus; sive in or-

Lo que con estas palabras intenta S. Agustín es, que el hombre, después de purificado de sus culpas, se conforme en todo con la voluntad divina, tomando por norma de sus acciones lo que le dicta la fe, y no los caprichos de su menguada razón. Para conseguir esto, debe sostener reñidos combates con su amor propio, y con el mundo y el demonio, que no cesarán de ponerle asechanzas para hacerle volver á su mala vida; pero si fortalecido con las verdades eternas, invoca los auxilios del cielo, es seguro que saldrá triunfante y con grandes adelantos en la virtud.

Santa Teresa coloca en la segunda morada á aquellas personas «que han

dine ejus et gubernatione creaturæ cum pleraque aliter accidunt, quam privata hominis voluntas exposcit; ibi quippe dicendum est, *verum non quod ego volo, sed quod tu vis, Pater. Beati enim mansueti, quoniam ipsi hæreditate possidebunt terram; non terram morientium, sed terram de qua dictum est: Spes mea es tu, portio mea in terra viventium.*»—Serm. de Timore Dei, cap. III. (CCCXLVII) Tom. VIII.

»ya comenzado á tener oración y entendido lo que les importa no quedar
»en las primeras moradas; mas no tienen determinación para dejar muchas
»veces de estar en ella; porque no dejan
»las ocasiones, que es harto peligro». (1)
Los que han llegado aquí tienen mayores trabajos que los primeros, ya porque entienden algo de las cosas de Dios y se ven por otra parte apegados á las del mundo, ya también porque «es más
»terrible la batería que aquí dan los
»demonios de mil maneras. Para no
»dejarse vencer de tantos enemigos
»necesitan ser varones y no de los que
»se echaban á beber de *buzos* cuando
»iban á la batalla, no me acuerdo con
»quién, sino que se determinen á pelear
»con todos los demonios y que no hay
»mejores armas que las de la cruz». Ayudan mucho para esto las luces de la razón bien dirigida, pues ella «les representa el engaño que todo esto vale
»nada en comparación de lo que pre-

(1) *Morada* II, cap. único.

«tenden» y á la memoria que les hace ver en lo que paran todas estas cosas, trayéndolas presente la muerte de los «que mucho gozaron estas cosas que »há visto». Pero su ayuda principal es la fe, «que les enseña cuál es lo que les »cumple;» y el error más lamentable apartarse de su dictamen, «creyendo »más lo que vemos, que lo que ella nos »dice» (1).

No creemos sea necesario insistir en demostrar la conformidad de doctrina entre lo que dice S. Agustín acerca del segundo grado para alcanzar la sabiduría, y lo que acabamos de transcribir de Santa Teresa; pues así como el Obispo de Hipona inculca tanto el rendir nuestro juicio á la fe, así también la esclarecida virgen abulense encarga con palabras de gran encarecimiento que se escuchen las voces de Dios y se sigan los dictámenes de la misma virtud.

Y no es esto todo: por fin S. Agustín concluye diciendo, que la piedad consiste en conformarse siempre con la

(1) *Morada* II, cap. único.

voluntad de Dios, y precisamente á esto van dirigidos todos los avisos de Santa Teresa en esta segunda morada. Después de haber exhortado á sus monjas á que no pretendan regalos mientras se hallaren en ellas, dice: «Parece-ros ha, que para los trabajos exterior-»res bien determinadas estáis, con que»os regale Dios en lo interior. Su Ma-»jestad sabe mejor lo que nos conviene;»no hay para qué le aconsejar lo que»nos ha de dar, que nos puede con ra-»zón decir que no sabemos lo que pedi-»mos. Toda la pretensión de quien co-»mienza oración (y no se os olvide esto,»que importa mucho,) ha de ser traba-»jar y determinarse y disponerse con»cuantas diligencias pueda á hacer su»voluntad conformar con la de Dios; y»(como diré después) estad muy ciertas,»que en esto consiste toda la mayor»perfección que puede alcanzar en el»camino espiritual. Quien más perfec-»tamente tuviere esto, más recibirá del»Señor y más adelante está en este ca-»mino; no penséis que hay aquí más»algarabías, ni cosas no sabidas y en-

»tendidas, que en esto consiste todo
»nuestro bien» (1).

No sabemos pueda encontrarse testi-
monio que tan bien cuadre con lo dicho
por S. Agustín. Tenemos, pues, que el
segundo grado de éste para llegar á la
sabiduría es idéntico á la morada se-
gunda de Sta. Teresa. Sigamos ade-
lante seguros de hallar la misma con-
formidad.

«Después de estos dos grados (temor
»y piedad) prosigue S. Agustín, se llega
»al tercero que es la ciencia, del cual
»voy á tratar.» Dice que en este grado
han de ocuparse con preferencia los es-
tudiosos de las divinas Escrituras,
quienes en sus estudios no deben pro-
ponerse otra cosa que hacer ver cómo
siempre en ella se encuentra inculcado
el amor de Dios y del prójimo, y luego
añade: «Es, pues, necesario que cada
»uno, leyendo los divinos libros, se co-
»nozca enredado en el amor de este si-
»glo, esto es, de las cosas temporales; y
»que está muy lejos de amar á Dios y al

(1) *Morada II, cap. único.*

»prójimo con la perfección que le pres-
»criben las Escrituras. Entonces el te-
»mor del juicio y la piedad, por la cual
»se ve precisado á amar y respetar la
»autoridad de los libros santos, le obli-
»gan á lamentarse de sí mismo; porque
»esta ciencia de buena esperanza no
»hace soberbio ni jactancioso al hom-
»bre, sino penitente y humilde, merced
»á lo cual, se hace acreedor con conti-
»nuas súplicas, al consuelo que le da la
»gracia, para que no le abrume la de-
»sesperación.» (1) Aclara esto en el *Ser-
món del temor de Dios* con estas pala-
bras: «La piedad les conducirá al grado
»de la ciencia, la cual les enseñará, no
»sólo á llorar los males de sus pasadas
»culpas, de las que deben estar ya lim-
»pios por la penitencia hecha en el pri-
»mer grado, sino también en cuánto pe-

(1) «Post istos duos gradus timoris atque pietatis ad tertium venit Scientiæ gradum, de quo nunc agere institui. Nam in eo se exercet omnis divinarum Scripturarum studiosus, nihil in eis aliud inventurus quam diligendum esse Deum propter Deum, et proximum prop-

»ligro se hallan mientras viven en esta
»mortalidad y alejados de Dios, aun
»cuando parezca que por todas partes
»les rodea la felicidad temporal.» (1)

ter Deum: et illum quidem ex toto corde, ex tota anima, ex tota mente diligere; proximum vero tanquam seipsum, id est, ut tota proximi, sicut etiam nostri dilectio referatur in Deum... Necesse est ergo, ut primo se quisque in Scripturis inveniatur amore hujus sæculi, hoc est, temporalium rerum implicatum, longe sejunctum esse a tanto amore Dei, et tanto amore proximi, quantum Scriptura ipsa præscribit. Tunc vero ille timor quo cogitat de judicio Dei, et illa pietas qua non potest nisi credere et cedere auctoritati sanctorum librorum, cogit eum seipsum lugere. Nam ista scientia bonæ spei hominem non se jactantem, sed lamentantem facit: quo affectu impetrat sedulis præcibus consolationem divini adjutorii ne desperatione frangatur.» (*De Doctrina Christ.*, cap. cit.)

(1) «Ab ista quippe pietate merebuntur scientiæ gradum, ut noverint non solum mala præteritorum peccatorum suorum de quibus in primo gradu poenitiæ dolore fleverunt, sed etiam in quo malo sint hujus mortalitatis et peregrinationis a Domino, etiam cum felicitas

Las almas que han llegado á este grado, hállanse según S. Agustín, envueltas todavía en cosas temporales, y aun cuando viven con bastante honestidad, necesitan estar muy sobre aviso para no dejarse sorprender por los desarreglados afectos de su corazón; por eso han de ejercitarse en hacer penitencia de sus pasadas culpas y en fortalecerse con buenas obras, para que los peligros de esta vida no vuelvan á sumergirlas en las desventuras de que misericordiosamente están ya libres. Su principal ocupación ha de ser aumentar el amor de Dios y del prójimo, para que ese fuego celestial les purifique de todos los afectos terrenos, y no permita sean dominados por el espíritu de la soberbia. Esto es lo que naturalmente se desprende de la doctrina contenida en las palabras de S. Agustín arriba citadas.

«Para Sta. Teresa, las almas que entran en las terceras moradas, son muy deseosas de no ofender á su Majestad,

sæcularis arridet.» (Serm. CCCXLVII. *De timore Dei*, cap. III. Tom. VIII.)

»aun de los pecados veniales se guar-
»dan, y de hacer penitencia amigas, sus
»horas de recogimiento, gastan bien el
»tiempo, ejercitanse en obras de caridad
»con los prójimos, muy concertadas en
»su hablar y vestir y gobierno de casa,
»las que lo tienen» (1). Al ver esas almas
tan ajustadas, se creería que ya el peso
de nuestra mortalidad no las oprime;
pero la Santa encuentra en ellas mu-
chas imperfecciones. Una de las más
frecuentes es el apego á las cosas mun-
danas; para explicarnos esto, nos recuer-
da el ejemplo del joven del Evangelio,
que deseoso de la perfección, preguntó
á Jesucristo qué debía hacer para con-
seguirla; mas al oír que tenía que des-
prenderse de todas sus riquezas, distri-
buyéndolas entre los pobres, se entriste-
ció, y llorando se apartó del divino
Maestro. «Desde que comencé, dice, á
»hablar en estas moradas, le traigo de-
»lante, porque somos así al pié de la
»letra», (2) con lo cual, aunque muy

(1) *Morada* III, cap. I.

(2) *Ib.*

«arrebuñado,» nos da á conocer el flaco principal; flaco del que deben procurar verse libres, si han de pasar á otras moradas.

Otro de los defectos más comunes en ellas es la tenacidad de juicio, persuadiéndose que en todo obran con rectitud, resultando de aquí que no se aquieten con los consejos de otros, sino que siempre quieran que se obre según su parecer, cosa que traía á la Sta. «tonta y temerosa harto.» Descúbrese en esto la soberbia, que ocultándose con apariencia de virtud, pues á cara descubierta no se atreviera con almas por otra parte tan virtuosas y concertadas, pone grandes impedimentos en el camino de la perfección. Para esto no encuentra otro remedio la Santa que «ejecutar las virtudes y rendir nuestra voluntad á la de Dios en todo, »y que el concierto de nuestra vida »sea lo que su Majestad ordenare de »ella y no queramos nosotras que haga nuestra voluntad, sino la suya. »Ya que no hayamos llegado aquí, »como he dicho, humildad, que es

»el unguento de nuestras heridas.» (1)

Con esas disposiciones tan poco á propósito para la perfección se ven con frecuencia en hartas sequedades, inquietándose y turbándose interiormente por ellas; lo que les impide mucho el aprovechamiento espiritual por parecerles imposible pasar adelante. La humildad y el amor de Dios son los remedios de que deben valerse para no desanimarse. Si esto hacen y no se desalientan, entrarán en el cuarto grado.

Consiste éste en la fortaleza, y los que llegan á él, dice S. Agustín, «tienen hambre y sed de justicia, con lo cual rompen los lazos en que les tenían aprisionados los deleites mortiferos de los bienes terrenos, y apartándose de ellos, convierten su amor á los eternos, amando á la inmutable Trinidad y Unidad» (2). «Mediante la for-

(1) *Morada* III, cap. II.

(2) «Quo affectu impetrat sedulis præcibus consolationem divini adjutorii, ne desperatione frangatur, et esse incipit in quarto gradu, hoc est, fortitudinis, quo esuritur et sititur justi-

»taleza, están crucificados para el mun-
»do y el mundo lo está para ellos, y la
»perversidad de esta vida y la abun-
»dancia de iniquidades, no consiguen
»refriar su caridad, sino con denuedo
»toleran el hambre y sed de justicia
»que los devora hasta que logren har-
»tarse de ella en la inmortalidad de los
»santos y en compañía de los ánge-
»les (1).»

Vense aquí las almas muy combati-
das y padecen hartos trabajos, aunque
el Señor suela premiarlas con las dul-

tia. Hoc enim affectu ab omni mortifera ju-
cunditate rerum transeuntium sese extrahit, et
inde se avertens, convertit ad dilectionem
æternorum, incommutabilem scilicet unitatem
eandemque trinitatem». (*De Doctrin. Christ.*,
cap. cit.)

(1) «Inde assurgunt ad fortitudinem, ut
mundus eis crucifigatur, et ipsi mundo, ut in
hujus vitæ perversitate et abundantia iniquita-
tis caritas non refrigescat, sed toleretur fames
sitisque justitiæ, donec ad ejus saturitatem ve-
niatur in illa immortalitate sanctorum et socie-
tate Angelorum». (*Serm. CCCXLVII de Timor.*
Dei, cap. III. Tom. VIII.)

zuras de una oración muy elevada, según lo explica Santa Teresa. Como en este estado procuran con grande ánimo apartarse de los goces mundanales y sensibles, es grande el empeño que pone el demonio en su ruina, y por eso les es tan necesaria la virtud de la fortaleza, con la cual, como nacida del amor, fácilmente desprecian los mentidos halagos de acá abajo, venciendo cuantas dificultades se les opongan á la consecución del objeto amado (1). Las luces que aquí reciben son más puras, y por tanto es mayor el conocimiento de sí mismas y de la vanidad de todo lo mundano, cosa que les ayuda no poco para no detenerse en el camino emprendido. «Cuanto más, dice S. Agustín, se dilata el alma en la hermosura eterna, con tanto mayor ardor procura apartarse y purificarse de las inmundicias, ataviándose de todo linaje de virtudes y fortaleciéndose contra todo aquello que intente separarla de

(1) S. Aug. lib. 1.º *De moribus Ecclesiæ*, c. XV.

»sus buenos propósitos... En esta gene-
»rosa lucha, padece el alma no peque-
»ñas contradicciones por parte del
»mundo y sus concupiscencias.....; sin
»embargo con la ayuda de Dios consi-
»gue vencerlas y llevar á cabo la ardua
»y difícil empresa de su purgación» (1).
Tal es el estado de las almas que llegan
á este cuarto grado, según el sentir de
S. Agustín.

En la cuarta morada va exponiendo
Santa Teresa la oración que llama de

(1) «Et inde quo magis se delectat (de pul-
critudine), eo magis sese abstrahere a sordibus,
totamque emaculare ac mundissimam reddere
et castissimam: roborare se adversus omnia,
quæ a sententia dimovere moliuntur, audet..
In hoc tan præclaro actu animæ inest adhuc
labor, et contra hujus mundi molestias atque
blanditias magnus acerrimusque conflictus...
Tanta est tamen anima, ut etiam hoc ponit
adjuvante sane justitia summi et veri Dei, qua
hæc universitas sustentatur et regitur... Cui
sese in opere tan difficili mundationis suæ ad-
juvandam et perficiendam piissime tutissime-
que committit.» (Lib. *De quantitate animæ*,
cap. XXXIII, num. 73. Tom. I.)

recogimiento, cómo se adquiere, qué efectos produce y qué inconvenientes puede traer si no se guarda en ella la discreción y prudencia que se debe. En ella se ejercitan las almas que han entrado ya en esta morada, las cuales «no
» están tan atadas á las cosas del mundo,
» ni temen hacer penitencia, ni perder
» la salud, porque les parece que todo lo
» podrán en Dios. El temor, prosigue la
» Santa, que solían tener á los trabajos,
» ya va más templado, porque está más
» viva la fe y *entienden* que si los pasan
» por Dios, su Majestad les dará gracia
» para que los sufran con paciencia, y
» aun algunas veces los desean, porque
» queda también una buena voluntad
» de hacer algo por Dios. Como *van* más
» conociendo su grandeza, tiénense ya
» por más miserables: como han proba-
» do ya los gustos de Dios, ven que es
» una basura lo del mundo; vanse apar-
» tando de ellos, y *son* más *señoras* de sí
» para hacerlo» (1).

(1) *Morada IV.*, cap. III.

¿Quién no conoce en estas palabras el estado de las almas que acaba de describirnos San Agustín? Pero no se crea que dejan de correr peligro y padecer trabajos: los padecen y muy grandes, «porque pone el demonio mucho más »por un alma de estas, que por muy »muchas á quienes el Señor no haga »estas mercedes»: son muy combatidas, y por eso avisa la Santa con mucho encarecimiento á quien se viere en este estado «que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender á Dios, porque aquí no está aún el »alma criada sino como un niño que »comienza á mamar, que si se aparta »de los pechos de su madre, ¿qué se »puede esperar de él sino la muerte?» (1) Aunque la Santa no nos dice que sea necesaria la fortaleza para superar todos esos contratiempos á que se han de ver expuestas, dedúcese naturalmente de los empeñados combates que han de sostener, que no para otra cosa sirve esa virtud, sino para vencer los obstá-

(1) *Morada IV.*, cap. III.

culos que se nos presentan en el camino de la vida espiritual, en el sentido, por lo menos, en que lo toma San Agustín. Vese por lo dicho que también en este cuarto grado está conforme Santa Teresa con el Santo Doctor.

CAPÍTULO XII.

Prosigue la comparación entre el quinto y sexto grado de S. Agustín para alcanzar la sabiduría y la quinta y sexta morada de Santa Teresa.

Los grados restantes son en sentir de Santa Teresa, casi los mismos, y sólo se diferencian en que los favores que Dios hace á las almas, son mayores ó menores: no obstante, como estos favores, aunque inmerecidos, se dispensan según la limpieza del corazón y conforme á las disposiciones en que se encuentra el que los recibe, de aquí que la Santa misma prefiera ocuparse en ellos aparte, ya para mayor claridad de las altísimas y oculti-

simas cosas que trata, ya también para poder dar reglas proporcionadas y avisos saludables á los que se encuentren en esos distintos grados. Con mucha extensión, pero no por eso con menor claridad, va explicando la Santa en las moradas restantes la oración de unión, las diferentes clases de ésta, cómo se ha de conocer, si ha habido ó no verdadera unión con Dios: lo que son raptos, éxtasis y visiones, la distinta manera de verificarse, lo que son hablas interiores, qué sea desposorio y matrimonio espiritual, con otras cosas muy delicadas que pasan por las almas á quienes Dios ha escogido para recrearse en ellas y hacer ostentación de sus bondades y misericordias.

San Agustín, aunque habla de estas cosas en distintos lugares de sus obras, no lo hace con la detención que Santa Teresa, ni tampoco con esa precisión y minuciosidad que admiramos en los escritos de la ilustre Reformadora, quien como muy experimentada, no haría más que contarnos lo que pasaba por sí misma. El Santo Doctor,

si bien tenía noticia de ellas, pues ha sido uno de los santos más favorecidos con éxtasis y visiones (en lo cual tienen entre sí mucho parecido) no creyó oportuno detenerse á describirlas, máxime cuando ocupaciones muy sagradas y sobremanera importantes, le dejaban apenas tiempo para el cumplimiento de sus más urgentes deberes. Por esta razón y por no contar con tiempo, ni con la ciencia necesaria para hacerlo, como es debido, omitiremos formar el paralelo entre la doctrina de ambos en muchos de estos puntos, concretándonos á hacerlo respecto de las disposiciones en que han de encontrarse las almas para recibir esos regalos extraordinarios, diciendo también algo, aunque poco, de los éxtasis y visiones.

Esforzándose, pues, el alma, para libertarse de los deleites mundanos, y deseando poner todo su amor en los eternos, «descubre, dice San Agustín, »allá como á lo lejos, la Unidad y Trinidad inconmutables y conociendo que »sus ojos son aún débiles para mirar de

»hito en hito esa luz deslumbradora,
»entra en el quinto grado, esto es, en el
»consejo de la misericordia, donde pro-
»cura limpiar su alma de las manchas
»contraídas por el tumulto que en ella
»levantan los apetitos inferiores. Ejer-
»cítase aquí con gran diligencia en el
»amor del prójimo y se perfecciona en
»él, robusteciéndose más y cobrando
»alientos para pasar adelante» (1). Este
ejercicio de amor del prójimo consiste
principalmente «en perdonar las ofen-
»sas que nos hicieren, como nosotros
»queremos nos perdonen nuestras fal-
»tas, y en ayudarlos á conseguir su úl-
»timo fin, ya que nosotros deseamos
»ser ayudados por una fuerza superior

(1) Quam (unitatem et Trinitatem) ubi
adspexerit, quantum potest, in longinqua ra-
diantem, sui que adspetus infirmitate sustine-
re se illam lucem non posse persenserit, in
quinto gradu, hoc est, in Consilio misericor-
diæ purgat animam tumultuantem quodam-
modo atque obstrepentem sibi de appetitu in-
feriorum conceptis cordibus. Hic vero se in
dilectione proximi gnaviter exercet, in eaque
perficitur. De Doctrin. Christ. cap. cit.

»para vernos libres de las miserias y
»bajezas que nos rodean, según lo ex-
»plica el mismo en otra parte» (1).

Compréndese desde luego, que el alma en este quinto grado desea la quietud y sosiego de sus apetitos para poder contemplar esa hermosura increada, que ha vislumbrado á lo lejos y que de tal manera la ha enamorado que, á trueque de estrecharla y unirse con ella, está resuelta á sufrir las mayores pruebas y á despojarse de cuanto le sirva de impedimento para conseguirlo. La noticia de esa hermosura que ha visto in *longinqua radiantem*,

(1) Quinto autem gradu, perseverantibus in labore datur evadendí consilium; quia nisi quisque adjuvetur a superiore, nullo modo sibi est idoneus ut sese tantis miseriarum implicamentis expediat... Consilium congruit misericordibus: hoc enim unum remedium est de tantis malis evadendi, ut dimittamus, sicut nobis dimitti volumus; et adjuvemus in quo possumus alios, sicut nos in quo non possumus cupimus adjuvari. Lib. I. de Serm. Domini in monte cap. III et IV. Tom. IV.

no ha podido venirle más que por alguna elevación sobrenatural de su entendimiento, y así nos lo hacen creer los efectos que en ella deja; pues ese continuo trabajar por el sosiego de los apetitos, ese acendrado amor hacia el prójimo, esa esperanza tan robusta y constante, son precisamente caracteres que, según Santa Teresa, distinguen á las almas á quienes Dios ha elevado ya á la oración de unión. Pero el distintivo especial de estas almas es el amor de Dios y del prójimo, de los cuales el primero les causa un hastío de todo lo criado que en nada pueden hallar reposo, y por eso tratan de aquietar el ruido y tumulto de sus apetitos, los cuales viéndose privados de los objetos que les son propios, no tienen un punto de apoyo donde descansar; y el segundo produce en ellos honda pena al ver cuantas almas se pierden naciendo de aquí la diligencia y cuidado que ponen en el adelantamiento espiritual de las almas. Parécenos que esta es la explicación más apropiada de las palabras de San Agustín.

Por lo que toca á Santa Teresa, ya hemos hecho notar las delicadas materias que en esta morada trata y la claridad con que expone los movimientos más secretos producidos por la gracia en el alma que llega á este estado; pero lo que más hace á nuestro propósito es, según el dicho de la Santa, aquel embobamiento en que Dios pone al alma «para imprimir mejor en ella» la verdadera sabiduría, y aquel fijarse «Dios á sí mismo en su interior de manera que cuando torna en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en «Dios y Dios con ella,» (1) pues tiene muchas analogías con aquel ver la unidad y Trinidad inconmutables *in longinqua radiantem*, de que nos habla San Agustín. En lo que parece no están conformes es en que la Santa dice, «que por agudas que sean las lagartijas, es decir, los apetitos inferiores, no pueden entrar en esta morada; porque ni hay imaginación, ni memoria, ni entendimiento que pueda

(1) Morada V. cap. I.

»impedir este bien» (1) y San Agustín habla del ruido y tumulto de esos apetitos. Creemos que esta contradicción es solo aparente, pues para Santa Teresa esa paz y sosiego del alma tiénense tan solo mientras dura la unión, que suele ser muy corta; mas terminada esta, la graciosa mariposita, que ha salido del capuchillo que tejió á fuerza de trabajos para despojarse de su amor propio y desasirse de las cosas de la tierra con obras de penitencia, oración mortificaciones y obediencia; anda tan desasogada é inquieta, «que es cosa »para alabar á Dios, y es que no sabe »á donde posar y hacer su asiento, que »como le ha tenido tal, todo lo que ve »en la tierra le descontenta» (2), y éste es en nuestro juicio el tumulto y ruido á que alude San Agustín, pues una vez que el alma ha visto el lugar de su descanso, no puede estar tranquila, mientras no entre en él; pero como, sino la ayudan á entrar, ella por sus

(1) Morada V. cap. I.

(2) Id. cap. II.

propias fuerzas nada puede hacer, de aquí que ande turbada é inquieta.

Confirmase esto por la señal que da el Santo Doctor para conocer si se ha llegado á este grado, la cual consiste en el amor de Dios y del prójimo, según se deduce de las palabras arriba trascritas, con lo que está enteramente conforme Santa Teresa, pues dice que todos los efectos de esta morada han de ir encaminados á hacer de nuestra voluntad y de la de Dios, una sola, de manera que no queramos más que lo que Dios quiere, lo cual sólo se alcanza cumpliendo bien con los preceptos de amor de Dios y del prójimo (1). Y así como San Agustín dice, que en llegando á este estado, ocúpase el alma con gran diligencia en el aprovechamiento del prójimo, así Santa Teresa asegura que, con las mercedes que aquí recibe, siente grande pena de ver las muchas almas que se pierden (2) y queda con grandes deseos de ayudar-

(1) Morada V cap. III.

(2) Id. cap. II.

las, gozándose mucho en que vayan adelantando en la virtud (1).

Somos, pues, de parecer que el quinto grado expuesto por el Doctor africano para alcanzar la sabiduría, en nada difiere de la quinta morada de la ilustre Reformadora del Carmelo.

Hemos advertido ya, que para Santa Teresa la quinta, sexta y séptima morada, eran una misma cosa, y que sólo se diferencian por la grandeza de las mercedes que Dios hace á las almas, según el mayor ó menor grado de pureza de éstas. Otro tanto podemos observar respecto de S. Agustín, pues, aunque es verdad que nos habla de la limpieza del corazón para contemplar con mayor intensidad la hermosura increada, que se vislumbró ya en el quinto grado, es más bien como de una cosa accidental y que se presupone ya adquirida, que como del ejercicio propio en que ha de ocuparse el alma en el sexto grado. Por esta razón se detiene á describir en él, más bien los efectos

(1) Id. cap. III.

que deja en el alma la vista clara y gustosa de la luz infinita, que las obras en que ha de ejercitarse para hacerse acreedora á esa visión: en que le imita Santa Teresa refiriéndonos muy minuciosamente los singulares favores que se hacen á las almas que entran en estas moradas, presuponiendo siempre la perfección que en las anteriores hayan adquirido. Veamos, pues, la doctrina de S. Agustín referente á este sexto grado.

» «Cuando lleno ya (el hombre) de esperanza y fortaleza llegare hasta á amar á
» sus enemigos, entra en el sexto grado,
» donde purifica su corazón, que es el
» ojo con que puede verse á Dios cuanto
» es posible le vean aquellas almas que
» hacen cuanto pueden por morir á este
» mundo. Porque en tanto le ven, en
» cuanto mueren á este siglo y en tanto
» dejan de verle, en cuanto viven conformes con sus máximas mundanas.
» Y por tanto aunque ya la imagen de
» aquella luz (de la Unidad y Trinidad)
» comience á manifestarse, no sólo como
» más cierta y soportable, sino también

»como más gustosa, se ve aún por es-
»pejo en oscuridad (I. ad Corinth. XIII,
»12.), porque durante nuestra peregrina-
»ción sobre la tierra andamos más
»bien por fe que por visión (II. ad Co-
»rinth. V, 7.), aunque nuestra morada
»esté en los cielos (ad Philip. III, 20.), y
»en este grado de tal modo purifica los
»ojos del corazón, que ni al prójimo
»prefiere ó compara con la verdad, ni
»aun consigo mismo puesto que no la
»prefiere ó compara con aquel á quien
»ama como á sí mismo. Será, pues, este
»Santo, de corazón tan puro y sencillo,
»que ni el deseo de agradar á los hom-
»bres, ni el temor de verse envuelto en
»cualquier género de males con que
»se tropieza en esta vida, le aparten
»de la verdad (1).» Clara y brevemente

(1) Et spe jam plenus atque integer viri-
bus, cum pervenerit usque ad inimici dilec-
tionem, ascendit in sextum gradum, ubi jam
ipsum oculum purgat, quo videri Deus potest,
quantum potest ab iis, qui huic sæculo mori-
untur, quantum possunt. Nam in tantum
vident, in quantum moriuntur huic sæculo;

nos explica esto mismo en otro lugar diciendo: «Al sexto grado corresponde »la limpieza del corazón, adquirida con »el ejercicio de buenas obras, y poderosa para remontarse á contemplar »aquel sumo bien, al que solo puede »mirar con entendimiento puro y sereno.» Y más adelante: «El entendimiento conviene á los limpios de corazón, por el cual, como con ojos

in quantum autem huic vivunt, non vident. Et ideo quamvis jam certior, et non solum tolerabilior, sed etiam jocundior species lucis illius incipiat apparere; in ænigmate adhuc tamen et per speculum videri dicitur, quia magis per fidem quam per speciem ambulatur, cum in hac vita peregrinamur, quamvis conversationem habeamus in cœlis. In hoc autem gradu ita purgat oculum cordis, ut veritati ne ipsum quidem præferat aut conferat proximum, ergo nec seipsum, quia nec illum quem diligit sicut seipsum. Erit ergo iste sanctus tam simplici corde atque mundato, ut neque hominibus placendi studio detorqueatur a vero, nec respectu devitandorum quorumlibet incommodorum, quæ adversantur huic vitæ. Lib. de doctrin. christ. cap. cit.

«limpios, puede verse lo que jamás vie-
»ron ojos corpóreos, ni oído oyó, ni
»pasó nunca por el corazón del hom-
»bre. (I. ad Corinth. II. 9.) (1)»

Clarísimas son las palabras del santo Doctor, y figúrasenos que todo comentario es inútil, pues sin ambages ni rodeos nos dice, que aquí el alma ve y contempla la verdad eterna, si no con la pureza y claridad que será vista en la bienaventuranza, si de tal suerte, que pueda decirse con verdad, que su trato y conversación está en los cielos. Tan altas y subidas son las cosas que aquí se manifiestan al alma, que todo lo de este mundo lo reputa polvo y lodo, causándole sumo disgusto tener

(1) Sexto gradu est cordis munditia, de bona conscientia bonorum operum valens ad contemplandum summum illud bonum, quod solo puro et sereno intellectu cerni potest..... Intellectus congruit mundis corde, tamquam purgato oculo, quo cerni possit, quod corporeus oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis adscendit. Lib de Serm. Domini ni monte cap. III et IV. Tom. IV.

que ocuparse en ello; porque sus más vivos deseos son morir ya á este mundo y vivir en Cristo. No pueden explicarse con palabras las dulzuras inefables, los goces y júbilos intensos que experimenta al contemplar claramente aquella luz purísima que la envuelve, rodea y penetra, en comparación de la cual, la luz del sol es oscuridad y tinieblas. Sumergida y anegada en el océano de los resplandores eternos, ve cosas que no es lícito decir á los mortales; contempla maravillas que la dejan atónita y confusa, y descubre celestiales secretos, que escondidos á los ojos de la carne, tiene Dios reservados para premiar en su reino á los que de verdad le aman.

Son frecuentes los éxtasis, visiones y raptos; comunicase el Señor por medio de ellos al alma, enséñale cosas que por sí misma jamás hubiera aprendido, manifiéstale la grandeza y hermosura de sus perfecciones; arrebatála hacia sí con una violencia tan dulce y á la vez tan penosa, que es imposible describir; úne-la consigo tan fuerte y apretadamente,

que podemos asegurar se realiza entonces el desposorio espiritual, entregándose el alma toda en manos de Dios y enriqueciéndola éste con tales virtudes y perfecciones, que llena de amor exclama con la esposa de los cantares: Yo toda para mi amado, y mi amado para mí (1). Piérdese aquí el afecto á todas las cosas sensibles, adquiérese un conocimiento profundo de la grandeza de Dios y de la propia bajeza, deshácese toda el alma en ardentísimos suspiros, consúmese en llamas del más puro amor, y revístese de tanta fortaleza, que ni el mundo, ni el demonio, ni la carne, ni los trabajos y contratiempos todos de la vida son capaces de separarla de ese sumo bien cuya dulzura ha gustado y con quien ha tenido la dicha de unirse, mediante los suavísimos y fuertes lazos de la caridad.

No puede lengua humana dar á entender las castas delicias y amorosos regalos con que Dios premia los esfuer-

(1) *Dilectus meus mihi et ego illi.* Cant. Cant. cap. VI. v. 2.

zos hechos para adquirir la pureza del corazón; pero desde luego se comprende que son superiores á cuanto podemos imaginar. San Agustín no nos explica esto minuciosamente; mas á nadie se ocultará lo que sin grandes esfuerzos se deduce de sus palabras. Porque ¿qué significan aquel mirar de hito en hito la luz clara y deleitosa de la Unidad y Trinidad; aquel contemplar el sumo bien; aquel ver lo que jamás ojo vió, ni oído oyó, ni pasó por el corazón humano; aquella preferencia que hace de la verdad sobre todas las cosas, y aquel desprecio de todo por no separarse de ella? Para nosotros es ciertísimo que en esas brevísimas palabras se encuentra cuanto hemos dicho y mucho más que pudiéramos decir.

Pudiéramos prescindir de exponer lo que Sta. Teresa dice de la sexta morada, porque lo dicho, comentando las palabras de San Agustín, es un breve compendio de la doctrina de la mística Doctora; mas para que resalte más la perfecta conformidad que existe entre ambos, queremos tomarnos la molestia

de poner á la vista de nuestros lectores algunos párrafos de la Santa. Empieza diciendo, que en esta morada «queda ya el alma herida del amor del Esposo y no procura más lugar que estar sola y quitar todo lo que conforme á su estado la pueda estorbar de esta soledad» (1); con lo cual quiere darnos á entender que por gozar más á sus anchas de la vista amorosa de Dios, se aparta del bullicio de las cosas temporales y del ejercicio de la vida activa, que es la misma doctrina que indica San Agustín, al decirnos que ni al prójimo, ni á sí mismo prefiere ó compara con la verdad, cuya hermosura tan gravada ha quedado en su corazón.

Pasa luego á contar los trabajos interiores y exteriores que tiene que padecer antes de llegar á la sétima morada, así por parte de las personas amigas y con quienes trata, como por las enfermedades, desconsuelos y artes del demonio, asegurándonos ser tan insufribles que «si se conociesen ántes, sería

(1) Morada VI cap. I.

»dificultoso determinarse la flaqueza
»natural á pasarlos por bienes que se
»les presentasen.» No obstante, aunque
es mucho lo que padece, no por eso se
acobarda y desmaya, «antes se fortale-
ce,» sabiendo por experiencia «la gran
»ganancia que le viene por este camino,
»y como la siente claramente, toma un
»amor particular muy tierno» á aque-
llas que más la hacen sufrir, «parecién-
»dole son más amigas, y que le dan más
»á ganar que las que dicen bien» (1).
¿Qué otra cosa dice San Agustín, al en-
señarnos que las almas puestas en este
grado aman á sus enemigos y son de
corazón tan puro y sencillo que ni el
deseo de agradar á los hombres, ni los
contratiempos todos de la vida huma-
na pueden separarles de la verdad?

Prosigue en los capítulos siguientes
explicando las delicadas maneras que
tiene Dios de causar en las almas las
hablas interiores, los arrobamientos,
éxtasis ó raptos, los vuelos del espíritu,
las visiones así imaginarias como inte-

(1). Morada VI cap. I.

lectuales y otras mercedes extraordinarias, manifestando el modo de realizarse los efectos que producen, las señales que hay para conocer si son de Dios ó de la imaginación, ó del demonio, y el estado en que se encuentra el alma mientras duran tan singulares favores.

Aunque Dios, como dueño absoluto de sus tesoros, puede distribuirlos á quien quiere y como quiera, sin necesidad de disposición alguna por parte de aquellos que los han de recibir, sin embargo, ordinariamente sólo se conceden á los que se hallan dispuestos. Por esa razón las almas á quienes se hayan de comunicar las mercedes dichas, deben, según San Agustín, haber muerto á este mundo, perdiendo el afecto á todos sus deleites y regalos; y esta misma disposición exige en ellas Santa Teresa, cuando después de describir los grandes bienes que en los éxtasis y raptos se muestran al alma, termina exhortando á sus monjas á que se desprendan de todo lo que tiene sabor de mundo, para poder gozar de tanta misericordia. «¡Oh, hermanas mías! les dice, que no es nada

»lo que dejamos, ni es nada cuanto ha-
»cemos, ni cuanto pudiéramos hacer
»por un Dios que así se quiere comu-
»nicar á un gusano. Y si tenemos espe-
»ranza de aun en esta vida gozar de este
»bien ¿qué hacemos? ¿En qué nos dete-
»nemos? ¿Qué es bastante para que un
»momento dejemos de buscar á este
»Señor, como lo hacía la Esposa, por
»barrios y plazas? ¡Oh que es burlería
»todo lo del mundo, si no nos llega y
»ayuda á esto, aunque duraran para
»siempre sus deleites y riquezas y go-
»zos, cuantos se pudieran imaginar!
»¡que es todo asco y basura, compara-
»do á estos tesoros que se han de go-
»zar sin fin! Ni aun estos no son nada
»en comparación de tener por nuestro
»al Señor de todos los tesoros del cielo
»y de la tierra. Oh ceguedad humana,
»hasta cuando, hasta cuando se quitará
»á esta tierra de nuestros ojos? (1)

En esta misma morada, expone la Santa una doctrina muy importante para los contemplativos, con la cual no

(1) Morada VI. cap. IV.

todos estaban conformes en su tiempo; doctrina que ella defiende y sostiene con tan poderosas razones que ningún lugar dejan á la duda. Decían algunos, que las almas puestas en este estado no debían ocuparse en meditar los misterios de la sacratísima Humanidad de Jesucristo, ni la vida de la Sma. Virgen ó de los santos, porque estas cosas, como corporales, les servirían de impedimento para la contemplación, y por tanto que su único ejercicio había de ser el amor.

No opinaba así Sta. Teresa: creía por el contrario que la meditación de esos misterios era provechosísima para las almas, y tan convencida estaba de la verdad de esta doctrina, que llega á decir, «que aunque le han contradecido, nunca le harían confesar que es buen camino,» más aún, «que nadie le haría entender, sea cuan espiritual quisiere, irá bien por aquí» (1). Esta seguridad de la Santa estaba fundada en la propia experiencia, pues empe-

(1) Morada VI. cap. VII.

zando á exponer su doctrina, dice: «Ya
»puede ser que me engañe y que diga-
»mos todos una cosa; mas ví yo que me
»quería engañar el demonio por ahí,
»y así estoy tan escarmentada, que
»pienso, aunque lo haya dicho muchas
»veces, deciroslo otra vez aquí, porque
»vais en esto con mucha advertencia; y
»mirá que oso decir, que no creais á
»quien os dijere otra cosa» (1).

Las razones que aduce para compro-
bar su parecer, son á todas luces con-
vincentes. Fúndase primero en que
vivir «apartados de todo lo corpóreo y
»siempre abrasados en amor es para
»espíritus angélicos, que no para los
»que vivimos en cuerpo mortal, que es
»menester trate, piense, y se acompañe
»de los que teniéndole, hicieron tan
»grandes hazañas por Dios,» de donde
deduce que «apartarse de industria de
»todo nuestro bien, que es la sacrati-
»sima humanidad de nuestro Señor
»Jesucristo» no puede en manera algu-

(1) Morada VI. cap. VII., véase también
la *Vida*, cap. XXII.

na ser provechoso, sino perjudicial, asegurando que las almas que así lo hagan, no entrarán en las dos moradas últimas (1). La segunda razón que alega es que Jesucristo dice de sí que es camino y luz, y que no puede ninguno ir al Padre, sino por Él, y quien me ve á mi ve á mi Padre, por consiguiente, perdida la guía y errado el camino, difícil es llegar con bien al término del viaje.

Pónese la objeción de que tal vez alguno diga que se da otro sentido á estas palabras, á lo cual contesta: «Yo »no sé otros sentidos; con éste que »siempre siente mi alma ser verdad, me »ha ido muy bien». Confirma todo esto, explicando cómo muchas veces el alma, aunque haya llegado á la perfecta contemplación, y quiera ocuparse siempre en el amor, «le será imposible, y necesitará ser ayudada del entendimiento »para encender la voluntad; porque »aunque la voluntad no esté muerta, »está mortecino el fuego que la suele

(1) Morada VI. cap. VII.

»quemar y es menester quien le sople
»para echar calor de sí. ¿Sería bueno
»que estuviese el alma con esta seque-
»dad, esperando fuego del cielo que
»quemase, este sacrificio que está ha-
»ciendo de sí á Dios, como hizo nuestro
»Padre Elías? No por cierto, ni es bien
»esperar milagros.» Como consecuen-
cia de esta doctrina, concluye diciendo:
«Ansi que, cuando no haya encendido
»el fuego que queda dicho en la volun-
»tad, ni se siente la presencia de Dios,
»es menester que la busquemos, que
»esto quiere su Magestad, como lo ha-
»cía la Esposa en los *Cantares* y pregun-
»temos á las criaturas quién las hizo,
»como dice S. Agustín, creo en sus me-
»ditaciones ó Confesiones, y no nos es-
»temos bobas, perdiendo el tiempo en
»esperar lo que una vez se nos dió» (1).

Esta doctrina que después de Santa Teresa ha sido aceptada por todos los místicos, se encuentra expresa en San Agustín, y parece que la Santa tuvo presentes sus palabras al sostenerla

(1) Morada VI. cap. VII.

con tanta seguridad. Explicando el Santo Doctor aquellas de Jesucristo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Joann. XIV. 6.) dice que los filósofos paganos no llegaron á la posesión de la Verdad, porque no siguieron el camino que conduce á ella. Este camino es Jesucristo, lo que expone él con estas palabras: «El Hijo de Dios, tomando nuestra
»naturaleza, se ha constituido en cami-
»no; síguele y llegarás á Dios: por él
»marchas y hacia él te diriges: no bus-
»ques fuera de él otra senda para llegar
»á Dios, porque si no hubiera querido
»ser nuestro camino, siempre andarí-
»mos extraviados» (1). Es pues para San Agustín cosa indudable que Jesucristo ha de ser siempre nuestra senda,

(1) Filius Dei qui semper in Patre verita et vita est, assumendo hominem factus est vias. Ambula per hominem et pervenis ad Deum. Per ipsum vadis, ad ipsum vadis. Noli quærere qua ad illum venias, præter ipsum. Si enim via esse ipse noluisset, semper erraremus. Serm. CXLI. de verb. Evang. Johan. cap. III. num. IV. Tom. VII.

si hemos de acertar con la verdad; y como precisamente el objeto principal de los contemplativos es unirse y estrecharse con Dios, verdad suma, de aquí que necesiten, según el Santo Doctor, no separarse de Jesucristo, máxime cuando Él, no solo es camino, sino también el término del viaje. Por esta razón reprende duramente á los que en cierto sentido andan bien pero fuera del camino, y concluye con esta terrible sentencia: *Melius est in via claudicare, quam præter viam fortiter ambulare* (1). Concuerta, pues, admirablemente la doctrina de la Santa, con la que brevemente, pero con suma claridad y precisión, expone el más sabio de los Padres de la Iglesia.

(1) Ibid. id. id.

CAPÍTULO XIII.

Doctrina de S. Agustín y Santa Teresa acerca de los éxtasis y visiones.

Ya que en esta morada se extiende Santa Teresa en describir los singulares favores que Dios hace al alma, parecénos oportuno cumplir aquí la palabra empeñada, deteniéndonos á decir algo, aunque sea á vuela-pluma, de los éxtasis y visiones. Adviértase ante todo que para la santa escritora, éxtasis, raptos, arrobamientos, suspensión y vuelo de espíritu, son una misma cosa, distinguiéndose tan sólo por la distinta manera de verificarse (1).

¿Qué es pués éxtasis? S. Agustín le define: *Excessus et alienatio mentis* (2). Definición genérica que comprende así los que provienen de causas meramente naturales, ó *præternaturales*, como los

(1) Véanse el cap. XX de la *vida*, la Relación VIII dirigida al P. Rodrigo Álvarez y los capítulos IV y V de la Morada VI.

(2) Enarratio 1.^a in Psalm. XXX, num 1.

que reconocen por causa la infinita misericordia de Dios, que quiere comunicarse con sus criaturas; porque es de advertir que hay tres clases de éxtasis: unos que se originan de las impresiones que hieren vivamente nuestra imaginación; otros que causa el demonio, trasfigurándose en ángel de luz, y por fin, los que provienen de la gracia divina. De todos estos habla S. Agustín largamente en el libro XII. *De Genesi ad Litteram*, si bien se ocupa principalmente en exponer las visiones y sus causas. Concretándonos á los éxtasis que reconocen por causa la omnipotente mano de Dios, encontramos en los escritos del Santo Doctor una definición que sólo á ellos cuadra, y en la cual están contenidas las condiciones que se exigen para el verdadero éxtasis, pudiendo por ellas venir en conocimiento de si lo son ó no los demás.

Consisten estos éxtasis en «una enajenación de la mente de los sentidos. »del cuerpo, causada por el espíritu de »Dios que invade el del hombre para que »se ocupe en ver ciertas imágenes que

«se le presentan» (1). Según esta definición, para que haya verdadero éxtasis, es necesario que el alma pierda por completo el uso de los sentidos, y ésta es una de las señales para distinguirlos de los meramente naturales; pues en éstos nunca hay una pérdida tal de ellos, sino un mero aturdimiento que los incapacita para su perfecto ejercicio, según puede deducirse de lo que nos refiere el mismo San Agustín del sacerdote Restituto, quien en medio de sus éxtasis, oía cuando se hablaba alto como un murmullo producido por voces lejanas (2). No basta esta señal para conocer los que causa el demonio; pero al hablar de las visiones tendremos ocasión de manifestarlas.

Santa Teresa no define lo que son éxtasis; mas por las descripciones que

(1) «Mentis alienatio a sensibus corporis, ut spiritus hominis divino spiritu assumptus capiendis atque intuendis imaginibus vacet.» (Lib. II. *de divers. quæst. ad Simplic. quæst. 1.º* num. I. Tom. XI.)

(2) Lib. XIV. *de Civitate Dei*, cap. XXIV.

de ellos nos hace, puede conocerse su manera de sentir. Dice que en los *arrobamientos* «parece no anima el alma en el cuerpo; y así se siente muy sentido, faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite» (1). Ya en otra parte asegura que sacan al alma de sus sentidos, «porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran Majestad (de Dios), no era posible por ventura quedar con vida» (2). Reconoce también los éxtasis que vienen de la flaqueza de la imaginación, á los que llama con mucho donaire *abobamientos*, y los que puede causar el demonio; y para discernir unos de otros, da reglas muy acertadas, entre otras, la anteriormente notada. Vese, pues, que no discrepan los dos santos en cuanto á la idea que tenían de los éxtasis.

Encontrándose el alma en este estado, es cuando suelen tener lugar las visiones, si bien no siempre; pues, aun es-

(1) *Vida*, cap. XX.

(2) *Morada VI*, cap. IV.

tando en el perfecto uso de los sentidos, se las comunica el Señor. Se vale Dios de ellos para manifestarle cosas secretas ó regalarla con dulzuras celestiales; y de las mismas se aprovecha el demonio (como mono que es de Dios, según dicho del Santo) para engañarla y seducirla; justo es por lo tanto, que nos detengamos á examinar en qué consisten y de cuántos modos pueden verificarse. Para San Agustín, visión no es otra cosa «que la potencia visiva informada por el objeto que la hiere» (1). Hay tres clases de visiones, según el mismo Santo: corporal, espiritual é intelectual. La corporal es la que comprende la definición dada, pues á las demás, en tanto se aplica en cuanto tienen algún parecido con ella. La espiritual consiste en la representación de los objetos bajo formas sensibles, y la intelectual es aquella que se realiza en la men-

(1) «Ipsaque visio quid aliud, quam sensus ex ea re quæ sensitur informatus apparet?» (Lib. XI *De Trinitate*, cap. II. Tom. XI.)

te sin representación alguna de objetos corpóreos (1).

Estas mismas clases de visiones admite Sta. Teresa, con la diferencia de que á la que llama S. Agustín espiritual, denomina ella imaginaria. Que en el modo de explicarlas esté enteramente conforme con el Sto. Doctor, no cabrá la menor duda á los que, aunque ligeramente, hayan hojeado sus obras. Visión intelectual, según se expresa al declararnos un favor singular que le hizo Dios un día de S. Pedro, no es más que una representación de las cosas al alma, por medio de una noticia tan clara como el sol, «sin que se vea sol, ni claridad, »sino una luz que, sin ver luz, alumbra »el entendimiento, para que goce el alma »tan gran bien.» (2)

Describenos también la imaginaria, de la cual dice que es más conforme á nuestro natural, y que se verifica mos-

(1) Véase el cap. VI y siguientes *De Genesi ad litt.*, lib. XII., donde se encontrará esto explicado largamente.

(2) *Vida*, cap. XXVII, y *Morada VI*, cap. VIII.

trando «el Señor claramente su sacra-
»tísima humanidad, de la manera que
»quiere, si como andaba en el mundo,
»ó después de resucitado, y aunque es
»con tanta presteza, que lo pudiéramos
»comparar a un relámpago, queda tan
»esculpida en la imaginación esta ima-
»gen gloriosísima, que tengo por impo-
»sible quitarse de ella..... Aunque digo
»imagen, entiéndese que no es pintada
»al parecer de quien la ve, si no verda-
»deramente viva, y algunas veces está
»hablando con el alma y aun mostrán-
»dola grandes secretos.» (1) Desde luego
se comprende lo que la Santa quiere
indicar con estas palabras, y aunque no
nos define qué sea visión intelectual é
imaginaria, no por eso es menos claro
que su doctrina conviene en todo con
la de S. Agustín.

Las reglas para discernir cuándo son
causadas por el demonio y cuándo pro-
vienen de Dios son varias. Téngase pre-

(1) Morada VI, cap. IX. Véase también la
Vida, cap. XXVIII.

sente que el demonio puede muy poco en las visiones intelectuales; porque como éstas se realizan en lo más interior del alma, y los sentidos no ejercen imperio alguno sobre los actos puramente espirituales, no tiene medios para contrahacerlas; al contrario, en las imaginarias es grande su poder, y por eso es muy difícil distinguir cuándo vienen del espíritu bueno ó del malo. La regla que para esto da S. Agustín se reduce á reflexionar sobre si las imágenes representadas tienen alguna significación de cosas útiles ó convenientes, ó no: en el primer caso, deben reputarse de Dios; en el segundo, ó de la imaginación ó del demonio, y por tanto ningún caso ha de hacerse de ellas (1).

(1) «Non sane mirum est si et dæmonium habentes aliquando vera dicunt, quæ absunt a præsentium sensibus; quod certe nescio quæ occulta mixtura ejusdem spiritus sit, ut tamquam unus sit patientis atque vexantis. Cum autem spiritus bonus in hæc visa humanum spiritum assumit, aut rapit, nullo modo illas imagines signa rerum aliarum esse dubitan-

Esta regla comprende otras varias que asignan los místicos, cuales son: atender á si las cosas representadas se enderezan al aprovechamiento espiritual del alma ó á su ruina; si se oponen á alguna verdad de fe ó evidentemente conocida, ó están en todo conformes con ella; si lo que se representa es alguna cosa frívola ó vana ó de gran interés é importancia: en el primer caso, son indudablemente del demonio ó de la fantasía; pero no se sigue que sean de Dios, aun cuando tengan los caracteres designados, porque sabido es que el demonio se trasfigura en ángel de luz, y con objeto de engañar más fácilmente á los hombres, puede empezar por cosas enteramente conformes á la fe y buenas costumbres para concluir por doctrinas erróneas y nocivas, como sucede en nuestros días con el *espiritismo*. Por esta razón dice S. Agustín que en estas ocasiones es necesario ese don

dum est, et earum quæ nosse utile est: Deí enim munus est.» (Lib. XII. *de Genes. ad litt.* cap. XIII, num. 28. Tom. III.)

especial de Dios, á que llama S. Pablo, *discernimiento de spiritus*, asegurando que el que le tenga conocerá á primera vista la causa de donde proceden (1).

Santa Teresa, además de esas mismas reglas que dejamos indicadas, pone otras varias, como la certidumbre grande que se tiene de ser Dios, la paz y quietud que causan en el alma y la determinación firmísima de ejercitarse con nuevo fervor en las cosas del espíritu; pero a pesar de todas estas señales, tiene por la más segura el juicio de un confesor sabio y experimentado, y á poder ser, dotado de discernimiento de es-

(1) «Discretio sane difficillima est, cum spiritus malignus quasi tranquillus agit, ac sine aliqua vexatione corporis assumpto humano spiritu dicit quod potest; quando etiam vera dicit et utilia prædicat, transfigurans se, sicut scriptum est, velut Angelum lucis, ad hoc ut cum illi in manifestis bonis creditum fuerit seducat ad sua. Hunc discerni non arbitror, nisi dono illo, de quo ait Apostolus, cum diversis Dei muneribus loqueretur, Alii dijudicatio spirituum» (Ibid. id.)

piritus (1). Advierte una cosa que es muy de notar, y que puede servir de gran provecho á las almas que tengan esas visiones, y es, que no se acobarden ni turben por pensar si son ó no de Dios; pues aunque sean del demonio, con tal que ellas tengan humildad y traten de agradar más y más al Señor, no les resultará daño alguno, antes por donde el demonio procuraba su mal, les vendrá no pequeña ganancia (2); en lo que conviene también S. Agustín, diciendo: «Cuando resultare ser estas visiones cosa »muy distinta de lo que se creía cuando »se tenían, no debe causarnos pena, si »en ello no ha habido infidelidad ú ob- »servancia vana y sacrilega. Por lo tanto, »cuando engaña el diablo con visiones »corporales, nada perjudica el que nues- »tros ojos se ilusionen, si no se yerra en »la fe, y por otra parte se sujeta todo á »Dios. Y si en alguna ocasión consigue »ilusionar al alma mediante alguna vi- »sión espiritual, haciéndola creer que

(1) Morada VI, cap. IX, y vida, cap. XXVIII.

(2) Ibid.

«es cuerpo lo que no lo es, no por eso
«falta, mientras no preste asenso á la
«perniciosa tentación» (1). Las señales
que uno y otro dan para conocer la
causa de las visiones pueden servir tam-
bién para discernir la de los éxtasis,
máxime cuando aquéllas tienen lugar
encontrándose el alma en este estado.
No se crea por esto que sólo se tienen
visiones durante los éxtasis: muchas
veces las concede Dios estando el alma
en el perfecto ejercicio de sus sentidos,
aunque es verdad que en estos casos
suelen ser visiones corpóreas ó imagi-

(1) «Hæc (*visa*) quando aliter inventa fuerint
quam putata sunt, cum viderentur, non nos
pœnitent ita nobis fuisse visa, si non arguatur,
vel infidelitas dura, vel opinatio vana sive sa-
cristica. Quapropter et cum visis corporalibus
diabolus fallit, nihil obest quod ludificantur
oculi, si non erratur in veritate fidei, et intelli-
gentiæ sanitate, qua docet Deus subjectos sibi.
Aut si ludificet animam spirituali visione ima-
ginibus corporum, ut putet corpus esse quod
non est, non aliquid obest animæ, si perniciosæ
suasioni non consentiat.» (Lib. XII de Genes. ad
litt., cap. XIV. num. 30.)

narias, pues las intelectuales rarísima vez se tienen sin la pérdida de aquéllos.

Hemos dicho ya que en las visiones intelectuales apenas puede tomar parte el demonio, y puede asegurarse que, si son verdaderamente tales, jamás conseguirá introducirse en ellas: por eso afirma San Agustín, que aun cuando en las demás pueda haber engaño, en éstas nunca sucederá; «porque ó el alma entiende y es verdad lo que entiende, ó si no es verdad, no entiende; de donde se sigue, que una cosa es errar en aquello que ve, y otra muy distinta errar porque no se ve (1).» Esto mismo afirma Santa Teresa, cuando nos dice que á su parecer «es donde el demonio se puede entremeter menos», y da por razón la paz y quietud que hay en las potencias y sentidos (2). Es más expresa,

(1) «At vero in illis intellectualibus visis non fallitur (anima): aut enim intelligit, et verum est; aut si verum non est, non intelligit; unde aliud est in iis errare quæ videt; aliud ideo errare quia non videt.» (Lib. XII de *Genes. ad litt.*, cap. XXV.)

(2) *Vida*, cap. XXVII.

si cabe, en las *Moradas*, donde hablando de los efectos de estas visiones, dice que «queda el alma tan asida de Dios y tan »ocupado su pensamiento en Él, que hace »mucho rabia al demonio, y aunque in- »tentase alguna vez poner engaño, como »sale perdiendo, no es fácil torne à ha- »cerlo;» además, añade, «es Dios tan fiel »que no permitirá darle tanta mano con »alma que no pretende otra cosa sino »agradar à su Majestad.» (1)

Algo hemos dicho, al exponer el sexto grado para la contemplación, de los regalos y dulzuras que Dios hace al alma: veamos ahora los que amorosamente le comunica en las visiones intelectuales. «Cuando el alma, dice el Obispo de Hi- »pona, es arrebatada, no sólo de los sen- »tidos del cuerpo sino también de toda »imagen sensible, para ser introducida »en aquella como región de las cosas »inteligibles, donde sin semejanza cor- »pórea se ve la verdad de tal manera »que no la ofusquen las nieblas de fal- »sas opiniones, sus potencias, no traba-

(1) Morada VI, cap. IX.

»jan (*non sunt operosæ ac laboriosæ.*)
»Porque ya no se refrena la concupis-
»cencia con la templanza, ni se toleran
»las cosas adversas por la fortaleza, ni
»se castigan las obras inicuas por la jus-
»ticia, ni se evitan los males mediante
»la prudencia; sino que allí toda la vir-
»tud del alma se emplea en amar lo que
»ve, y su mayor felicidad es tener lo
»que ama. Allí gusta la vida bienaven-
»turada en su origen, y participa algún
»tanto de ella en esta vida mortal, de
»tal modo que pueda vivir templada,
»fuerte, justa y santamente en medio de
»las tentaciones de este mundo. Por al-
»canzar aquel bien, en cuya posesión se
»hallará descanso verdadero y la visión
»inefable de la verdad, se toma el tra-
»bajo de abstenerse de los deleites, de
»sufrir las adversidades, de socorrer á
»los pobres y de resistir á los que tra-
»tan de seducirla. Vese allí la claridad
»de Dios, no por alguna visión signifi-
»cativa, ya corporal, como se mostró en
»el Sinaí, ya espiritual, como la vieron
»Isaías y San Juan en el Apocalipsis;
»sino por especie, no por enigmas, en

»el modo de que sea capaz la mente hu-
»mana, fortalecida y ayudada de la
»gracia, de tal manera que Dios hable
»cara á cara á aquel que hiciere digno
»de tal coloquio, y esto no con palabras
»córporneas, sino mentales.» (1)

(1) «Porro autem si quemadmodum raptus est a sensibus corporis, ut esset in istis similitudinibus corporum, quæ spiritu videntur, ita et ab ipsis rapiatur, ut in illam quasi regionem intellectualium vel intelligibilium subvehatur, ubi sine ulla corporis similitudine perspicua veritas cernitur, nullis opinionum falsarum nebulis obfuscat, ubi virtutes animæ non sunt operosæ ac laboriosæ. Neque enim opere temperantiæ libido frenatur, aut opere fortitudinis tolerantur adversa, aut opere justitiæ iniqua puniuntur, aut opere prudentiæ mala devitantur. Una ibi et tota virtus est amare quod videas, et summa felicitas habere quod amas. Ibi enim beata vita in fonte suo vivitur, inde aspergitur aliquid huic humanæ vitæ, ut in tentationibus hujus sæculi temperanter, fortiter, juste prudenterque vivatur. Propter illud quippe adipiscendum, ubi segura quies erit et inefabilis visio veritatis, labor suscipitur, et continendi a voluptate, et sustinendi adversitates, et subeundi indigentibus, et resistendi de-

No son distintos los que atribuye á esta visión Santa Teresa: pues al poner Dios en ella al alma, quiere que entienda sin imagen ni forma de palabras grandes verdades y misterios. «Aquí, »dice la Santa, todo lo halla guisa- »do y comido, no hay más que hacer »que gozar; como uno que sin depren- »der, ni haber trabajado nada para sa- »ber leer, ni tampoco hubiese estudiado »nada, hallase toda la ciencia sabida ya »en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues »aún nunca había trabajado, aun para »deprender a, b, c. Esta comparación »postrera me declara algo de este don »celestial, porque se ve el alma en un »punto sabia y tan declarado el miste-

cientibus. Ibi videtur charitas Domini, non per visionem significantem, sive corporalem, sicut visa est in monte Sina, sive spiritualem, sicut vidit Isaias vel Joanes in Apocalipsi, sed per speciem, non per ænigmata, quantum ea capere mens humana potest, secundum adsummentis Dei gratiam, ut os ad os loquatur ei, quem dignum tali Deus colloquio fecerit, non os corporis, sed mentis.» (Lib. XII de Genes. ad litt., cap. XXVI.)

»rio de la Santísima Trinidad y de otras
»cosas muy subidas, que no hay teólogo
»go con quien no se atreviese á dispu-
»tar la verdad de estas grandezas. Qué-
»dase tan espantada que basta una
»merced de éstas para trocar toda un
»alma y hacerla no amar cosa, sino á
»quien ve que sin trabajo ninguno suyo
»la hace capaz de tan grandes bienes, y
»le comunica secretos, y trata con ella
»con tanta amistad y amor que no se
»sufre escribir... No puedo decir lo que
»siente cuando el Señor la da á enten-
»der secretos y grandezas suyas, el
»deleite tan sobre cuantos acá se pue-
»den entender, que bien con razón hace
»aborrecer los deleites de la vida, que
»son basura todos juntos. Es asco traer-
»los á ninguna comparación aquí, aun-
»que sea para gozarlos sin fin» (1).

Después de leer estas palabras parécenos innecesario detenernos á hacer ver la conformidad con las de S. Agustín, pues es tan clara que salta á los ojos. ¡Dichosas las almas á quienes Dios

(1) *Vida*, cap. XXVII.

hace estas mercedes! ¡Bienaventurados los corazones que por su pureza merecen ser introducidos en esa región de luz y contemplar de hito en hito la verdad eterna é increada!

Pasemos ya á exponer la doctrina del sétimo y último grado.

CAPÍTULO XIV.

Doctrina del último grado de S. Agustín para llegar á la sabiduría y de la última morada de Santa Teresa.



Adornado el hombre de las virtudes y perfecciones que en el grado anterior quedan dichas, llega, dice el ilustre Obispo de Hipona, «al sétimo y último, que es la Sabiduría, de la cual goza tranquilo y sosegado; porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y desde él hasta la sabiduría se camina y llega por estos grados.» (1) No

(1) Talis filius adscendit ad Sapientiam, quæ ultima et septima est, qua pacatus tranquillisque perfruitur. Initium enim sapien-

nos explica aquí sel etado de las almas, una vez colocadas en este sétimo grado pero lo hace á maravilla en otra parte diciendo: «La sabiduría, es decir, la »contemplación de la verdad pacifica todo el hombre y le asemeja á Dios» (1); y más adelante: «Conviene la sabiduría á » los pacíficos en los cuales están ya todas las cosas bien ordenadas y ningún » movimiento es rebelde á la razón sino » que todo obedece al espíritu del hombre, puesto que él obedece á Dios» (2).

Compréndese desde luego lo que el Santo Doctor quiere dar á entender con

tiæ timor domini. Ab illo enim usque ad ipsam per hos gradus tenditur, et venitur. Lib. II. de *Doctrin. Christ.*, cap. VII, núm. 11.

(1) Postremo est septima ipsa sapientia, id est, contemplatio veritatis, pacificans totum hominem, et suscipiens similitudinem Dei. Lib. I de *Serm. Domini in monte* cap. III. Tom. IV.

(2) Sapientia congruit pacificis, in quibus jam ordinata sunt omnia, nullusque motus adversus rationem rebellis est, sed cuncta obtemperant spiritui hominis, cum et ipse obtemperet Deo. *Ibid.* cap. IV.

estas palabras; porque esa paz y castigo, esa semejanza de Dios, ese orden y concierto en todas sus cosas y esa obediencia y sujeción á la voluntad divina, son indicios bien claros de que el hombre ha llegado al último grado de perfección que es posible adquirir en esta vida. Sin embargo, oigamos de boca del mismo Santo la exposición de esas breves y sentenciosas palabras.

«La perfección, dice, consiste en la paz, »donde ya no hay lucha; por eso los hijos de Dios son pacíficos, porque nada »contradice á Dios, y los hijos deben ser »semejantes á su padre. Son, pues, pacíficos en sí mismos, aquellos que »dominando los movimientos de su ánimo, »y sujetándolos á la razón, esto es, á la »mente y al espíritu, y domando sus »concupiscencias carnales, labran dentro desí el reino de Dios (Fiunt regnum »Dei); en cuyo reino está todo tan ordenado, que lo más principal y excelente »del hombre impera á lo menos principal, sin encontrar repugnancia por parte de aquellas cosas que nos son comunes con los brutos, y lo que sobresale

»en el hombre, esto es, la mente y la ra-
»zón, se sujetan á otra cosa más noble
»que es la misma verdad, el Hijo Unigé-
»nito de Dios; porque nadie puede im-
»perar á los inferiores, si él no se sujeta
»al que le es superior. Y ésta es la paz
»que se da en la tierra á los hombres de
»buena voluntad, ésta la vida del sabio
»consumado y perfecto. De reino tan
»pacífico y bien ordenado se arroja al
»príncipe de este siglo, que domina á
»los perversos y malvados. Establecida
»y arrojada esta paz en lo interior del
»hombre, sean las que quieran las per-
»secuciones que levantara ese príncipe
»por defuera, servirán tan solo para au-
»mentar la gloria que es según Dios, sin
»que consigan destruir lo más mínimo
»de este edificio, antes poniendo de ma-
»nifiesto la firmeza y solidez con que
»está construido y la inutilidad é insu-
»ficiencia de sus maquinaciones para
»arruinarle» (1).

(1) In pace perfectio est, ubi nihil repugnat;
et ideo Filii Dei pacifici, quoniam nihil resistit
Deo, et utique filii similitudinem patris habere

El carácter distintivo de las almas que se encuentran en este estado es la paz interior de que disfrutan, paz que no

debent. Pacifici autem in semetipsis sunt, qui omnes animi sui motus componentes et sub-jicientes rationi id est menti et spiritui, carnalesque concupiscentias habentes edomitas, fiunt regnum Dei; in quo ita sunt ordinata omnia, ut id quod est in homine præcipuum et excellens, hoc imperet, cæteris non reluctantibus quæ sunt nobis bestiisque communia; atque id ipsum quod excellit in homine, id est, mens et ratio, subjiciatur potiori, quod est ipsa veritas, unigenitus Filius Dei. Neque enim imperare inferioribus potest, nisi superiori se ipse subjiciat. Et hæc est pax quæ datur in terra hominibus bonæ voluntatis; hæc vita consummati perfectique sapientis. De hujusmodi regno pacatissimo et ordinatissimo missus est foras princeps hujus sæculi, qui perversis inordinatisque dominatur. Hac pace intrinsecus constituta atque firmata, quascumque persecutiones ille qui foras missus est forinsecus concitaverit, auget gloriam quæ secundum Deum est; non aliquid in illo ædificio labefactans, sed deficientibus machinis suis, innotescere faciens quanta firmitas intus extracta est. Ibid. cap. II. núm. 9.

puede turbar ninguna contradicción, por grande que sea. No vaya á creerse que al asegurar S. Agustín que las persecuciones levantadas por el demonio son incapaces de arruinar este reino pacífico, labrado en el interior del hombre á costa de grandes trabajos, pretende hacer á estas almas impecables; nada más ajeno de su intención, pues ese error es uno de los que con más valentía combatió en sus obras contra los Pelagianos. Lo que quiere darnos á entender es, que esas almas son ya tan fuertes y tan queridas de Dios, que si voluntariamente no se entregan al vicio, será muy difícil que la tentación las venza, ya porque las gracias que Dios les comunica son muy especiales, ya también porque tienen domadas sus concupiscencias y sujetos los apetitos á la razón.

La semejanza que han de tener con Dios no consiste meramente en la que resulta de haber sido criados á su imagen, porque ésta, como esencial y propia de todo sér racional, claro es que se encuentra así en justos como en pe-

cadores, sino en aquella que proviene del hábito y ejercicio de las virtudes sobrenaturales, mediante las cuales el hombre se une con Dios y se hace un espíritu con Él (Paul. I ad Corinth. VI. v. 17.), que es lo que pedía nuestro Señor Jesucristo en la noche de la Cena. (Joann. XVII. 21.) Por esta unión pierde el alma en cierto modo su vida propia, y comienza á vivir una vida completamente nueva, porque el espíritu de Dios obra en ella de tal suerte que la rige y gobierna en todos sus actos, verificándose entonces aquello del Apóstol: Mi vivir es Cristo (Ad Ppilis. I. 21.); de donde nace esa sujeción y obediencia á la voluntad divina de que nos habla el Santo Doctor.

Consúmase en este estado el matrimonio espiritual, juntándose Dios con el alma de una manera tan perfecta, que no es posible dar una idea de ella ni mucho menos encontrar comparaciones que la declaren. Son indecibles los consuelos que el Señor se complace en derramar sobre ellas, y manifiéstales algo de lo que les espera en el reino ce-

lestial, cuando terminada esta vida, entren en posesión de aquellos gozos inmortales, que les han de hacer bienaventurados. El sapientísimo Obispo de Hipona no se atreve á describirlos, pero nos da á conocer su grandeza y excelencia con estas palabras: «Puesto ya el »hombre en la visión y contemplación »de la verdad, que es el sétimo y último »grado del alma, y no ya simple grado »sino más bien cierta mansión, á la que »se llega por estos grados, ¿cómo podré »explicar los gozos y deleites, la serenidad y tranquilidad que el alma experimenta en la contemplación de la »verdad? Dijéronlo cuanto creyeron necesario ciertas almas grandes é incomparables á quienes creemos se dió »á gustar tanta dicha» (1).

(1) Jam vero in ipsa visione atque contemplatione veritatis, qui septimus atque ultimus animæ gradus est; neque jam gradus, sed quædam mansio quo illis gradibus pervenitur, quæ sint gaudia, quæ perfruitio summi et veri boni, cujus serenitatis atque æternitatis afflatus, quid ego dicam? Dixerunt hæc quantum dicenda es-

Tal es en resumen la doctrina del Doctor Africano respecto de este último grado.

Santa Teresa de Jesús dice de esta sétima morada, que es el retrete escogido por Dios para morar en él como en el cielo empíreo, y que cuando introduce aquí al alma hace que cesen los movimientos de sus potencias, de manera que no la inquieten ni perturben. No deja por esto de tener algunas veces contradicciones y trabajos, pero en medio de ellos conserva una paz envidiable. Cómo arreglar esto, es difícil de entenderlo, pues parece no poderse conciliar la paz de que goza con las penas que la aquejan; pero la Santa lo explica admirablemente, valiéndose de algunas comparaciones: «Así como, »dice, un Rey está tranquilo y sosegado en su palacio, por más que haya »muchas guerras en su reino, así aca,

se judicaverunt, magnæ quædam et incomparabiles animæ, quas etiam vidisse ac videre ista credimus. Lib. de Quant. animæ cap. XXXIII num. 75. Tom. I.

»prosigue, aunque en estotras Moradas
»anden muchas baraundas, y fieras
»ponzoñosas, y se oye el ruido, naide
»entra en aquella, que la haga quitar
»de allí, ni las cosas que oye aunque le
»den alguna pena, no es de manera que
»la alboroten y quiten la paz; porque las
»pasiones están ya vencidas, de suerte
»que han miedo de entrar allí, porque
«salen más rendidas» (1). Esta paz tan
constante nace del matrimonio espiri-
tual, que del modo más sabroso y deli-
cado ha contraído con su celestial Es-
poso, allá en lo más secreto del espíritu,
encontrándose de repente adornada de
esa deleitosa quietud, como de joya muy
preciada. Para realizar este matrimo-
nio «aparécese el Señor en el centro
»del alma sin visión imaginaria, sino
»intelectual, aunque más delicada que
»las dichas, como se apareció á los
»Apostoles, sin entrar por la puerta,
»cuando les dijo,—«*Paz vobis*» escribe la
Santa, y luego prosigue: «Es un secreto
»tan grande y una merced tan subida

(1) Morada VII cap. II. *III y IIII*

»la que comunicó Dios allí al alma en
»un instante, y el grandísimo deleite
»que siente el alma, que no sé á qué le
»comparar, sino á que quiere el Señor
»manifestarle por aquel momento la
»gloria que hay en el cielo, por más su-
»bida manera que por ninguna visión
»ni gusto espiritual. No puede decir
»más de que, á cuanto se puede enten-
»der, queda el alma, digo el espíritu de
»esta alma, hecho una cosa con Dios,
»que como es también espíritu ha que-
»rido su Magestad mostrar el amor que
»nos tiene» (1).

Resulta de aquí, que Dios comienza á ser la vida de esta alma, apoderándose de todas sus potencias y sentidos y gobernándola en todos sus actos; pero de tal manera que nada perjudique á la libertad, condición necesaria para que las obras hechas en ese estado sean meritorias. Los efectos que deja esta misteriosa y regalada unión son muchos y muy excelentes, mas todos ellos pueden reducirse á un deseo tan extremado de

(1) Morada VII cap. II.

hacer siempre la voluntad de Dios «que
»todo lo que su Magestad hace, tiene
»el alma por bueno; si quisiere que pa-
»dezca, enhorabuena, si no, no se mata
»como solía.» (1) «En cuanto á los rega-
»los que aquí se comunican al alma son
»ya sin miedos ni alborotos, porque
»como está tan pacificada en sí misma
»y trae tan de continuo presente al Se-
»ñor en lo más interior de su espíritu,
»ha encontrado ya su reposo y de nada
»se espanta, ni admira, pues han sido
»tan grandes las cosas que en esta mo-
»rada se le han manifestado, que ya lo
»que pensaba en las otras no le llama
»la atención.» «Pasa, dice la Santa, con
»tanta quietud y tan sin ruido todo lo
»que el Señor aprovecha aquí á el alma
»y la enseña, que me parece es como en
»la edificación del templo de Salomón,
»á donde no se había de oír ningún rui-
»do: así en este templo de Dios, en esta
»morada suya, solo él y el alma se go-
»zan, con grandísimo silencio» (2).

(1) Id. Id. cap. III.

(2) Morada VII. cap. III.

Lo que distingue á esta morada de las demás, es según Santa Teresa, «que casi nunca hay sequedad, ni alborotos interiores de los que había en todas las otras á tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre» (1) que es precisamente la diferencia que pone San Agustín. Parécenos que entre esta doctrina y la que arriba queda expuesta no hay la menor divergencia; no nos cansaremos por lo tanto en repetir que la doctrina mística de Sta. Teresa está enteramente conforme con la de S. Agustín.

Creerá tal vez alguno que las almas en este estado son ya tan perfectas, que carezcan de todo pecado, y no es así, pues mientras vivimos en esta mortalidad, no podemos conservarnos libres de toda culpa, si por una gracia especialísima, la cual la Iglesia solo reconoce en la inmaculada Virgen María (2), no se nos concede este privilegio. Podemos, sí, evitar las culpas aun veniales

(1) Ib. Id. Id.

(2) Conc. Trid. Sess. VI can. XXIII.

completamente deliberadas con los auxilios ordinarios de la gracia; pero no aquellas que proceden de nuestra fragilidad y miseria, y en las que somos en cierto modo sorprendidos, por más que no falte la deliberación suficiente para ser responsables de ellas.

Esta doctrina la expone el Doctor de la Gracia admirablemente, combatiendo el error de los Pelagianos, que decían ser posible que el hombre adquiriese tal perfección que careciera de todo pecado, aduciendo en prueba de esto aquellas palabras de Jesucristo: Sed perfectos, como vuestro padre celestial lo es (Matth. V. 48.); á lo que contesta el Santo Doctor, que la perfección que aquí se nos exige, no es tal que no pueda tener aumento, sino aquella mediante la cual se evita la mayor parte de las imperfecciones. En confirmación de esto trae el ejemplo de S. Pablo, á quien aunque perfecto atormentaba el estímulo de la carne por permisión divina y dice: «Si fué necesario para perfeccionar á un varón de tanta virtud »el que no se le quitase el ángel de Sa-

»tanás, que le atormentaba para que
»no le ensoberbeciesen sus visiones, ¿se
»atreverá alguno á pensar ó decir que
»mientras se gime bajo el peso de esta
»vida puede nadie estar completamente
»libre de todo pecado?» (1)

Lo mismo asegura la Mística Doctora con estas palabras: «Tampoco os pase
»por pensamiento, que por tener estas
»almas tan grandes deseos y determi-
»nación de no hacer una imperfección
»por cosa de la tierra, dejan de hacer
»muchas y aun pecados. De adverten-
»cia no, que las debe el Señor á estas
»tales dar muy particular ayuda para
»esto: digo pecados veniales, que de
»mortales que ellas entiendan están
»libres, aunque no seguras; que ter-
»nan algunos que no entienden, que

(1) Huic tanto viro (Paulo) perficiendo ne-
cessarium fuit, ut ab illo angelus Satanæ non
auferretur, a quo propterea colaphizabatur ne
magnitudine visionum extolleretur; et audet
quisquam, quemquam vel putare vel dicere
positum sub onere hujus vitæ ab omni omni-
no mundum esse peccato? Lib. II. de peccat.
merit. et remis. cap. XVI. Tom. XIII.

«no les será pequeño tormento» (1).

Pudiera alguno tomar ocasión de lo que hasta aquí se ha dicho para creer que estas mercedes y consuelos se conceden solo para regalo del alma, y sería un error muy lamentable, que previniendo Santa Teresa le deshace en el último capítulo de sus Moradas, advirtiéndole á sus hijas que no bastan palabras y buenos deseos para llegar á este estado sino que son necesarias obras, «pues para esto es la oración, y de esto «sirve matrimonio espiritual, de que «nazcan siempre obras» (2); en lo que no disiente San Agustín cuando escribe, que se llega á la perfección «procurándolo, trabajando, orando y suplicando» (3).

(1) Morada VII, cap. IV.

(2) Morada VII, cap. IV.

(3) Hoc (esse mundi corde) utique agitur in nobis conando, laborando, orando, impetrando, ut ad illam perfectionem, in qua possimus Deum mundo corde conspicerere, ejus gratia perducamur per Jesum Christum Dominum nostrum. Lib. de natura et gratia contr. Pelag. cap. LXV. Tom. XIII.

Tal vez se le ocurra á alguno preguntar, ¿y cuál es el camino más seguro para alcanzar esa perfección?; porque es indudable que muchos se han extraviado y cuando creían encontrarse en lo más alto de la contemplación, vieron que habian trabajado en vano y que se hallaban muy al principio. A esta pregunta se encargan de contestar San Agustín y Santa Teresa.

Dice el primero que Jesucristo es nuestro maestro, y por eso nos manda que aprendamos de Él. ¿Pero qué nos manda aprender? Acaso á formar el cielo y la tierra, á curar los ciegos, á resucitar los muertos, á imperar á los mares, y hacer otras maravillas semejantes? No; lo que nos manda y quiere que aprendamos de Él, es á ser mansos y humildes de corazón; porque todas esas cosas sin eso nos serian inútiles, como lo atestigua San Pablo (I ad Corinth. XIII. I.) Se cifre pues toda nuestra perfección en seguir á Christo. ¿Y qué es seguir á Christo?, imitarle. ¿Y cómo se imita? Aprendiendo de Él á

ser manso y humilde de corazón (1).

Según lo que aquí escribe San Agustín, el camino más seguro es la humildad, sin la cual sería de todo punto imposible levantar el majestuoso edificio de la perfección cristiana. Es tanta la importancia que da á esta virtud que llega á decir que toda nuestra perfección consiste en ser humildes (2), y de ningún vicio deben guardarse tanto los que aspiren á ella, como de la vanagloria (3), pues como hija de la soberbia, es el mayor impedimento con que pueden tropezar (4). Tan persuadido estaba de esta verdad, que preguntándole Dióscoro cual era el camino más recto para alcanzar la sabiduría, le contesta: «Si quieres llegar á la verdad, no sigas otra senda que la que nos trazó El que, siendo Dios, conocía nuestra debilidad y flaqueza. Esta es, primero la humil-

(1) Serm. CXLII. de verbis Evang. Joan cap. VII VIII et IX.

(2) Enarrat. in Psalm. CXXX num. 14.

(3) Ibid. Psalm. VII num. 4.

(4) Enarrat. in Psalm. LVIII. num. 5.

»dad, segundo la humildad, tercero la
»humildad, y cuantas veces me pregun-
»tares, te responderé siempre lo mismo,
»no porque no haya otros preceptos que
»deban tenerse presentes, sino porque
»si la humildad no precede, acompaña y
»persevera en lo bueno que hiciéremos,
»nos robará la soberbia todo el mérito
»que pudiéramos haber adquirido» (1).
Según esto nuestra perfección debe
comenzar, proseguir y terminar por la

(1) Huic (Christo) te, mi Dioscore, ut tota pietati subdas velim, ne aliam tibi ad capessendam et obtinendam veritatem viam munias, quam quæ munita est ab illo qui gressuum nostrorum tanquam Deus vidit infirmitatem. Ea est autem prima humilitas, secunda humilitas, tertia humilitas, et quoties interrogares hoc dicerem, non quo alia non sint præcepta, quæ dicantur, sed nisi humilitas omnia quæcumque bene facimus et præcesserit et comitetur et consecuta fuerit, et proposita quam intueamur, et apposita cui adhæreamus, et imposita qua reprimamur, jam nobis de aliquo bono facto gaudentibus totum extorquet de manu superbia. Epist. CXVIII ad Dioscorum cap. IV, num. 22. T. II.

humildad, y así ha podido verse en los siete grados para alcanzar la contemplación que quedan expuestos.

No es menos explícita la ilustre Reformadora del Carmelo, cuando sostiene que toda la perfección consiste en imitar á Jesucristo «¿Sabéis, dice á sus
»hijas, qué es ser espiritual de veras?
»Hacerse esclavas de Dios, á quien (señalados con su hierro, que es el de la
»Cruz, porque ya ellas le han dado libertad) los pueda vender por esclavos
»de todo el mundo, como Él lo fué, que
»no les hace ningún agravio, ni pequeña merced; y si á esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen
»mucho, porque todo este edificio, como
»he dicho, es su cimiento humildad, y
»si no hay ésta muy de veras, aun por
»vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en
»el suelo. Así que, hermanas, para que
»lleve buenos cimientos, procurá ser la
»menor de todas y esclava suya, mirando cómo ú por dónde las podáis
»hacer placer y servir; pues lo que
»hiciéredes en este caso, hacéis más

»por vos, que por ellas puniendo piedras tan firmes, que no se os caya el »Castillo. Torno á decir, que para esto »es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; »porque sino procuráis virtudes, y hay »ejercicios de ellas, siempre os quedaréis enanas.» (1)

Tal es la doctrina del Obispo de Hipona y de la monja Avilesa para conseguir la perfección cristiana, lo cual, como hemos visto, sólo consiste en la unión con Dios mediante la caridad. Si el lector ha seguido paso á paso el hilo de nuestro mal pergeñado escrito, habrá podido notar la perfecta conformidad que entre ambos existe; y no se le habrá ocultado que su doctrina está fundada en aquella máxima de nuestro Señor Jesucristo que dice: «Si alguno »quisiere venir en pos de mí, niéguese á »sí mismo, tome su cruz y sígame.» (2)

(1) Morada VII cap. IV.

(2) Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me. Matth. cap. XVI v. 24.

En estas breves palabras está contenido cuanto necesita el cristiano practicar para ser perfecto, y en ellas se encuentra compendiado cuanto han escrito los Santos y autores místicos tocante á la vida espiritual. Podemos asegurar que el Águila de Hipona y Sta. Teresa en las reglas, preceptos y máximas que han establecido para alcanzar la perfección, no han hecho más que comentar esas palabras; porque bien pesado todo ¿á qué se reduce la doctrina de ambos santos? A ser humildes, pacientes é imitadores de Cristo. ¿Y qué otra cosa nos manda el divino Salvador en las palabras citadas? Medítese un poco lo que queda expuesto y bastará para convencer á cualquiera de la verdad de nuestras aserciones.

Esto nos manifestará cuánto se equivocan aquellos escritores que guiados por un criterio semi-cristiano y semi-racionalista, muy común por desgracia en nuestros tiempos, pretenden encontrar en la doctrina de los célebres é incomparables místicos de nuestra amada patria reminiscencias de Platón, de

Porfirio y de Plotino, como si hubieran necesitado inspirarse en los escritos de esos autores, para exponer la doctrina evangélica, que es lo que hacen en todas sus obras. No; no era necesario que acudiesen á las turbias y cenagosas fuentes del paganismo para enseñar los secretos caminos que conducen á la bienaventuranza, cuando la Sagrada Escritura y los Santos Padres les estaban convidando con las puras y cristalinas de la fe cristiana. Es una triste desgracia, una enfermedad lamentable la que aqueja á nuestro siglo. Todo lo que no se sujeta á número, peso y medida, ó no se puede explicar por la razón, es una extravagancia, una alucinación, un extravío de las facultades mentales, un efecto de la imaginación y sensibilidad; como si no hubiera un orden de verdades superior á los alcances de nuestro pobre y limitado entendimiento. De aquí nace ese prurito de explicarlo todo naturalmente, asignando á efectos maravillosos y sorprendentes y á todas luees sobrenaturales, causas de un orden inferior y buscando origen

puramente humano á doctrinas que tienen su asiento en lo más alto de los cielos. En muchas ocasiones vense los que tal hacen en grandes aprietos, tropiezan con no pequeñas dificultades, pero nada les importa; antes que confesar su ignorancia y abandonar su errado criterio, prefieren ensartar á su modo algunas razones que nada dicen, ni nada explican, y con esto creen haber salido del paso, quedando tan ufanos, como si hubieran descubierto la cuadratura del círculo. No es esto lo que enseña la sana filosofía, no es este el modo de proceder del verdadero sabio. (1)

(1) Sugiérenos estas reflexiones la obra del Sr. Rouselot intitulada: *Les Mistiques Espagnols*, de la que hemos oído elogios, que á nuestro pobre entender, no merece. En ella predomina el criterio racionalista, por más que en algunas ocasiones hable como ferviente católico. Á lo que parece, el autor estaba impregnado en las ideas de los filósofos paganos, defensores de la doctrina platónica, de donde nace sin duda el empeño especial que muestra en hacer concordar, ó por lo menos en señalar las analogías que tienen nuestros místicos con

CONCLUSIÓN.

Hemos terminado nuestro humilde ensayo. Al comenzarle apenas descubríamos un rayo de luz que nos guiase en el laberinto en que íbamos á entrar; conforme avanzábamos en él, presentábase á nuestra vista ancho y dilatado campo, sembrado de flores y cubierto de rosas, convidándonos á tejer con ellas una corona que mereciese brillar

esa escuela. No sabemos qué han podido ver algunos en la obra citada para ensalzarla tanto; á nosotros no nos satisface, al contrario, encontramos en ella muchas inexactitudes y no pocos errores; y creemos que siguiendo el criterio que en ella predomina, destronaríamos á nuestros místicos del cielo, donde bebieron las sublimes ideas que esmaltan sus obras y donde brillan, como astros de primera magnitud, para levantarlos aquí en la tierra un mezquino trono, donde pudieran alternar con ellos Platón, Jámblico, Plotino y Porfirio. Veríamos con sumo gusto que algun español sabio y amante de nuestras glorias tratara de enseñar al señor Rousselot lo que era España en el siglo XVI. y lo que son las obras de nuestros místicos.

en la frente del genio prodigioso de Hipona y de la heroína Reformadora del Carmelo. Con atrevida mano hemos procurado hacerlo, recogiendo las más frescas y lozanas; si no lo hemos conseguido, cúlpese á nuestra impericia y poca habilidad, pero sálvese siquiera nuestra buena intención.

El amor que profesamos á S. Agustín y á Santa Teresa ha puesto la pluma en nuestras manos; y para dar á conocer las analogías que existen entre esos dos amantes corazones, hemos revuelto (por cierto con no pequeño fruto) sus admirables escritos. Algunas quedan expuestas, y si el lector ha seguido paso á paso el hilo de nuestro trabajo, habrá podido notar las que hay entre sus facultades morales é intelectuales, entre el espíritu que les animaba, y entre las manifestaciones de éste, así en los actos de su vida pública y privada, como en las leyes que para el buen régimen de sus respectivos hijos escribieron; y sobre todo, le habrá llamado la atención, la conformidad, mejor dicho, la identidad de su doctrina espiritual.

No pretendemos por esto haber agotado la materia; al contrario, estamos persuadidos de no haber hecho más que desflorarla. Tienen aún campo abierto los amantes de estos gloriosos Santos, para ejercitar las fuerzas de su ingenio; y deseáramos vivamente lo hiciesen aquellos que contaran con el caudal de conocimientos, que estudios de esta índole requieren.

Nosotros hemos hecho cuanto ha estado en nuestra mano, bien poco en verdad; mas no por falta de deseos, pues si á estos correspondiera el trabajo, no dudaríamos afirmar, que sería una cosa completa; pero estamos muy lejos de juzgarlo así, porque conocemos nuestra pequeñez é insuficiencia.

A pesar de todo; sea el que quiera el mérito de nuestro pobre ensayo, debemos manifestar, que nos damos por satisfechos con tal que nuestros desvelos sirvan de estímulo á ingenios más elevados y plumas mejor cortadas para ocuparse en trabajo tan útil para el que lo ejecute, como provechoso para los que le lean.

Estas eran nuestras aspiraciones al empezar, y las mismas abrigamos al concluir; y quiera Dios darles cumplimiento, para mayor honra y gloria suya, que era lo que con todas veras procuraban San Agustín y Santa Teresa y lo que todos conforme á nuestras fuerzas debemos procurar.

FR. TOMÁS RODRÍGUEZ.

Día del glorioso é invicto Patrón de las Españas, año de 1882.



ÍNDICE.

	Págs.
<i>Introducción.</i>	5
<i>Capítulo primero.</i> —Dotes naturales de S. Agustín y Santa Teresa. . .	12
<i>Capítulo II.</i> —El carácter predominante en S. Agustín y Sta. Teresa fué siempre el amor.	37
<i>Capítulo III.</i> —Estado moral de la sociedad en tiempo de S. Agustín y Sta. Teresa, y educación de ambos.	64
<i>Capítulo IV.</i> —Analogías entre San Agustín y Sta. Teresa antes de entregarse por completo á Dios. . . .	77
<i>Capítulo V.</i> —Espíritu de S. Agustín y Sta. Teresa después de su conversión.	95
<i>Capítulo VI.</i> —Principales virtudes de S. Agustín y Sta. Teresa.	124
<i>Capítulo VII.</i> —Comparación de la Regla de S. Agustín con las Constituciones de Sta. Teresa.	149
<i>Capítulo VIII.</i> —Doctrina espiritual de S. Agustín y de Sta. Teresa.	174
<i>Capítulo IX.</i> —Vida activa y contemplativa.	195

Capítulo X.—Doctrina acerca de la contemplación. 210

Capítulo XI.—Los cuatro primeros grados de S. Agustín para alcanzar la sabiduría comparados con las cuatro primeras moradas de Santa Teresa. 222

Capítulo XII.—Prosigue la comparación entre el quinto y sexto grado de S. Agustín para alcanzar la sabiduría y la quinta y sexta morada de Sta. Teresa. 245

Capítulo XIII.—Doctrina de S. Agustín y Sta. Teresa acerca de los éxtasis y visiones. 272

Capítulo XIV.—Doctrina del último grado de S. Agustín para llegar á la sabiduría y de la última morada de Sta. Teresa. 290

Conclusión. 314

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

149

150

151

152

153

154

155

156

157

158

159

160

161

162

163

164

165

166

167

168

169

170

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

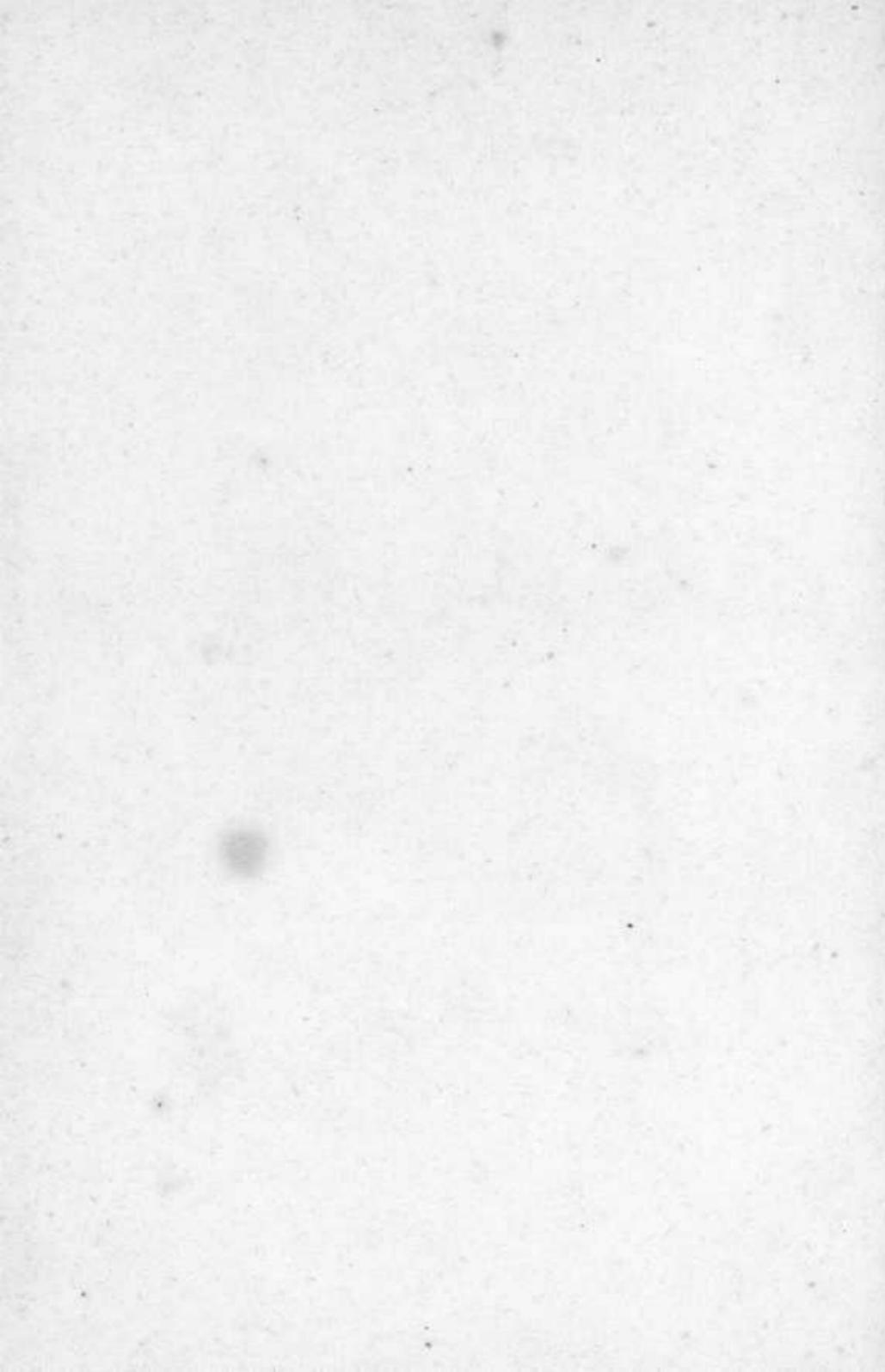
198

199

200

ERRATAS.

Pág.	Linea.	Dice.	Léase.
16	8 (nota)	inhiatam	inhiabam
21	2 (nota)	medulla	medullæ
22	13	colmadas	calmadas
86	8	gravó	grabó
86	14	le	el
94	17	repetimos	repitamos
97	18	bebían ellos	bebían de ellos
103	3	distentivo	distintivo
104	6	ellas	ellos
134	7 (nota)	fuerint	fuerim.
140	2	Plasencio	Pascencio
142	8 (nota)	politum	positum
142	8 (nota)	colunt	solum
143	2	criticada	crítica
181	últi.(nota)	capiamur	capiamus
218	17	nuestra	vuestra
225	16	descabulla	descabulle
248	8 (nota)	cordibus	sordibus
270	1 (nota)	verita	veritas
270	2 (nota)	vias	via



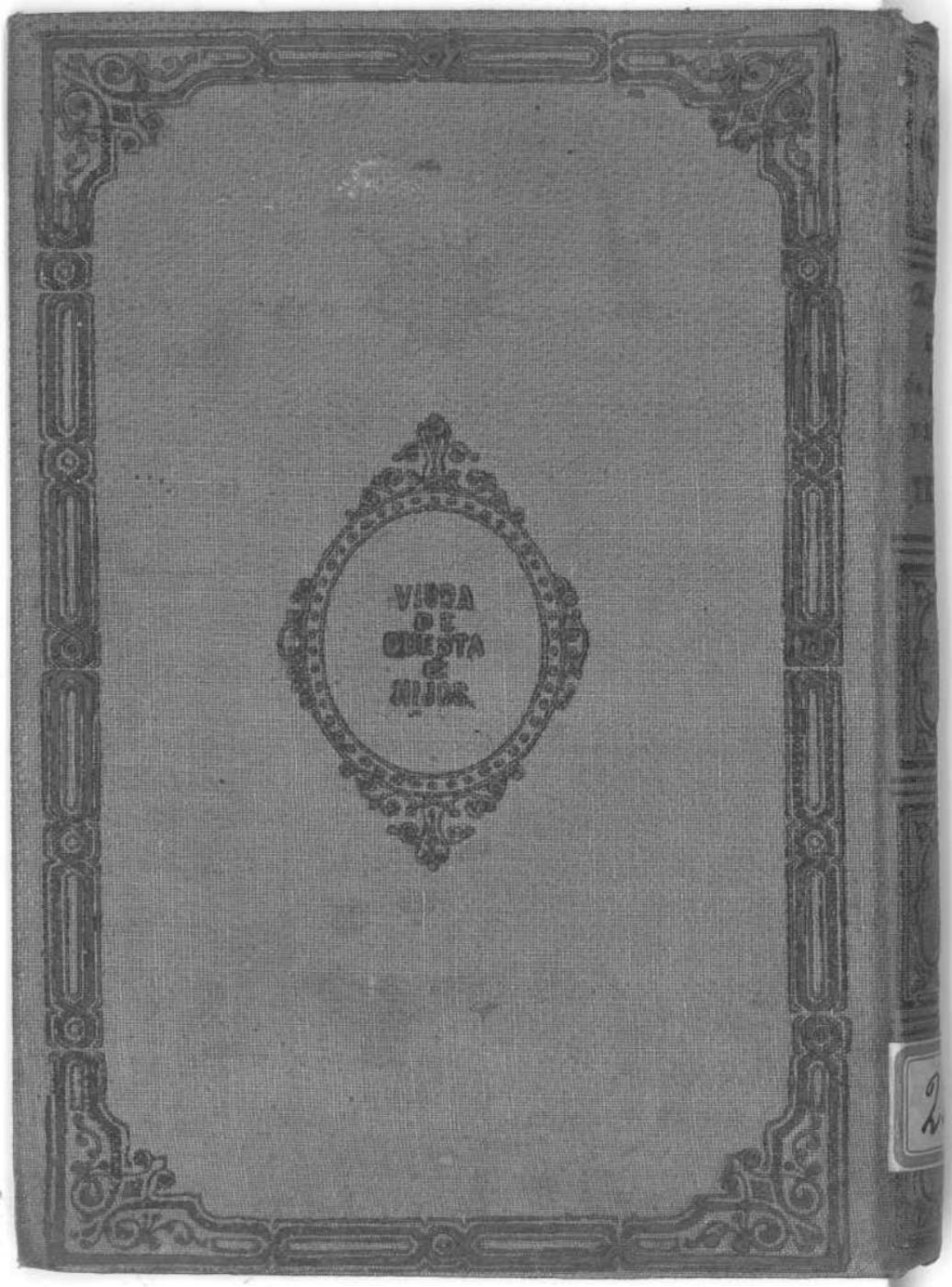
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	228	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1	Precio de adquisición. »
Tabla.....	6	Valoración actual.....	»

The book cover features a wide, ornate border with repeating geometric and floral motifs. In the center, a diamond-shaped frame with intricate scrollwork and floral details encloses the title text.

VIDA
DE
QUESTA
E
ALIAS

2

228.